Samir AMIN

EL IMPERIO DEL CAOS

La nueva mundialización capitalista



IEPALA

EL IMPERIO DEL CAOS

La nueva mundialización capitalista

Samir AMIN

Título original:
L'EMPIRE DU CHAOS.
La nouvelle mondialisation capitaliste.

Traducción del francés:
Jaime Vergara.
Solenne Gaillard.

IEPALA EDITORIAL

COLECCIÓN: Problemas Internacionales, número 32

IEPALA EDITORIAL©
Hermanos García Noblejas, 41 bis
28037 Madrid (España)
Tel. 91 408 41 12
Fax. 91 408 70 47
Email: editorial@iepala.es

www.iepala.es

ISBN: 978-84-89743-51-9
Depósito Legal: M-29435-2008

Diseño de portada: Ileana Angulo Ascanio .
Diseño y maquetación: Ileana Angulo Ascanio.

Impresión: CM

Ficha catalográfica:

AMIN, Samir

El imperio del caos / Samir Amin . – Madrid : IEPALA, [2008]

X p. ; 17x24 cm . – (Problemas internacionales ; 32)

DL. XXXXXX . – ISBN 978-84-89743-51-9

1.Globalización (Economía) 2. Desarrollo económico y social
3.Capitalismo

I. Título II. Instituto de Estudios Políticos para África y América Latina
(IEPALA) III. Serie

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

"El Imperio del Caos" es un libro que fue escrito por Samir Amín hace casi dos décadas -a raíz del gran desastre que supuso la caída, derrumbe y descomposición de lo que en un tiempo y durante casi un siglo pasó para muchos por ser una posible alternativa al modo de producción capitalista ...- y que, iepala-editorial, en aquel entonces, por diversas circunstancias, no publicó.

Hoy lo retomamos y lanzamos para España y América Latina, ante las exigencias de darlo a conocer, porque sin que tuviera un carácter premonitorio -S.Amín no va de profeta, sí de analista y estudioso- el tiempo pasado y la situación actual del mundo en esta primera década del siglo XXI, por desgracia, viene a darle la razón: lo que quedó... y tal como quedó, genera caos.

El sistema dominante ha producido y sigue produciendo desorden, destrucción, exclusión, desigualdad, injusticias, guerras, marginalidad..., en definitiva Caos. Incluso personas propias del 'orden establecido', que viven de él y le mantienen..., y que nunca se habían sentido inseguros hasta ahora, empiezan a tener miedos y actúan sin luces... Aún las 'potencias' que han venido construyendo y obteniendo todos sus beneficios en y desde el sistema que tenemos -no podemos decir, por no ser exacto, el sistema que nos hemos dado, porque ha sido impuesto, si bien no nos hemos opuesto del todo a él, porque no hemos podido, hemos sido vencidos, aunque no del todo derrotados...- están reaccionando movidos por el miedo aunque digan que sólo lo hacen como respuesta al terror que el funcionamiento inaprensivo de cierta potencia y sus aliados dentro del mismo sistema han condicionado... y algunos inciviles han ejecutado.

Y sin embargo, aún existen posibilidades: grandes mayorías que estaban aplastadas por poderes dictatoriales militares y por el imperio de la irracionalidad -como la mayoría de pueblos y países en América Latina...- han encontrado caminos no iguales pero sí ilusionantes a la esperanza y empiezan a defender por doquier que 'otro mundo es posible'; que se puede salir del miedo y comenzar a construir lo que fue una gran aspiración para muchos, un verdadero orden diferente que quedó imposibilitado por la estructuración pervertida del poder absoluto de un Estado que construido a partir de los referentes que auguraban su desaparición, totalizó el poder abstracto y construyó una inmensa estupidez y la mentira que dejó sin esperanza a más de la mitad de la humanidad.

Aunque no nos negamos a pensar en el cambio de todos los pueblos, hoy ponemos la atención especial en la emergencia firme -hasta hace poco insospechada- de casi toda

América latina, donde, a pesar de que grandes mayorías aparecen excluidas de las ventajas de un crecimiento económico continuado, sin embargo vienen eligiendo gobernantes y formas de concebir la política y la vida que podría augurar un futuro mejor donde los pueblos recuperen su soberanía y elijan a los suyos con conciencia de que es urgente -además de posible- construir un orden equilibrado menos injusto y mucho más libre. Pensando en algunos pueblos que han venido emergiendo y demostrando que existen salidas -Bolivia, Ecuador, Brasil. Chile, Uruguay, Argentina, hoy Paraguay, incluso Venezuela y casi toda Centroamérica y Caribe....- creemos que la lectura del Imperio del Caos dará ideas y ánimo a muchos colectivos que han aprendido lecciones pasadas y hoy están dispuestos a no dejarse engañar y, en la medida de que la democracia vaya radicalizándose y que la asuman a diario los pueblos, sus protagonistas, como el aire que han de respirar y hacer crecer, en esa medida, se construirá otro Orden Posible donde ya no vuelva la amenaza del caos.

Para ello, en este siglo XXI que tan mal comienzo ha tenido y que ve pasar el tiempo sin ser capaz, por ej., de cumplir las metas elementales que se propuso con los Objetivos de Desarrollo del Milenio, hay una enorme tarea por delante, porque, como nunca, existen recursos científicos, tecnológicos, humanos, económicos y éticos suficientes para volver a empezar, ahora no desde cero, sino desde las lecciones aprendidas: reorientar y reestructurar la Economía y su afán loco de globalización; que los pueblos y sus Sociedad Civiles Organizadas se sepan Sujetos soberanos del Poder político y junto al sistema de Estados, unidos racionalmente en unas renovadas y reestructuradas y reforzadas Naciones Unidas, con verdadera Autoridad Mundial, con poder para controlar los desmadres del Capital financiero y lograr que el poder político -a todos los niveles, pero especialmente en los concretos- sea co-participado por la sociedad civil y lleguen a domeñar con racionalidad y apertura el Mercado del dinero, de la Imagen, de la Técnica, del Comercio, de las Ideas, de la Ciencia, del Conocimiento y la Información, de la Libertad..., porque será posible construir una Ética Universal donde vuelvan a ocupar un espacio abierto y firme las razones humanas y la aspiración a la bondad y el bien del Otro, con la felicidad, relativa, pero gozosa para toda la humanidad. Donde se reconstruyan las NNUU con poder suficiente para impedir que otros poderes quieran volverse contra sus pueblos, donde la Educación no sea un mero factor para otras cosas sino el horizonte absoluto y gozoso para Todos los seres humanos que no tendrán miedo a ser libres...

Para todo ello es imprescindible meditar a fondo sobre El Imperio del Caos

IEPALA-primavera del 2008

PRÓLOGO

Edición española / *2008*

Samir AMIN

El imperio del caos se publicó en 1991, es decir, en el momento en que la caída de la Unión Soviética y la intervención militar de Estados Unidos en Oriente Medio (Primera Guerra del Golfo contra Iraq) anunciaban el "fin del siglo XX". La elección del título calificaba bien las tesis concernientes a la nueva fase de la historia contemporánea, cuya formulación iniciaba. En contrapunto a las ideas puestas de moda referentes al "fracaso definitivo de la idea misma del socialismo" y la victoria "definitiva" del capitalismo, yo ponía el acento sobre la inviabilidad del nuevo proyecto del capitalismo y del imperialismo.

Pues el capitalismo no funciona verdaderamente –de manera aceptable y duradera- más que cuando sus adversarios son suficientemente poderosos para corregir sus tendencias profundas, inherentes al despliegue de las leyes de la acumulación del capital. Dejadas a sí mismas, estas leyes acarrean una repartición de las ganancias cada vez más desigual, a favor del capital, y a partir de ahí una sobreacumulación/subconsumo que imposibilita la prosecución de la reproducción ampliada del sistema. Las avanzadas del socialismo realmente existente en el siglo XX, como las de la liberación nacional de las periferias, habían impuesto límites a las ambiciones del capital en el transcurso del siglo XX, y más especialmente después de la segunda guerra mundial, y por esto habían permitido una expansión económica global sin precedente, en un sistema de mundialización multipolar. La debilitación y luego la caída de los equilibrios sociales e internacionales menos desfavorables para los trabajadores y para los pueblos han puesto término a los tres modelos de regulación social de la segunda posguerra mundial (el socialismo realmente existente en el Este, la era de Bandung en el sur, el Welfare State en Occidente) y han permitido al capital imponer su "dictadura" unilateral.

Analicé el período que se iniciaba como estando destinado a implicar necesariamente un uso permanente de la violencia, único medio para que el capital imponga su "dictadura": como un período de guerra permanente del imperialismo contra los pueblos del sur, forzosamente refractarios al orden nuevo; como un período de retroceso de la democracia, incluso en los centros mismos del sistema, necesario para someter a los trabajadores vencidos a las exigencias de la ganancia máxima en crecimiento permanente. Consideré que lo que más tarde se ha calificado de "financiarización" –único medio de superar los obstáculos, por la huída hacia adelante, en persecución de la reproducción ampliada en estas condiciones- no constituía una respuesta viable a la contradicción fundamental del sistema, y deberíaresultar, tarde o temprano, en la caída financiera y la desvalorización de los capitales.

La serie de acontecimientos durante los últimos quince años ha confirmado ciertamente estas opiniones. El mundo se ha enredado en una guerra permanente, conducida por Estados Unidos y sus aliados subalternos de la OTAN. Deshacer el control militar del planeta por Estados Unidos y sus aliados europeos y japoneses se impone como la primera exigencia de las avanzadas rumbo a un mundo mejor. La democracia está en regresión. En los países del Occidente capitalista mismos, el presidencialismo, el bipartidismo y la ideología del consenso, el acento puesto en la "seguridad" y la criminalización de los conflictos sociales, las medidas tomadas bajo el pretexto de la "lucha contra el terrorismo", han empobrecido la sustancia –ya limitada- de la tradición de la democracia representativa y han acentuado la disociación entre esta forma de democracia política y la "cuestión social". En las periferias del sistema, las caricaturas de las "democracias" asociadas a los destrozos sociales del liberalismo han hecho alejar la reivindicación democrática en beneficio de alternativas culturalistas ilusorias. El descubrimento, por las luchas, de alternativas de una democracia social institucionalizada se impone por todas partes.

La crisis sistémica financiera, producto inevitable del liberalismo triunfante desde 1990, ya ha empezado. Preparar a las clases populares para imponer respuestas sociales progresistas, en respuesta a las bárbaras estrategias que el capitalismo desarrollará en esta crisis, se ha convertido desde ahora en una tarea de importancia vital para el futuro de la humanidad.

A los análisis esbozados en *El imperio del caos* les costaba trabajo pasar durante los años 1990-1995 debido al desconcierto y la pérdida de confianza de las fuerzas de izquierda en ellas mismas en el mundo entero, acarreando las adhesiones al liberalismo, a veces calificado incluso de "social-liberalismo" (¡una contradicción en los términos!), por una parte, y la incapacidad de ir más allá de la nostalgia de un pasado desde ahora caduco para siempre, por otra parte. Se han abierto paso después, con el renacimiento de los movimientos sociales y su confluencia a los foros sociales "alter-mundialistas". Muchos de estos análisis se han convertido poco a poco en moneda corriente. A tal punto que el título mismo de esta obra –"El imperio del caos"- se ha retomado tal cual diez años más tarde (por el autor francés Alain Joxe). Desde luego, he participado en muchos de los debates sobre estos temas durante los últimos quince años. El lector podrá encontrar la bibliografía referente a estas participaciones en la página web "samiramin.org", y en tres obras publicadas en español: *Por un mundo multipolar* (El Viejo Topo, 2005), *El Virus Liberal* (Hacer, 2007) y *Por la quinta internacional* (El Viejo Topo, 2007). En mi última obra ("Perspectivas para un socialismo del siglo XXI", pendiente de publicación en español por IEPALA) he procurado analizar la situación sobre estos asuntos, situándome en la perspectiva militante de "¿Qué hacer para contribuir a hacer avanzar a los movimientos sociales y políticos de las clases populares?".

Soy de los que piensan que el cambio (bueno o malo) siempre encuentra su origen en la transformación de las relaciones conflictivas entre las clases y los pueblos dominados y explotados por una parte y las potencias al servicio del capitalismo y del imperialismo por

otra. Ahora bien, esas transformaciones son el producto de las luchas que se desarrollan esencialmente a nivel local, definido por el marco de los Estados. Pensar que lo contrario fuera posible –que las transformaciones deben imponerse a nivel mundial o a nivel regional (como el que está definido en el marco de la Unión Europea) y que, por consiguiente, las luchas nacionales deben someterse a las exigencias de las luchas que deberían llevarse a cabo en los marcos regionales– me parece ilusorio y condenado a llevar hacia el fracaso de las luchas.

La regionalización llega después, y no antes, del éxito de los avances nacionales, como lo demuestra el positivo ejemplo de América latina que contrasta con el estancamiento (en el mejor de los casos, a menudo se trata de un retroceso) de las izquierdas en Europa.

La elección de las estrategias de lucha capaces de imponer orientaciones progresistas ante la evolución de las sociedades depende de la definición de los retos mayores a los cuales se enfrentan los pueblos. Y en el momento actual, destacaré estos retos en las dos frases siguientes: (i) derrotar el control militar del Planeta ejercido por Estados Unidos y sus aliados europeos y japoneses; (ii) derrotar las respuestas sociales reaccionarias de la oligarquía financiera frente al derrumbe de la parte financiera del sistema liberal globalizado. Dedicaré el resto de esta nota final a estas dos cuestiones.

Derrotar el control militar del Planeta ejercido por el bloque imperialista

La segunda guerra mundial condujo a una transformación de las formas del imperialismo: la sustitución de un imperialismo colectivo que asociaba el conjunto de los centros del sistema mundial capitalista (la "tríada": Estados Unidos y sus provincias exteriores canadiense y australiana, Europa Occidental y central, Japón) con la multiplicidad de los imperialismos en conflicto permanente. ¿La formación de un imperialismo colectivo constituye una transformación cualitativa "definitiva" (no coyuntural)? ¿Implica necesariamente un liderazgo de Estados Unidos de una u otra manera?

Aquí sugiero que la formación del nuevo imperialismo colectivo encuentra su origen en la transformación de las condiciones de competencia. Algunas décadas atrás, las grandes firmas todavía libraban esencialmente sus batallas competitivas en los mercados nacionales, que se trate del mercado de Estados Unidos (el mayor mercado nacional en el mundo) o incluso del de los Estados europeos (a pesar de su reducido tamaño, lo cual les perjudicaba en relación con Estados Unidos). Los vencedores de los "combates" a nivel nacional adquirían una posición ventajosa en el mercado mundial. Hoy en día, el tamaño del mercado necesario para ganar en la primera fase roza los 500-600 millones de "consumidores potenciales". Entonces, de entrada la batalla debe librarse en el mercado mundial y debe ganarse en ese terreno. Y son los que ganan en este mercado los que se

imponen entonces en sus respectivos terrenos nacionales. La globalización profundizada se convierte en el primer marco de actividad de las grandes firmas. De hecho, las firmas transnacionales, independientemente de su nacionalidad, tienen intereses comunes en la gestión del mercado mundial. Estos intereses se superponen a los conflictos permanentes y mercantiles que definen todas las formas de competencia propias del capitalismo, cualesquiera que sean.

El proyecto de la clase dirigente de Estados Unidos, es decir el control militar del Planeta, que calificaré sin duda de desmesurado, incluso demencial, y criminal por sus implicaciones, es el que la clase dirigente alimenta desde 1945 y que nunca abandonó. La estrategia global estadounidense tiene seis objetivos: (i) neutralizar y avasallar a los otros socios de la tríada (Europa y Japón) y minimizar la capacidad de estos Estados para actuar fuera del seno americano; (ii) establecer el control militar de la OTAN y "latino-americanizar" los antiguos pedazos del mundo soviético; (iii) controlar de manera exclusiva el Oriente Medio y sus recursos petrolíferos; (iv) hacer fracasar el proyecto de una China poderosa e independiente, someterla a la perpetua amenaza militar y llegado el caso, desmantelarla; (v) asegurarse de la subordinación de los otros grandes Estados (India, Brasil) e impedir la formación de bloques regionales que podrían negociar los términos de la globalización; (vi) marginar las regiones del Sur que no representan ningún interés estratégico.

El proyecto siempre ha otorgado un papel decisivo a la dimensión militar. Fue concebido después de Potsdam y fundado sobre el monopolio nuclear. Entonces, la herramienta privilegiada de la ofensiva "hegemonista" en curso es militar. Esta hegemonía, que a su vez garantizaría la supremacía de la tríada en el sistema mundial, exigiría por tanto que sus aliados aceptasen seguir las huellas estadounidenses, como la Unión Europea al reconocer esa necesidad sin remordimientos, ni siquiera "culturales". Pero, por tanto, esos discursos, con los que los políticos europeos colman su audiencia, pierden cualquier alcance real. Europa queda vencida de antemano al situarse exclusivamente en el terreno de los conflictos mercantiles, sin tener un proyecto propio. Y eso es algo notorio en Washington.

El proyecto implica que la "soberanía de los intereses nacionales de Estados Unidos" se coloque por encima de todos los otros principios que enmarcan los comportamientos políticos considerados como medios "legítimos"; desarrolla un recelo sistemático respecto de cualquier derecho supranacional.

La clase dirigente de Estados Unidos proclama abiertamente que no tolerará la reconstitución de cualquier potencia económica y militar capaz de cuestionar su monopolio del dominio del Planeta y con ese objetivo, se otorgó el derecho de llevar a cabo "guerras preventivas". Los principales adversarios potenciales, a los que Estados Unidos alude aquí son, en primer lugar, China. Su masa y éxito económico preocupan a Estados Unidos cuyo objetivo estratégico sigue siendo aquí también, en la medida de lo posible, el desmembramiento de este país al que se considera "demasiado grande". En segundo

lugar Rusia cuyo desmembramiento tras el de la URSS constituye de ahora en adelante un objetivo estratégico mayor de Estados Unidos. La clase dirigente rusa no parecía haberlo entendido hasta ahora. Parecía convencida de que tras "perder la guerra", podría "ganar la paz" como ocurrió con Alemania y Japón. Olvidaba que Washington necesitaba la recuperación de sus dos adversarios de la segunda guerra mundial, precisamente para enfrentarse al reto soviético. La nueva coyuntura es diferente porque Estados Unidos ya no tiene ningún serio competidor. Su elección es entonces destruir definitivamente y completamente el adversario ruso derrotado. ¿Lo entendió Putin? ¿Está empezando a sacar Rusia de sus ilusiones? Europa llega en tercera posición en la visión global de los nuevos dueños del mundo. Pero no parece preocupar a la clase dirigente, al menos hasta el día de hoy. El atlantismo incondicional de unos (Gran Bretaña pero también los nuevos poderes serviles del Este), los intereses convergentes del capital dominante del imperialismo colectivo de la tríada y "el proyecto europeo sumergido en arenas movedizas" contribuyen a eclipsar éste proyecto y a mantenerlo en su estatus de "parte europea del proyecto de Estados Unidos". La diplomacia de Washington había conseguido que Alemania siguiera sus pasos; la reunificación y la conquista de Europa del Este parecieron incluso reforzar esta alianza: Se alentaría a Alemania a retomar su "impulso hacia el Este" (lo demuestra el papel que desempeñó Berlín en el desmembramiento de Yugoslavia mediante el apresurado reconocimiento de la independencia eslovena y croata) y por lo demás, se le invita a seguir la huella de Washington. ¿Estamos ante una inversión de los acontecimientos? La clase política alemana parece dudar y dividirse ante las elecciones estratégicas. La alternativa a la alineación atlantista llamaría, en contrapunto, a un refuerzo del eje París-Berlín-Moscú el cual se convertiría en el pilar más fuerte de un sistema europeo independiente de Washington.

Los instrumentos de la gestión económica y política del nuevo sistema imperialista y del liderazgo de Estados Unidos se pusieron en marcha tras la segunda guerra mundial. Fueron adaptados progresivamente a las exigencias del despliegue imperialista. Los principales instrumentos son la OTAN, en cuanto a su vertiente política y militar, el G7/G8 y las instituciones de la Unión Europea. El conjunto de estas instituciones está llamado a ser substituido en la ONU para constituir los instrumentos mayores del nuevo "orden" mundial, el del apartheid a escala mundial. En esta perspectiva, la ONU y las instituciones que constituyen su "familia" deben ser domesticados, marginados o incluso desmantelados.

La solidaridad de los segmentos dominantes del capital "transnacionalizado" de todos los socios de la tríada es real y se expresa por su adhesión al neo-liberalismo globalizado. En esta perspectiva, se percibe a Estados Unidos como los defensores (militares si fuera necesario) de estos "intereses comunes". Sin embargo, Washington no está dispuesto a "compartir equitativamente" las ganancias de su liderazgo. Al contrario, se dedica a avasallar a sus aliados, y en este sentido, sólo consentirán entregar a sus aliados subalternos de la tríada concesiones menores. ¿Este conflicto de intereses del capital dominante va a ir en aumento hasta provocar una ruptura en la alianza atlántica? No es imposible pero es poco probable.

En esta perspectiva, la clase dirigente ha entendido perfectamente que disponía de tres ventajas decisivas sobre sus competidores europeo y japoneses, en la persecución de la hegemonía: el control de los recursos naturales del globo, el monopolio militar, el peso de la "cultura anglosajona" mediante la cual se expresa preferentemente el dominio ideológico del capitalismo. Estados Unidos, al aplicar sistemáticamente estas tres ventajas, aclara varios aspectos de su política: concretamente, los esfuerzos sistemáticos que Washington persigue para hacerse con el control militar del Oriente Medio petrolífero, y respecto a China, el sutil juego para perpetuar las divisiones en Europa, movilizando para ello a su incondicional aliado británico, e impedir un acercamiento entre la Unión Europea y Rusia. En el control global de los recursos del planeta, Estados Unidos dispone de una ventaja decisiva respecto a Europa y Japón: no sólo Estados Unidos es la primera potencia militar mundial, y por ello no se puede llevar a cabo una intervención de envergadura en el tercer mundo sin su presencia, sino que Europa (con excepción de la ex URSS) y Japón no disponen de los recursos esenciales a la supervivencia de su economía. Por ejemplo, su dependencia energética, en particular su dependencia petrolífera respecto del Golfo, es y será siempre considerable aunque disminuyera relativamente. Al hacerse (militarmente) con el control de esta región con la guerra de Iraq, Estados Unidos demostró que era perfectamente consciente de la utilidad de este medio de presión del que dispone respecto de sus aliados competidores. Antaño, el poder soviético también se dio cuenta de la vulnerabilidad de Europa y Japón. Algunas intervenciones soviéticas en el tercer mundo tuvieron por objeto recordárselo, para tomar ventaja en la negociación. Evidentemente, las deficiencias de Europa y de Japón podrían compensarse, en la hipótesis de un acercamiento Europa-Rusia ("la casa común" de Gorbachov). Ese es el motivo por el cual el peligro de esta construcción de "Eurasia" es una pesadilla para Washington.

El control militar del planeta constituye la manera de imponer en última instancia un "tributo" recaudado por la violencia política que sustituye al "flujo espontáneo" de los capitales que compensan el déficit americano, mayor fuente de la creciente vulnerabilidad de la hegemonía de Estados Unidos. El objetivo de esta estrategia no es "la garantía para todos de una igual apertura de los mercados" (ese discurso propagandístico está a cargo de los turiferarios del neoliberalismo) ni, evidentemente, ¡el triunfo de la democracia en todas partes! El conflicto político que podría oponer Europa (o al menos, algunos de los países importantes del continente) a Estados Unidos no se origina en divergencias fundamentales a través de las cuales se expresaría el conflicto de intereses capitalistas dominantes. Para mí, se trata de otro tipo de conflicto: un conflicto de "intereses nacionales", legado de culturas políticas profundamente distintas, sobre las cuales di mi opinión en otro trabajo (ver *El virus liberal*).

¿China puede tener la ambición de superar su actual estatus? Éste se inició durante la segunda fase de las "reformas", entre 1990 y 2002. Su situación no es la de ser "el taller del mundo" sino la de ser un "taller para el mundo" ya que el 60% de las exportaciones chinas proceden de las filiales de transnacionales deslocalizadas para beneficiarse de la mano de obra barata que China les proporciona. El inicio de una posible tercera fase orientada hacia la expansión del mercado interno y la reducción de las desigualdades llevaría a

poner término al excedente de la cuenta corriente del país, invertido inútilmente en bonos del Tesoro de Estados Unidos. Sin duda, China es capaz de cuestionar las "ventajas" por las cuales se expresa el dominio del centro imperialista sobre el sistema mundial; ventajas que califiqué de los "cincos monopolios": tecnología punta, acceso a los recursos naturales del planeta, control de las comunicaciones, control del sistema financiero globalizado y monopolio del armamento de destrucción masiva.

Estados Unidos eligió deliberadamente a Oriente Medio como objetivo de sus primeras acciones disuasorias destinadas a fijar su control militar del planeta. Varias razones explican esa elección: (i) contiene los recursos petrolíferos más abundantes del planeta y su control directo por las Fuerzas Armadas de Estados Unidos otorgaría a Washington una posición privilegiada dejando a sus aliados (Europa y Japón) y a sus eventuales rivales (China) en una incómoda posición de dependencia por su suministro energético; (ii) está situado en el corazón del antiguo mundo y facilita el ejercicio de la amenaza militar permanente contra China, la India y Rusia; (iii) la región atraviesa un periodo de debilidad y confusión que permite al agresor asegurarse una fácil victoria, al menos por ahora; (iv) Estados Unidos dispone de un aliado incondicional en la región que dispone de armas nucleares: Israel.

Derrotar a Estados Unidos, Israel y sus aliados en los países de la línea de frente (Afganistán, Iraq, Palestina, Líbano, Irán) constituye de hecho el mayor desafío al que se enfrentan los pueblos del mundo entero. Hoy en día, la región del "Gran Oriente Medio" es central en el conflicto que opone el líder imperialista a los pueblos del mundo. Derrotar el proyecto del orden establecido de Washington constituye la condición para otorgar a los avances en cualquier parte del mundo la posibilidad de imponerse. A falta de esa condición, todos estos avances permanecerán extremadamente vulnerables. No significa que la importancia de las luchas llevadas a cabo en otras partes del mundo (en Europa, en América latina, en otra parte) pueda subestimarse. Sólo significa que deben enmarcarse en una perspectiva global que contribuya a derrotar a Washington en la región que eligió para su primera acción criminal. ¿Adónde hemos llegado en ese decisivo frente del combate por "otro mundo"?

Afganistán

Afganistán conoció el mejor momento de su historia moderna en la época de la República llamada "comunista". Un régimen de despotismo ilustrado modernista que abrió ampliamente la educación a los niños de ambos sexos, que fue adversario del oscurantismo y por eso se beneficiaba de apoyos decisivos en el interior de la sociedad. Su "reforma agraria" era esencialmente un conjunto de medidas destinadas a reducir los poderes tiránicos de los jefes tribales. El apoyo (al menos tácito) de las mayorías campesinas garantizaba el probable éxito de esta evolución bien encaminada. La propaganda transmitida tanto por los medios de comunicación como por los del Islam

político presentaron esta experiencia como un "totalitarismo comunista y ateo" rechazado por el pueblo afgano. En realidad, el régimen, como el de Atatürk en su tiempo estaba lejos de ser "impopular".

El hecho de que los promotores de las dos mayores facciones (Khalq y Parcham) se hayan autocalificado como comunistas no es nada sorprendente. El modelo de progresos alcanzados por los pueblos vecinos del Asia central soviético (pese a todo lo que se ha podido contar a raíz de ese tema y pese a las prácticas autocráticas del sistema) comparado con los desastres sociales permanentes de la gestión imperialista británica en los países vecinos (la India y Pakistán) tuvo como consecuencia, aquí como en muchos otros países de la región, fomentar a los patriotas a medir la importancia del obstáculo que el imperialismo constituía para cualquier intento de modernización. La invitación a la intervención que algunas facciones dirigieron a los soviéticos para deshacerse de las demás ciertamente pesó en su contra e hipotecó las posibilidades del proyecto nacional-populista-modernista.

Estados Unidos en particular y sus aliados de la tríada en general siempre fueron los tenaces adversarios de los modernizadores afganos, comunistas o no. Fueron ellos los que movilizaron a las fuerzas oscurantistas del Islam político a la pakistaní (los talibanes) y a los señores de la guerra (los jefes tribales neutralizados con éxito por el llamado régimen "comunista"), los entrenaron y armaron. Incluso tras la retirada soviética, el gobierno de Najbullah demostró su capacidad de resistencia y probablemente hubiera vencido sin la ofensiva militar pakistaní llegada para apoyar a los talibanes y luego, acelerando el caos, la ofensiva de las fuerzas reconstituidas de los señores de la guerra.

Afganistán ha sido devastado por la intervención de Estados Unidos y de sus aliados y agentes, islamistas en particular. Afganistán no puede reconstruirse bajo la batuta de Estados Unidos, apenas disfrazado por la apariencia de poder de un payaso sin raíces en el país, nombrado por la transnacional tejana del que era un empleado. La pretendida "democracia" en nombre de la cual Washington, la OTAN, y la ONU llamada al rescate, pretenden justificar la prolongación de su presencia (en realidad: ocupación), originalmente una mentira, hoy es una farsa grotesca.

Solo hay una solución al "problema" afgano: que todas las fuerzas extranjeras dejen el país y que se obligue a todas las potencias a abstenerse de financiar y armar a sus "aliados". A las buenas conciencias que expresan su temor de que el pueblo afgano tolere entonces la dictadura de los talibanes (o la de los jefes de guerra), les contestaré que ¡la presencia extranjera ha sido hasta ahora y sigue siendo el mejor apoyo a esta dictadura! Y que el pueblo afgano se había encaminado hacia otra dirección (que contenía potencialmente lo mejor posible) en la época en que "Occidente" estaba obligado a meterse menos en sus asuntos. Al despotismo ilustrado de los "comunistas", el Occidente civilizado siempre ha preferido el despotismo oscurantista, ¡infinitamente menos peligroso para sus intereses!

Iraq

La diplomacia armada de Estados Unidos se había puesto literalmente como objetivo la destrucción de Iraq, mucho antes de que dos pretextos le fueran proporcionados: la invasión de Kuwait en 1990 y después del 11 de septiembre, explotado a ese fin por Bush hijo con cinismo y mentiras a lo Goebbels ("Una mentira repetida mil veces se convierte en una verdad"). El motivo es muy sencillo y no tiene nada que ver con el discurso que llamaba a la "liberación" del pueblo iraquí de la sangrienta (y real) dictadura de Saddam Hussein. Iraq posee, en su subsuelo, buena parte de los mejores recursos petrolíferos del planeta; pero además, Iraq había conseguido formar a directivos científicos y técnicos capaces, por su peligroso número, de apoyar un proyecto nacional contundente. Este "peligro" debía eliminarse mediante una "guerra preventiva" que Estados Unidos se otorgó el derecho de llevar a cabo cuando y donde lo decidan, sin el menor respeto por el "derecho" internacional.

La derrota de Saddam Hussein era previsible. Frente a un enemigo cuya principal ventaja es la capacidad de ejercicio del genocidio por bombardeos aéreos impunes (hasta que hagan uso del nuclear), los pueblos solo tienen una respuesta eficaz: desplegar la resistencia en el suelo invadido. Ahora bien, el régimen de Saddam se había esforzado por aniquilar todos los medios de defensa al alcance de su pueblo, a través de la destrucción sistemática de toda organización, de todos los partidos políticos (empezando por el partido comunista) que marcaron la historia del Iraq moderno, incluso el Baas, que había sido uno de los protagonistas de esta historia. Lo que debería sorprendernos en esas condiciones, no es que el "pueblo iraquí" haya dejado que invadan su país sin luchar, ni siquiera que algunos comportamientos (como su aparente participación en las elecciones celebradas por el invasor o el aumento de luchas fratricidas entre kurdos, árabes sunníes y árabes chiíes) parecen indicar la aceptación de una posible derrota (la derrota sobre la que Washington contaba para la ejecución de su plan), sino al contrario, que la resistencia en el terreno se consolida cada día (pese a las graves debilidades de esa resistencia), que ya haya imposibilitado la instauración de un régimen de lacayos capaz de mantener las apariencias de "orden" y que, de alguna manera, la resistencia ya ha demostrado el fracaso del proyecto de Washington. El reconocimiento internacional de ese gobierno fantoche por las domesticadas Naciones Unidas, no cambia en absoluto la realidad; no es ni legítima ni aceptable.

Sin embargo, la ocupación militar extranjera crea una situación nueva. La nación iraquí está verdaderamente amenazada: aunque sólo fuera por el hecho de que el proyecto de Washington, incapaz de mantener su control sobre el país (a la vez que lo despoja de sus recursos petrolíferos, su objetivo número uno) a través de un gobierno de apariencia "nacional", sólo puede proseguir mediante una separación territorial. Quizás la fragmentación del país en al menos tres "Estados" (kurdo, sunita, chiíta) siempre fue el objetivo de Washington, alineado con Israel (los archivos lo revelarán en el futuro). Lo cierto es que hoy la "guerra civil" es la opción que Washington está jugándose para legitimar el mantenimiento de su ocupación. Porque la ocupación permanente era, y

sigue siendo, el objetivo: para Washington, es la única manera de garantizar su control del petróleo. Seguramente no se puede dar crédito alguno a las "declaraciones" de intención de Washington, del tipo: "nos iremos en cuanto vuelva el orden". Recordemos que los británicos siempre dijeron que su ocupación de Egipto, a partir de 1882, era provisional (¡duró hasta 1956!). Mientras tanto, por supuesto, cada día Estados Unidos destruye un poco más por todos los medios, incluso los más criminales, el país, sus escuelas, sus fábricas, sus capacidades científicas.

Las respuestas que el pueblo iraquí da al desafío no parecen, al menos por ahora, estar a la altura de la extrema gravedad de la situación y esto es lo menos que se puede decir. ¿Cuáles son las razones? Los medios de comunicación occidentales dominantes repiten hasta la saciedad que Iraq es un país "artificial" y que el dominio opresivo del régimen "sunnita" de Saddam sobre los chiítas y kurdos es el origen de una inevitable guerra civil (cuya única posibilidad de impedirla es la prolongación de la ocupación extranjera). Por tanto, la "resistencia" se limitaría a algunos núcleos islamistas pro Saddam del triángulo sunnita. Difícilmente se pueden acumular tantas falsedades.

Tras la primera guerra mundial, la colonización británica experimentó serias dificultades para vencer la resistencia del pueblo iraquí. De acuerdo con su tradición imperial y para consolidar su poder, los británicos fabricaron una monarquía importada y, una clase de propietarios latifundistas, ya que otorgaron una posición privilegiada al Islam sunnita. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos sistemáticos, los británicos fracasaron. El Partido Comunista y el partido baasista constituyeron las principales fuerzas políticas organizadas que derrotaron el poder de la monarquía "sunnita", odiada por todos (pueblo sunní, chií y kurdo). La violenta competencia entre esas dos fuerzas, que estuvo en el primer plano de la política entre 1958 y 1963, acabó con la victoria del Baas, aplaudida con alivio por las potencias occidentales en la época. No obstante, el proyecto comunista llevaba en sí potencialmente una posible evolución democrática, y el del Baas, en absoluto. El Baas, partido nacionalista panárabe y, en principio, unitario, admirador del modelo prusiano de construcción de la unidad alemana, reclutando en la pequeña burguesía modernista en vía de laicización, hostil a las expresiones oscurantistas de la religión, evolucionó una vez en el poder. Conforme a lo que estaba perfectamente previsible, se convirtió en una dictadura cuyo estatismo sólo era mitad antiimperialista, en el sentido de que, según las coyunturas y circunstancias, se podía alcanzar un compromiso entre los dos socios: el poder baasista en Iraq y el imperialismo americano dominante en la región). Ese acuerdo alentó los delirios de grandeza del líder, quien imaginó que Washington aceptaría hacer de él su principal aliado en la región. El apoyo de Washington a Bagdad (mediante la venta de armas químicas) en la guerra absurda y criminal llevada a cabo contra Irán de 1980 a 1989 parecía otorgar credibilidad a la idea. Saddam no se imaginaba que Washington haría trampa, que la modernización de Iraq era inaceptable para el imperialismo y que ya se había tomado la decisión de destruir el país. Caído en la trampa (se le había dado el visto bueno a Saddam para la anexión de Kuwait: una provincia iraquí que los imperialistas británicos habían separado del país para convertirla en una de sus colonias petrolíferas), Iraq fue sometido a diez años de

sanciones destinadas a desangrar el país y facilitar la gloriosa conquista del vacío por el ejército estadounidense.

Se le pueden reprochar muchas cosas a los sucesivos regímenes del Baas, incluso al de la última fase de su decadencia, bajo la "dirección" de Saddam, pero no se le puede acusar de haber avivado el conflicto confesional entre sunníes y chiíes. ¿Quién es entonces responsable de los sangrientos enfrentamientos que hoy oponen a las dos comunidades? Seguramente un día nos enteraremos de cómo la CIA (y sin duda el Mossad) organizaron muchas de esas masacres. Pero más allá de eso, es verdad que el vacío político creado por el régimen de Saddam y el ejemplo que daba de métodos oportunistas desprovistos de principios ha "alentado" a candidatos al poder de todo tipo, a menudo protegidos por el ocupante, a encaminarse en esa dirección; a veces eran ingenuos hasta el punto de creer que podrían "utilizarlo". Los candidatos en cuestión, que se trate de jefes "religiosos" (chiítas o sunnitas), de pretendidas "personalidades notables" (paratribales) o de "hombres de negocios" de notoria corrupción exportados por Estados Unidos, nunca tuvieron un real anclaje político en el país; incluso los escasos jefes religiosos respetados por los creyentes no tenían ninguna influencia política que hubiese parecido aceptable al pueblo iraquí. Sin el vacío creado por Saddam nunca se hubiera pronunciado sus nombres. Frente a ese nuevo "mundo político" fabricado por el imperialismo de la globalización liberal, ¿otras fuerzas políticas auténticamente populares y nacionales, eventualmente democráticas tendrán los medios para reconstruirse?

Hubo un tiempo en que el partido comunista constituía el polo de cristalización de lo mejor que pudiera nacer de la sociedad iraquí. El partido comunista estaba implantado en todas las regiones del país y dominaba el mundo de los intelectuales, a menudo de origen chiíta (¡digo que el chiísmo produce sobre todo revolucionarios y líderes religiosos y rara vez burócratas o *compradores*!) el partido comunista era auténticamente popular y antiimperialista, poco propenso a la demagogia y potencialmente democrático. ¿Está llamado a desaparecer definitivamente de la historia, tras la masacre de miles de sus mejores militantes por las dictaduras baasistas, el derrumbamiento de la Unión soviética (al cual no estaba preparado), y el comportamiento de algunos de sus intelectuales que consideraron aceptable volver del exilio en los furgones del ejército de Estados Unidos? Desgraciadamente no es imposible, pero tampoco es ineluctable.

La cuestión "kurda" es una cuestión real, en Iraq como en Irán y en Turquía. Pero en este tema también debemos recordar que las potencias occidentales siempre han aplicado con gran cinismo la regla de "medir con doble rasero". La represión de las reivindicaciones kurdas nunca alcanzó en Iraq y en Irán el grado de violencia policial, militar, política y moral permanente aplicado en Ankara. Ni Irán, ni Iraq llegaron jamás hasta el punto de negar la existencia misma de los kurdos. Sin embargo, todo le ha sido perdonado a Turquía, miembro de la OTAN (una organización de naciones democráticas como nos recuerdan los medios de comunicación mientras que ¡el eminente demócrata Salazar fue uno de los miembros fundadores como los no menos incondicionales de la democracia que son los coroneles griegos y los generales turcos!).

Los frentes populares iraquíes constituidos alrededor del partido comunista y del Baas en los mejores momentos de su agitada historia, cada vez que ejercieron responsabilidades de poder, siempre habían encontrado puntos de acuerdo con los principales partidos kurdos que por cierto siempre han sido sus aliados.

Sin duda, la deriva "antichiíta" y "antikurda" del régimen de Saddam es real: bombardeos de la región de Bassorah por el ejército de Saddam tras su derrota en Kuwait en 1990 y uso de gas contra los kurdos. Esa deriva era una "respuesta" a las maniobras de la diplomacia armada de Washington que había movilizado a aprendices de brujos ansiosos de aprovechar la oportunidad. Pero no por ello es menos criminal, además de estúpida ya que el éxito de las llamadas de Washington fue muy limitado. Pero ¿acaso se puede esperar otra cosa de dictadores de la calaña de Saddam?

La potencia de esa resistencia a la ocupación extranjera, "inesperada" en esas condiciones, puede parecer "un milagro". No es el caso. La realidad elemental es simplemente que el pueblo iraquí en su conjunto (árabe y kurdo, sunnita y chiíta) odia a los ocupantes y conoce sus crímenes cotidianos (asesinatos, bombardeos, masacres, torturas). Deberíamos entonces imaginar un Frente Unido de Resistencia Nacional (llámenlo como quieran) que se proclame como tal, haciendo pública la lista de los nombres, de las organizaciones y partidos que lo constituyen, y su programa común. Hasta ahora no se ha producido, en particular por todas las razones originadas por las destrucciones del tejido social y político producidas por la dictadura de Saddam y la de los ocupantes. Independientemente de los motivos, esta debilidad constituye una seria desventaja, que facilita las maniobras de la división, anima a los oportunistas hasta convertirlos en colaboradores, siembra la confusión sobre los objetivos de la liberación.

El resultado es que pese a sus "debilidades", la resistencia del pueblo iraquí ya ha derrotado (política si no militarmente) el proyecto de Washington. Eso es precisamente lo que preocupa a los Atlantistas de la Unión Europea, sus fieles aliados. Los socios subalternos de Estados Unidos hoy temen su derrota porque reforzaría la capacidad de los pueblos del Sur a obligar el capital transnacional globalizado de la tríada imperialista a respetar los intereses de las naciones y de los pueblos de Asia, de África y de América latina.

La resistencia iraquí hizo ciertas propuestas que permitirían salir del atolladero y ayudar a Estados Unidos a retirarse del avispero. Propone lo siguiente: (i) la constitución de una autoridad administrativa de transición apoyada por el Consejo de Seguridad; (ii) el cese inmediato de las acciones de resistencia y de las intervenciones militares y policiales de los ejércitos de ocupación; (iii) la retirada de todas las autoridades militares y civiles extranjeras en el plazo de seis meses. Los detalles de estas propuestas se publicaron en Beirut, en la prestigiosa revista árabe Al Mustaqbal Al Arabi (número de enero de 2006). Desde este punto de vista, el silencio absoluto que los medios de comunicación europeos oponen a la difusión de este mensaje demuestra su solidaridad con los socios imperialistas. Las fuerzas democráticas y progresistas europeas tienen el deber de desolidarizarse de esta política de la tríada imperialista y de apoyar las propuestas de la resistencia iraquí. Dejar

que el pueblo iraquí se enfrente solo a su adversario no es una opción aceptable: confirma la peligrosa idea que no se puede esperar nada de Occidente y de sus pueblos. De la misma manera, fomenta peligrosas derivas, incluso criminales, en el ejercicio de ciertos movimientos de resistencia.

Cuanto antes las tropas de ocupación se hayan retirado del país, más fuerte habrá sido el apoyo de las fuerzas democráticas en el mundo y en Europa al pueblo iraquí y mayores serán las posibilidades de un futuro mejor para ese pueblo mártir. Cuanto más dure la ocupación, más sombríos serán los amaneceres que sucederán a su inevitable término.

Palestina

Desde la declaración Balfour durante la primera guerra mundial, el pueblo palestino es la víctima de un proyecto de colonización de una población extranjera que le reserva la suerte de los "Pieles Rojas", que uno lo admita o pretenda ignorarlo. La potencia imperialista dominante en la región (ayer Gran Bretaña, hoy Estados Unidos) siempre apoyó ese proyecto porque el Estado extranjero a la región que de él resulte sólo puede ser el aliado, a su vez incondicional, de las intervenciones que exige la sumisión del Oriente Medio árabe a la dominación del capitalismo imperialista.

Para todos los pueblos de África y Asia, se trata de una banal evidencia. De hecho, en los dos continentes, la afirmación y la defensa de los derechos del pueblo palestino unen espontáneamente. En cambio, en Europa, la "cuestión palestina" provoca división, fruto de las confusiones avivadas por la ideología sionista que encuentra ecos favorables.

Hoy más que nunca, en conjunción con el despliegue del proyecto americano del "gran Oriente Medio", se abolieron los derechos del pueblo palestino. Sin embargo, la OLP había aceptado los planes de Oslo y de Madrid y la Hoja de Ruta redactados por Washington. ¡Fue Israel quien se negó rotundamente a firmarla y planeó un plan de expansión aún mayor! La OLP resultó debilitada: la opinión le puede reprochar, con toda la razón, que haya creído, ingenuamente, a la sinceridad de sus adversarios. El apoyo proporcionado por las autoridades de la ocupación a su adversario islamista (Hamas), al menos en un primer tiempo, la progresión de prácticas corruptas en la administración palestina (sobre las cuales se callan los "proveedores de fondos" como el Banco Mundial, Europa, ONG, si es que no toman parte en ello) debían llevar, y eso era previsible o incluso deseable, a la victoria del Hamas, ¡otro pretexto para justificar la alineación incondicional sobre las políticas de Israel "cualesquiera que sean"!

El proyecto colonial sionista siempre constituyó una amenaza, más allá de Palestina, para los pueblos árabes vecinos. Lo demuestran sus ambiciones de anexión del Sinaí egipcio, su efectiva anexión del Golán sirio, sus incursiones en el Líbano. En el proyecto

del "gran Oriente Medio", se reserva un lugar especial para Israel, para el monopolio regional de su equipamiento militar nuclear y para su papel de "socio obligado"(¡con el falso pretexto de que Israel dispondría de "competencias tecnológicas" de las que ningún pueblo árabe es capaz!).

No es nuestra intención exponer aquí unos análisis de las complejas interacciones entre las luchas de resistencia a la expansión colonial sionista y los conflictos y opciones políticas en el Líbano y en Siria. A su manera, los regímenes del Baas en Siria resistieron a las exigencias de las potencias imperialistas y de Israel. Que esta resistencia también haya servido a legitimar ambiciones más discutibles (el control del Líbano) es un hecho incuestionable. Por otra parte, Siria ha elegido cuidadosamente a sus aliados entre los "menos peligrosos" del Líbano. Sabemos que el Partido Comunista libanés construyó la resistencia a las incursiones israelíes en el Sur del Líbano (incluido el desvío de las aguas). Los poderes sirio, libanés e iraní cooperaron estrechamente para destruir esa "base peligrosa" y sustituirla por el Hezbollah. Por supuesto, el asesinato de Rafic el Hariri, que todavía no ha sido aclarado, ha dado pie a una intervención, por parte de las potencias imperialistas (movimiento encabezado por Estados Unidos seguido de Francia) cuyo objetivo es doble: la alineación definitiva de Damas con el grupo de los Estados árabes avasallados (Egipto, Arabia Saudita) o, en su lugar, la liquidación de los vestigios del poder baasista degenerado y el desmantelamiento de lo que queda de capacidad de resistencia a las incursiones israelíes. Al ser derrotada la agresión israelí de julio de 2006 por la resistencia libanesa, ¡Europa, acudiendo en ayuda del Estado sionista, mandó una fuerza militar, encubierta por las Naciones Unidas, encargada de "desarmar Hezbollah" (lo que no se había arriesgado a intentar hasta entonces) para facilitar la próxima agresión israelí! En ese panorama, se puede invocar la retórica de la "democracia", si fuera necesario.

Hoy, defender los derechos inalienables del pueblo palestino es el imperioso deber de todos los demócratas del mundo entero. Palestina está en el centro de los mayores conflictos de nuestra época. Aceptar el plan israelí, el de la destrucción total de Palestina y de su pueblo, sería aceptar la negación de los pueblos a su primer derecho: el de existir. Tachar de antisemitas a los que se oponen al despliegue de este proyecto es absolutamente inaceptable.

Irán

Tampoco es nuestra intención desarrollar aquí los análisis que la "revolución islámica" requiere. ¿Ella era el anuncio y el punto de partida de una evolución que una vez llegado a término se extendería a toda la región o incluso a todo el "mundo musulmán" –renombrado "umma" para la circunstancia ("nación", lo que nunca fue)– como se autoproclamó y como a menudo se ve tanto en el mundo del Islam político como en el de los "observadores extranjeros"? ¿O se trataba de un acontecimiento singular,

propio de la combinación de las interpretaciones del Islam chiíta y de la expresión del nacionalismo iraní?

Respecto de lo que nos interesa hablar aquí, sólo haré dos observaciones. La primera es que el régimen del Islam político en Irán no es incompatible, por naturaleza, con la integración del país en el sistema capitalista globalizado tal como es (los principios fundamentales del régimen se adecuan con una visión de la gestión "liberal" de la economía"). La segunda es que la nación iraní, en cuanto tal, es una "nación fuerte", es decir que los principales factores determinantes que la componen o incluso todos (clases populares y clases dirigentes) no aceptan la integración de su país al sistema mundializado, en cuanto estado dominado. Por supuesto, existe una contradicción entre estas dos dimensiones de la realidad iraní; la segunda da cuenta de las contradicciones de la política exterior de Teherán que demuestran su voluntad de resistir a las imposiciones ajenas.

Pero es cierto que el nacionalismo iraní, potente, a mi parecer, históricamente totalmente positivo, explica el éxito de la "modernización" de las capacidades científicas, industriales, tecnológicas y militares, llevada a cabo por los sucesivos regímenes del Sha y del Jomeinismo. Irán es uno de los pocos Estados del Sur (con China, India, Corea, Brasil y quizás otros pero unos pocos) que tiene un proyecto "burgués nacional". Que la realización de este proyecto sea o no posible a largo plazo (y ésta es mi opinión) no es el tema de nuestra presente discusión. Hoy en día, este proyecto existe; está en marcha.

Es precisamente porque Irán constituye une masa crítica capaz de tratar de imponerse como un respetable socio que Estados Unidos ha decidido destruir el país con una nueva "guerra preventiva". Como bien es sabido, el "conflicto" se sitúa en el terreno de las capacidades nucleares que Irán está desarrollando. ¿Por qué ese país no tendría el derecho (como todos los demás) de convertirse en una potencia militar nuclear? ¿Con qué derecho las potencias imperialistas, y su juguete israelí, pueden vanagloriarse de otorgarse el monopolio de las armas de destrucción masiva? ¿Podemos dar crédito al discurso según el cual las naciones "democráticas" nunca harán uso de esas armas como podrían hacerlo los "Estados poco escrupulosos"? Y eso sabiendo que dichas naciones "democráticas" son responsables de los mayores genocidios de los tiempos modernos, incluso el genocidio judío, y que Estados Unidos ya ha utilizado el arma atómica y se niega a prohibir absoluta y generalmente su uso. Desgraciadamente, ahora los europeos están alineados con el proyecto de Washington de agresión contra Irán.

En conclusión

Hoy los "conflictos políticos" oponen en esa región tres conjuntos de fuerzas: las que reivindican un pasado nacionalista (pero en realidad sólo son los herederos degenerados y corruptos de las burocracias europeas de la época nacional populista), las que reivindican el Islam político y las que intentan emerger alrededor de una reivindicación "democrática"

compatible con la gestión económica liberal. Para una izquierda atenta a los intereses de las clases populares y a los de la nación, ninguna de esas fuerzas es aceptable. De hecho, a través de esas tres "tendencias", se plasman los intereses de la clase *compradore*, militantes del sistema imperialista en funciones. En realidad, la diplomacia de Estados Unidos aprovecha todas las oportunidades que generan los conflictos entre estas tendencias para su beneficio exclusivo. Intentar "inmiscuirse" en esos conflictos mediante alianzas con éstos o aquéllos (apoyar los regímenes en funciones para evitar lo peor: el Islam político; o al contrario, intentar aliarse con éste para deshacerse de esos regímenes) está abocado al fracaso. La izquierda debe afirmarse encaminando las luchas hacia los terrenos donde encuentren su lugar natural: la defensa de los intereses económicos y sociales de las clases populares, de la democracia y de la afirmación de la soberanía nacional, concebidas como indisociables. Todas las democracias del mundo deben apoyar esas fuerzas y, en ese espíritu, condenar sin restricción alguna, todas las intervenciones de Estados Unidos, de la OTAN, de Israel, de las Naciones Unidas domesticadas y de sus aliados locales en la región.

En el momento actual del despliegue del proyecto americano de control militar del planeta y de guerra permanente (preferentemente preventiva) contra todos los recalcitrantes y los países "amenazadores" a largo término (China y algunos otros) está ocupando todo el escenario. Washington sigue conservando la iniciativa mientras que los otros poderes (si no se someten sin discutir o incluso con entusiasmo, lo cual es el comportamiento normal de las clases serviles de Europa del Este y de algunos países del tercer mundo) se conforman con modestas protestas, o se resignan ante el resultado.

Derrotar las respuestas reaccionarias de la oligarquía a la crisis financiera

El sistema capitalista/imperialista globalizado llamado "neo-liberal" no es viable. Ese poder casi exclusivo de una plutocracia favorecida por la coyuntura abierta por la derrota de las clases obreras y de los pueblos debería ser obligado a retroceder a partir del momento en que las luchas de clases y de los pueblos dominados habrán corregido los desequilibrios sociales en los que se fundamenta. Sin embargo, pese a los avances de los llamados "movimientos sociales" a lo largo de la última década, la corrección de estos desequilibrios está lejos de haber alcanzado el nivel necesario, a falta de una politización conveniente, salvo en América latina, donde ya ha empezado.

Por consiguiente, el sistema entró en la fase de la crisis sistémica de otra manera, por el efecto de sus contradicciones internas propias, provocando el inicio del derrumbamiento de su parte financiera, el talón de Aquiles del liberalismo. La opción no es, por tanto, "liberalismo o caos" como lo proclaman los discursos dominantes, sino liberalismo y caos (la realidad del sistema) o una alternativa auténtica, popular, social y democrática.

La iniciada crisis financiera no es el circunstancial producto de un inesperado percance (las hipotecas de alto riesgo). Este accidente, u otro en su lugar, tenía que acabar cuestionando el crecimiento sin fin de la valorización de los capitales (en particular, en la bolsa), que exige un reparto cada vez más desigual y sin duda, además de eso, un "crecimiento blando", por lo menos. La previsible caída del nivel financiero del sistema demuestra el carácter sistémico de la crisis.

Frente a la masiva desvalorización de los capitales, ahora inevitable, los poderes de las oligarquías en funciones, que todavía no están realmente amenazados a nivel político, van a ensañarse con las clases y pueblos desfavorecidos. La lógica política del sistema otorga una fuerte probabilidad a esta perspectiva, al menos por ahora. La expansión del liberalismo globalizado se fundaba sobre la privatización a ultranza de las ganancias. ¡Su reducción provocará la socialización de las pérdidas!

Debemos entonces prepararnos para nuevas ofensivas del capital oligárquico y de los poderes a su servicio que se asignarán como objetivo la reducción de las rentas reales de las clases trabajadoras (o incluso de segmentos importantes de las clases medias) y de los jubilados, cuyos sistemas de fondos de pensiones se solidarizaron con los intereses del capital. El incremento de la violencia de las luchas está entonces a la orden del día. De todas formas, la "solución" propuesta por ésta depende de numerosos factores sociales, ideológicos y políticos cuya variable geometría de la composición permite imaginar todas las posibilidades, desde la "mejor" desde el punto de vista de los intereses generales de los pueblos y de las naciones, a la "peor". Después de todo, la crisis de 1929 se había solucionado por el nazismo aquí, el frente popular o el New Deal en otra parte. El reto de hoy nos obliga a derrotar las respuestas reaccionarias que el capital tratará de imponer. En este sentido, se trata de unas venideras batallas políticas gigantescas.

La guerra económica, y entonces política, hacia la cual se van a encaminar las oligarquías en funciones reviste necesariamente dimensiones internacionales. En especial Estados Unidos, el líder del bloque imperialista formado por la tríada, se encargará de que los europeos paguen ya que Europa constituye la parte más blanda de la tríada. La fragilidad de sus instituciones, consecuencia de la inexistencia de una realidad europea transnacional fuerte, se incrementará sin duda por las respuestas sociales y políticas a la crisis, que serán todas diferentes de un país a otro. La Unión Europea se construyó en el marco del liberalismo y del atlantismo, concebidos como eternales. Pudo proseguir su avance sin mayores problemas mientras el liberalismo y el atlantismo tenían el viento en popa. Pero no dispone de los medios necesarios para enfrentarse al temporal desencadenado por la crisis del sistema global. He desarrollado el análisis de esas cuestiones en otros trabajos y he concluido diciendo que la "reconstrucción de la Unión Europea" constituye una dimensión inevitable en el avance de las alternativas democráticas y sociales para los pueblos de ese continente (en particular en el capítulo "¿Es viable la Unión Europea?" del libro *Perspectivas para un socialismo del siglo XXI*, pendiente de publicación en IEPALA Editorial).

De la misma manera, la crisis conllevará una violenta agravación de los conflictos "Norte-Sur". Y aquí también las respuestas de los pueblos en cuestión serán diferentes. Desgraciadamente, podemos imaginar sin dificultad que a algunos países les va a costar resistir a las ofensivas del imperialismo y de hecho, podrían hundirse más en la pauperización, el caos y la persecución de respuestas ilusorias. Sin embargo, otros (en particular, China, pero no sólo ella) podrán desvincularse progresivamente de la tutela que la globalización imperialista les impone y derrotar las ventajas que fundamentan esa dominación (ventajas que analicé en los términos de los "cinco monopolios" del imperialismo nuevo). Incluso pienso que mediante avances en esas direcciones se cuestionará el orden global, lo que abrirá nuevas vías al "socialismo del siglo XXI". La derrota previa de las estrategias de control militar del planeta por Washington y sus aliados subalternos, como su derrota en el "gran Oriente Medio", constituye una condición esencial del éxito de la alternativa civilizada a la barbarie del capitalismo en crisis. Es el motivo por el cual he evidenciado el análisis de los problemas de dicha región.

En el segundo trabajo pendiente de publicación en la misma editorial, el lector encontrará los desarrollos que he venido proponiendo sobre los diferentes aspectos de esas cuestiones a lo largo de los debates de los últimos quince años.

PRÓLOGO

Edición española / *1994*

Samir AMIN

A finales de la década de los ochenta, cuando se precipitaba la desintegración de los regímenes soviéticos, la opinión pública dominante en Occidente acogía la caída del muro de Berlín como el indicio del triunfo simultáneo de la democracia y de la economía de mercado. La oleada de reivindicaciones democráticas en el Tercer Mundo, a las que diversas dictaduras aquí o allí tenían que hacer concesiones, reforzaba la opinión de que había llegado la hora del fin de los regímenes totalitarios y autocráticos, mientras que el Banco Mundial, el FMI y el GATT se autoproclamaban sumos sacerdotes del nuevo desarrollo liberal mundializado. La guerra del Golfo, por su parte, era presentada como anunciadora de un nuevo orden mundial, que inauguraba una era de paz verdadera tras el fin de la «guerra fría».

Así pues, escribí *El imperio del caos* [*L'empire du chaos*, L'Harmattan, París, 1991] como respuesta a esa retórica dominante. Me parecía casi evidente que el nuevo período que se inauguraba no garantizaría ni la paz, ni la democracia, ni el desarrollo. Al contrario, el «proyecto liberal» triunfante me parecía una utopía peligrosa, cuyo empeño en perseguir su realización sólo podía producir estancamiento e involuciones económicas catastróficas, destinadas a hacer más frágiles los tímidos inicios de democracia y a fomentar la explosión de conflictos tan violentos como sin perspectiva.

La cascada acelerada de los acontecimientos de los últimos cinco años me dan la razón. Me atengo pues al método aplicado en *El imperio del caos* para presentar en este prólogo algunas repercusiones sólo esbozadas en este libro. El método consiste en definir las nuevas contradicciones principales destinadas a agravarse debido a la mundialización liberal, en caracterizar las respuestas (contradictorias) con que los actores sociales tratan de responder a sus retos y en realzar la capacidad o incapacidad objetiva de estas respuestas para atenuar esas contradicciones. Rechazo pues el prejuicio dominante de que «no hay alternativas» al sometimiento a las exigencias del proyecto liberal y hago hincapié, por el contrario, en las crecientes manifestaciones de su rechazo, ya se inspiren éstas en proyectos ilusorios o, al contrario, abran perspectivas progresistas posibles. Ni el sometimiento a la utopía liberal, ni la aspiración nostálgica de un retorno al pasado, próximo o lejano, permitirán construir el progreso social, la democracia y la paz. Por el contrario, estas estrategias no pueden sino perpetuar el caos y la regresión. La respuesta a los retos de nuestra época implica pues que cristalicen proyectos orientados hacia el futuro, liberados de los dogmas liberales y de las respuestas que se les han dado en el período de la posguerra, ahora clausurado.

Para los países del Este, esta respuesta tendrá que inventar las formas de una democracia de contenido social progresista asociada a las exigencias de un control del mercado y de la apertura exterior. No estamos en este camino. Las ilusiones liberales siguen siendo dominantes y sus efectos, poderosos destructores, como lo demuestran, entre otras cosas, las involuciones, sobre todo etnicistas, que han ocasionado en Yugoslavia y en la ex URSS. Pero la historia nunca termina y estas involuciones no pueden fundamentar la estabilización de esas sociedades. ¿Permitirá el regreso de ex «comunistas» a los gobiernos, elegidos aquí o allí, desviar la evolución en un sentido progresista deseable, o las presiones del sistema liberal dominante los condenan al fracaso? En este caso, trágico pero no imposible, las involuciones actuales proseguirán.

En los países de la periferia capitalista, desde el Tercer Mundo recientemente industrializado hasta el Cuarto Mundo marginado, el reto de la *compradorización* tampoco está en vías de aceptarse. Aquí también, las respuestas progresistas al reto exigen una democracia social y el control de los mercados y de la apertura exterior. La idea de que la acumulación capitalista podría proseguir en el Tercer Mundo industrializado (metido entonces en el camino de la «recuperación del retraso») e iniciarse —con retraso— en el Cuarto Mundo gracias a su «ajuste» a la mundialización no es más aceptable hoy que ayer. La prosecución de estas quimeras harás más profundas las nuevas formas de la polarización y destrucciones inmanentes a la expansión del capitalismo realmente existente. El Banco Mundial, que nunca ha tenido un concepto del desarrollo y se atiene a los mediocres prejuicios del banquero estadounidense medio, no está desde luego preparado intelectual y culturalmente para entenderlo.

En Occidente mismo, la búsqueda de la utopía liberal condena a los poderes a contentarse con «administrar la crisis», sin perspectiva de salir de ella. Esta obstinación corre peligro pues, aquí también, de producir involuciones «nacionalistas», que no sólo echan a perder el proyecto europeo, sino también aceleran el desgaste de la democracia política, a favor de un renacimiento de populismos fascistizantes.

La confluencia de todas estas evoluciones basadas en ideologías francamente retrógradas ya ha producido la agudización de los conflictos, y no su disminución, pese al nuevo aliento que le ha dado al hegemonismo estadounidense. La gestión planetaria de la crisis ya ha producido el reflujo de la democratización, cínicamente manipulada o abandonada por los poderes dominantes, cuando se basa en la manipulación de los etnicismos y de los comunitarismos «culturales» o «religiosos» y la intervención militar en los conflictos. En todos estos aspectos, las evoluciones son ya todavía más negativas de lo que yo había esbozado en los capítulos IV y V del *Imperio del caos*.

En un tiempo récord por su brevedad, el liberalismo ha demostrado su carácter utópico. A la barbarie fascista en que desembocará fatalmente si el sentido de las evoluciones en curso no se invierte, oponemos pues el proyecto de un mundo policéntrico, regionalizado y basado en el dominio de los mercados y de la interdependencia mundializada (es la forma de la *desconexión* que corresponde a las

circunstancias de nuestros días), base necesaria de una democratización socialmente progresista.

El futuro de la polarización mundial

1. La desigualdad en el desarrollo de las sociedades humanas señala toda la historia conocida desde la más remota Antigüedad. Pero es sólo en la época moderna cuando la polarización se convierte en el producto inmanente de la expansión mundial de un sistema que, por primera vez en la historia, ha integrado en una misma lógica económica —la del capitalismo— a todos los pueblos del planeta.

La polarización moderna (capitalista) ha asumido sucesivas formas en relación con la evolución del modo de producción capitalista mismo. La modalidad que podríamos calificar de «clásica» se organiza a partir de la revolución industrial, que define en lo sucesivo las formas centrales del capitalismo, mientras que las periferias (progresivamente toda Asia —excepto Japón— y África, que se suman a América Latina) permanecen rurales, no industrializadas, y, por eso mismo, especializadas, desde el punto de vista de su participación en la división mundial capitalista del trabajo, en las producciones agrícolas y mineras. Esta importante característica de la polarización se acompaña de una segunda característica del sistema, no menos importante: la cristalización de los sistemas industriales centrales como sistemas nacionales autocentrados, construidos paralelamente a la edificación del Estado nacional burgués. Juntas, estas dos características dan cuenta de las dimensiones dominantes de la ideología de la liberación nacional constituida como respuesta al reto de la polarización: (i) la aspiración a la industrialización, sinónimo de progreso liberador y modo de «recuperación del retraso», (ii) la aspiración a la construcción de Estados nacionales a ejemplo de los modelos centrales. La ideología de la modernización se define por este contenido esencial del concepto de la modernidad. Las formas clásicas de la polarización definen el sistema mundial desde la revolución industrial (a partir de 1800) hasta la segunda posguerra mundial.

El período de la posguerra (1945-1990) es el del desgaste progresivo de las dos características arriba definidas. En efecto, es el de la industrialización de las periferias —desigual, por cierto, pero factor dominante en Asia y en América Latina—, que el movimiento de liberación nacional se esfuerza por acelerar en el marco de los Estados de la periferia que, casi todos, han recuperado su autonomía política. Es simultáneamente el del desmantelamiento progresivo de los sistemas productivos nacionales autocentrados centrales y de su recomposición como elementos constitutivos de un sistema productivo mundial integrado. Este doble desgaste es la nueva manifestación de la intensificación de la mundialización.

La acumulación de estas transformaciones desemboca en el derrumbamiento de los equilibrios característicos del sistema mundial de la posguerra. No conduce por sí misma a un nuevo orden mundial caracterizado, entre otras cosas, por nuevas formas de la polarización, sino a un «desorden mundial». El caos que caracteriza a nuestro momento proviene del triple fracaso del sistema:

(i) que no ha desarrollado nuevas formas de organización política y social que rebasen el Estado nacional, una nueva exigencia de la mundialización del sistema productivo;

(ii) que no ha definido sistemas de relaciones económicas y políticas adecuadas que concilien el auge de la industrialización de las nuevas periferias de Asia y de América Latina competitivas en el mercado mundial y la búsqueda de un crecimiento global;

(iii) que no ha definido otras relaciones con las periferias de África que no han emprendido una industrialización competitiva sino relaciones de exclusión.

Este caos se manifiesta en todas las regiones del mundo y se pone de manifiesto en todas las dimensiones de la expresión política, social e ideológica de su crisis. Es la causa de las dificultades de la construcción europea, que parece súbitamente incapaz de proseguir la integración de sus mercados y el desarrollo paralelo de formas políticas integrantes a escala europea. Es la causa de las convulsiones que azotan a todas las periferias, de Europa Oriental, del antiguo Tercer Mundo semiindustrializado, del nuevo Cuarto Mundo marginado. Lejos de apuntalar la progresión de la mundialización, el caos actual manifiesta su extrema vulnerabilidad.

2. La posición de un país en la pirámide mundial se define por la capacidad competitiva de sus producciones en el mercado mundial. El reconocimiento de esta perogrullada de ninguna manera implica que se comparta el punto de vista trivial de la biblia economicista burguesa, a saber que esta posición se conquista con la aplicación de políticas económicas «racionales», cuya racionalidad se mide precisamente con la vara de su sometimiento a las supuestas «leyes objetivas del mercado». Completamente en oposición con estas pamplinas admitidas como evidentes, sostengo que la «competitividad» en cuestión es el resultado complejo de un conjunto de condiciones que producen su efecto en todo el campo de la realidad —económica, política y social—, y que, en esta lucha desigual, los centros ponen en acción lo que llamo sus «cinco monopolios» que articulan la eficacia de sus acciones. Estos cinco monopolios interpelan pues la teoría social en su totalidad, y son, en mi opinión:

(i) los monopolios de que gozan los centros contemporáneos en el campo de la *tecnología*; monopolios que exigen gastos gigantescos, que sólo el Estado —el grande y rico Estado— puede pretender apoyar. Sin este apoyo —que el discurso liberal pasa siempre por alto—, y principalmente el apoyo a los gastos militares, la mayoría de estos monopolios no podrían mantenerse.

(ii) los monopolios que actúan en el campo del control de los *flujos financieros* de envergadura mundial. La liberalización de la implantación de las principales instituciones financieras que actúan en el mercado financiero mundial ha dado a estos monopolios una eficacia sin precedentes. Hace todavía no mucho tiempo, la mayor fracción del ahorro en una nación sólo podía circular en el espacio —generalmente nacional— gobernado por sus instituciones financieras. Hoy, ya no ocurre lo mismo: este ahorro es centralizado por la intervención de instituciones financieras cuyo campo de actividad es de ahora en adelante el mundo entero. Constituyen el capital financiero, el segmento más mundializado del capital. Sin embargo, este privilegio se asienta en una lógica política que hace que se acepte la mundialización financiera. Esta lógica podría impugnarse con una simple decisión política de *desconexión*, aun cuando fuera limitada al campo de las transferencias financieras. Por otro lado, los movimientos libres del capital financiero mundializado actúan, hay que saberlo, en marcos definidos por un sistema monetario mundial que considero de ahora en adelante caduco. Este sistema se basa en el dogma de la libre apreciación del valor de las divisas por el mercado (conforme a una teoría según la cual la moneda sería una mercancía como las otras) y en la referencia al dólar como moneda universal de hecho. La primera de estas condiciones carece de fundamento científico y la segunda sólo funciona por falta de alternativa. Una moneda nacional no puede desempeñar las funciones de una moneda internacional satisfactoriamente más que si las condiciones de la competitividad internacional producen un excedente estructural de exportación del país cuya divisa desempeña esta función, que garantice la financiación por este país del ajuste estructrural de los demás. Esto ocurrió en el siglo XIX con Gran Bretaña. Esto no ocurre hoy con Estados Unidos, que, por el contrario, financia su déficit con sus préstamos que impone a los demás. Tampoco ocurre con los rivales de Estados Unidos, al no tener los excedentes de Japón (los de Alemania desaparecieron tras la unificación) medida común con las necesidades financieras que exige el ajuste estructural de los demás. En estas condiciones, la mundialización financiera, lejos de imponerse «naturalmente», es, por el contrario, de extrema fragilidad. A corto plazo, sólo engendra una inestabilidad permanente y no la estabilidad necesaria para que los procesos de ajuste puedan actuar eficazmente.

(iii) los monopolios que actúan en *el acceso a los recursos naturales del planeta*. Los peligros que la explotación insensata de estos recursos hace correr de ahora en adelante al planeta, y que el capitalismo —que se basa en una racionalidad social a corto plazo sin más— no puede superar, refuerzan el alcance del monopolio de los países ya desarrollados, que se esfuerzan por evitar simplemente que su despilfarro se extienda a los demás.

(iv) los monopolios que actúan en los *campos de la comunicación y de los*

medios de difusión, que no sólo uniformizan por abajo la cultura mundial que transmiten, sino también abren nuevas posibilidades para la manipulación política. La expansión del mercado de los medios de comunicación modernos ya es uno de los componentes esenciales del desgaste del concepto y de la práctica de la democracia en Occidente mismo.

(v) por último, los monopolios que actúan en el campo de los *armamentos de destrucción masiva*. Limitado por la bipolaridad de la posguerra, este monopolio es de nuevo el arma absoluta cuyo uso se reserva sólo la diplomacia estadounidense, como en 1945. Si la «proliferación» implica evidentes peligros de patinazo, a falta de un control mundial democrático de un desarme realmente global, no hay otra manera de poder combatir este monopolio inaceptable.

Juntos, estos cinco monopolios definen el marco en que se expresa la ley del valor mundializado. Lejos de ser la expresión de una racionalidad económica «pura», que se podría separar de su marco social y político, la ley del valor es la expresión condensada del conjunto de estos condicionamientos. Aquí sostengo que estos condicionamientos anulan el alcance de la industrialización de las periferias, devalúan el trabajo productivo incorporado en estas producciones, mientras que sobrevaloran el supuesto valor agregado atribuido a las actividades por medio de las cuales actúan los nuevos monopolios, en provecho de los centros. Producen pues una nueva jerarquía en la distribución de la renta a escala mundial, más desigual que nunca, subalternan las industrias de las periferias y las reducen a la condición de actividades de subcontratación. La polarización encuentra aquí su nuevo fundamento, destinado a regir sus formas futuras.

3. En contrapunto del discurso ideológico dominante, sostengo que la «mundialización por medio del mercado» es una utopía reaccionaria, contra la cual hay que desarrollar teórica y prácticamente la alternativa del proyecto humanista de una mundialización que se sitúe en una perspectiva socialista.

La realización de tal proyecto implica la construcción de un sistema político mundial, no «al servicio» del mercado mundial, sino que defina el marco de actuación de éste, lo mismo que el Estado nacional representó históricamente no el campo de despliegue del mercado nacional, sino el marco social de este despliegue. Un sistema político mundial tendría pues responsabilidades importantes en cada uno de los cuatro ámbitos siguientes:

(i) la organización de un *desarme global* en los niveles apropiados, liberando a la humanidad de la amenaza de holocaustos nucleares y otros.

(ii) la organización de un *acceso equitativo, cada vez menos desigual, al uso de los recursos del planeta*, y el establecimiento de sistemas mundiales de

decisión en este terreno, incluida una tarificación de los recursos que imponga la reducción del despilfarro y la distribución del valor y de la renta asignadas a estos recursos, esbozando de ese modo los elementos de un sistema fiscal mundializado.

(iii) *la negociación de relaciones económicas flexibles, abiertas pero controladas, entre las grandes regiones del mundo*, desigualmente desarrolladas, que reduzcan progresivamente los monopolios tecnológicos y financieros de los centros. Eso implica naturalmente la liquidación de las instituciones encargadas actualmente de la gestión del mercado mundial (Banco llamado mundial, FMI, GATT, etc. ...) y la creación de otros sistemas de gestión de la economía mundial.

(iv) la organización de negociaciones que posibiliten una *gestión correcta del conflicto dialéctico mundial/nacional en los campos de la comunicación, de la cultura y de la política*. Esta gestión implica la creación de instituciones políticas que permitan la representación de los intereses sociales que actúan a escala mundial, en cierto modo el comienzo de un «Parlamento mundial», que supere el concepto de instituciones interestatales vigente hasta ahora.

4. Es más que evidente que las tendencias del mundo actual no van en el sentido arriba indicado y que los objetivos del proyecto humanista mencionado no son lo que se ventila en los conflictos actuales. No me extraña, y hasta me sorprendería que fuese de otro modo. El desgaste del antiguo sistema de la mundialización no preparaba por sí mismo su propia superación y no podía desembocar en lo inmediato más que en el caos. Las fuerzas dominantes sitúan su acción en este caos, procurando sólo sacar la cobertura para su beneficio a corto plazo, agravando con eso el caos. Su intento de legitimar sus opciones con la anodina ideología del mercado «autorregulador», con la afirmación de que «no hay alternativa», o con el puro y simple cinismo, no es la solución del problema; pero forma parte del problema que hay que solucionar. Las respuestas inmediatas de los pueblos al empeoramiento de sus condiciones tampoco son necesariamente positivas; en el desconcierto, respuestas ilusorias, como los repliegues integristas o patrioteros, pueden movilizar importantes fuerzas. Corresponde a la izquierda —es su vocación histórica— construir en la teoría y en la práctica las condiciones de la respuesta humanista al reto. A falta de ello y hasta que así ocurra, involuciones regresivas —y criminales— siguen estando en el orden del día de lo más probable.

Las dificultades con que hoy se enfrenta el proyecto europeo son un buen ejemplo del callejón sin salida de la «mundialización por medio del mercado». Ahora bien, estas dificultades, que, en el entusiasmo que había suscitado el proyecto, no se habían imaginado, eran perfectamente previsibles y han sido previstas desde hace mucho tiempo

por quienes, como yo, nunca creyeron que el mercado común crearía por sí mismo Europa. Decíamos pues que un proyecto tan ambicioso como éste sólo podía llevarlo una izquierda europea capaz de situar la construcción del mercado unificado en un proyecto social y cultural progresista, sin el cual seguiría siendo frágil y aun reversible al menor percance serio. Era pues necesario que las izquierdas europeas impusiesen que cada etapa de la integración de los mercados estuviese acompañada de una doble serie de medidas, por una parte, garantizando que el beneficio de la operación perteneciera a los trabajadores, reforzando con eso su poder social y su unidad, y, por la otra, iniciando la construcción de un sistema político que rebasara los Estados nacionales, que es la forma política necesaria para una gestión eficaz del mercado ampliado. No ocurrió nada de ello. El proyecto europeo ha sido impulsado por la derecha, reducido a su dimensión mercantil, mientras que las izquierdas se adherían, tarde o temprano según los casos, al modelo propuesto, sin imponer sus condiciones. El resultado está ahí delante de nuestros ojos: el cambio total de la coyuntura mundial ha puesto a los socios europeos en situación de adversarios, que no pueden imaginar aliviar sus dificultades propias (sobre todo, el paro) más que en detrimento unos de otros, y encima sin disponer de los instrumentos eficaces para poder hacerlo. Desprovistos de medios capaces de encuadrar las lógicas inmediatas del mercado, estarán cada vez más tentados por repliegues involutivos. La voluntad de evitarlos, proclamada tal vez hasta muy sinceramente por políticos importantes de los dos socios alemán y francés, en la derecha y en la izquierda, sólo es propio, en estas condiciones, de métodos de encantamiento.

Ahora bien, las dificultades de la «pequeña Europa» (de la CEE) se manifiestan en el mismo momento en que la gran Europa da nuevas dimensiones al reto. Se presentaba la ocasión de repensar en la izquierda el proyecto europeo en su conjunto y de iniciar la construcción de una gran Europa económica y política («confederal») anclada en la izquierda con la reconstrucción de la unidad de las fuerzas del trabajo a escala de esta Europa. Se ha dejado pasar la ocasión y, por el contrario, se ha apoyado a las fuerzas de la derecha, ansiosas de sacar provecho del colapso del sistema soviético con la sustitución de éste por un sistema capitalista salvaje. Es evidente que este proyecto de «latinoamericanización» de Europa oriental no puede sino debilitar las posibilidades de recomposición de un proyecto europeo anclado en la izquierda y aumentar los desequilibrios dentro de la Europa de los Doce en beneficio del único socio capaz de capitalizar esta evolución en su provecho: la Alemania reunificada.

La crisis del proyecto europeo constituye uno de los mayores retos con que se enfrenta la construcción de una nueva mundialización. Pero Europa de ninguna manera es el lugar exclusivo de manifestaciones involutivas, respuestas inadecuadas y trágicas al reto de la construcción de un sistema mundial renovado. A través de todo el antiguo Tercer Mundo, sobre todo en sus regiones marginadas por el derrumbamiento de la antigua mundialización (en las áreas islámica, árabe y africana), pero también en el nuevo Tercer Mundo del Este (como vemos en la ex URSS y la ex Yugoslavia), las involuciones autodestructivas predominan de lejos sobre el esbozo —inexistente hasta ahora— de respuestas a la altura del reto.

5. El analista que pretenda ser realista imagina pues, a partir de las configuraciones actuales de las fuerzas en conflicto, los diferentes guiones posibles. Examinaré algunos de ellos para mostrar que todos estos guiones permanecen de este lado de las exigencias de la construcción de un orden mundial estable y aceptable, y que por consiguiente no permiten salir del caos.

La cuestión europea está en el centro del imaginario referente al futuro de la mundialización. Al estar el proyecto europeo averiado, en peligro de desintegración, las fuerzas ligadas a la idea europea podrían creer útil y posible su repliegue en lo que parece ser lo «*second best*», es decir la Europa alemana. Basado en la expansión alemana en una Europa oriental latinoamericanizada (siguiendo pues la tradición desde Bismarck hasta Hitler), este proyecto no toleraría la asociación de Francia, Italia y España más que en la medida en que ésta no estorbe la acción de Alemania. Es muy lógico que se piense que, en esta hipótesis, el buque de Gran Bretaña navegaría a la altura de las costas estadounidenses, tomando las distancias con respecto a la Europa «continental». Estamos completamente metidos en estos carriles y hasta ya se ha encontrado una legitimación para esta opción, con la preferencia que se cree tener que dar en este modelo de la construcción europea a una «gestión monetaria neutra» (un concepto tecnocrático basado en el desconocimiento del sentido político de la gestión monetaria), ¡confiada al *Bundesbank*, por supuesto! No creo que esta caricatura del proyecto europeo original pueda ser verdaderamente estable, pues a la larga ni Rusia ni Francia aceptarán el desgaste de sus posiciones que implica.

Por añadidura, el guión ya sea de Alemania haciendo rancho aparte, ya sea de la Europa alemana no pondría en tela de juicio las funciones privilegiadas de Estados Unidos. Pues es más que evidente que en ninguno de los campos que definen los cinco monopolios cuyo papel decisivo he señalado estaría este proyecto equipado para hacer frente a las posiciones estadounidenses. Aquí, la Europa alemana está forzada a permanecer en la estela estadounidense.

A partir de esto se pasa gradualmente a las características del segundo guión, el de una segunda edición de la «hegemonía estadounidense», por falta de alternativa. Este guión mismo admite muchas variantes, de las cuales la más probable incluiría cierto grado de «reparto de la carga» asociado a una regionalización neoimperialista, enganchando América Latina al carro estadounidense, África al carro germanoeuropeo (las migajas para Francia) —pero no la región del Golfo petrolero y el «mercado común de Oriente Próximo», que siguen siendo dominio de Estados Unidos, presente directamente con la ocupación militar del Golfo e indirectamente con su alianza israelí— y, por simetría podríamos decir, concediendo Asia sudoriental a la expansión nipona. Pero este reparto no implica igualdad entre los tres centros considerados; en este marco, Estados Unidos sigue siendo privilegiado. Ahí también no creo que opciones neoimperialistas de este tipo garanticen la estabilidad del sistema. Serán impugnadas aquí y allí por la rebelión de América Latina, de Asia y de África.

Nuestra atención tiene que dirigirse pues a Asia, ampliamente apartada del conflicto euro-estadounidense. A menudo se ha hecho notar que, en la actual crisis global, Asia estaba considerada como excepción, al registrar tanto en Japón como en China comunista, en Corea y en menor grado en algunos países de Asia sudoriental (Singapur, Tailandia y Malasia), y hasta en India, éxitos indiscutibles en términos de crecimiento y de eficacia (evaluada por su competitividad en el mercado mundial). De ahí a llegar a la conclusión de que la próxima hegemonía pertenecería a Asia no hay más que un paso, que se lo salva muchas veces demasiado pronto. ¡Pues Asia en esta abstracción global es más de la mitad de la población mundial! Ésta se distribuye en naciones distintas. El vago concepto de hegemonía podría ser sustituido por el de Asia convertida en región principal de la acumulación capitalista. Además habría que precisar cómo funcionaría esta acumulación, cómo articularía a las diferentes naciones de la región entre sí y con el resto del mundo. Aquí, las variantes cobran todo su sentido. La más común de imaginar —la dominación del imperialismo nipón en la región— es, en mi opinión, la menos plausible. La vulnerabilidad de Japón sigue siendo una desventaja muy a menudo subestimada por los admiradores de sus éxitos recientes. Y es para mitigarla por lo que Japón permanece en la estela de Estados Unidos. La probabilidad misma de que China, e incluso Corea, acepten subordinarse a él carece de fundamento serio. En estas condiciones, la gestión del equilibrio interasiático exigirá la intervención de otras potencias exteriores a la región y aquí también sólo Estados Unidos es candidato a este papel, que prolongaría su preeminencia en el escenario mundial.

No obstante, en todos los casos, el fortalecimiento de las posiciones de los países de Asia en el sistema mundial —China en primer lugar— goza de alta probabilidad. ¿Cómo reaccionará Estados Unidos ante esta evolución? En mi opinión, toda la estrategia de las alianzas mundiales de unos y otros girará en torno a esta pregunta. Pues es casi evidente que el desarrollo de China pondría completamente en tela de juicio todos los equilibrios globales. Y por eso este desarrollo será finalmente sentido en Estados Unidos como una «amenaza». Asimismo, en mi opinión, los grandes conflictos del futuro enfrentarán a los estadounidenses y los chinos. ¿Cuál será la actitud de Europa en este conflicto? Difícil de decirlo hoy.

6. Todos los diferentes guiones posibles que las evoluciones actuales podrían diseñar se sitúan en perspectivas que no impugnan la polarización «Norte-Sur». La lógica que gobierna el sistema capitalista perpetúa la polarización centros/periferias renovando sus modos de actuación, destinados a basarse en el futuro en los cinco monopolios en torno a los cuales he construido mi razonamiento.

Se observará que no habría nada muy nuevo en esta perspectiva, al casi formar parte la polarización del orden natural de las cosas. No concluyo con esta nota porque justamente lo que ha cambiado durante los últimos cinco años reside precisamente aquí: los pueblos periferizados por la expansión capitalista mundial, que durante mucho

tiempo han parecido aceptar su destino, ya no lo aceptan desde hace unos cincuenta años y lo aceptarán cada vez menos en el futuro. El aspecto positivo de la universalización que el capitalismo ha inaugurado —y que en la versión truncada que engendra no es capaz de superar— es el gusano en la fruta. Lo que se inició con las revoluciones rusa y china —el proyecto de superar ese sistema a partir de las rebeliones de los pueblos de la periferia— proseguirá en nuevas formas. La razón última de la inestabilidad de los «sistemas mundiales» en construcción encuentra aquí su causa esencial. Desde luego, el alcance de estos conflictos que ocuparán la delantera del escenario en el futuro será desigual, como en el pasado. Mi intuición me lleva a dar a los conflictos que enfrentarán a los pueblos de Asia con el sistema dominante un lugar determinante en el desarrollo de la historia venidera. Eso no excluye la participación de los demás en esta rebelión generalizada contra la polarización, como tampoco excluye progresos y transformaciones a partir de los centros mismos del sistema. Me he expresado en otros sitios sobre este aspecto de la problemática de la transformación socialista del mundo y no volveré a hablar de ello. Como tampoco excluye los fracasos, aunque fuesen dramáticos, de pueblos que se aislarían en el rechazo de una perspectiva universalista. También lo he dicho en otros sitios.

El proyecto de una respuesta humanista al reto de la mundialización inaugurada por la expansión capitalista, ese proyecto «idealista» en sumo grado tal cual ha podido parecer al lector de este texto, no es pues «utópico». Por el contrario, es el único proyecto realista posible, en el sentido de que el comienzo de una evolución que vaya en ese sentido debería ganar rápidamente a poderosas fuerzas sociales en todas las regiones del mundo, capaces de imponer su lógica.

Encaminarse en este sentido es para mí renovar la perspectiva de un socialismo mundial. Preparar las condiciones de ello es, en primer lugar, recomponer las fuerzas ideológicas y políticas capaces de luchar contra los cinco monopolios por medio de los cuales se reproduce la polarización capitalista e imponer, con esta lucha, un «ajuste mutuo» en vez del ajuste unilateral preconizado por la lógica capitalista.

En el frente ideológico y cultural, esta lucha impone que se reemprendan debates que me parecen fundamentales: (i) la dialéctica de lo universal y de lo particular; (ii) la relación de la democracia política y del progreso social; (iii) la dialéctica de la eficacia llamada económica (y de los medios a través de los cuales puede expresarse: el «mercado») y de los valores de igualdad y de fraternidad; (iv) la definición del objetivo socialista mundial a la luz de las reflexiones anteriores.

En el frente de la política mundial, impone que se haga progresar formas de organización del sistema mundial más auténticamente democráticas y de ese modo capaces de reorganizar las relaciones económicas sobre bases cada vez menos desiguales. En este marco, la reorganización del sistema global a partir de la constitución de grandes regiones que junten los trozos dispersos de las periferias actuales me parece que tiene que gozar de la máxima prioridad. Aquí encuentra su lugar la constitución de las regiones

latinoamericana, árabe, africana, asiática sudoriental, junto a China y a India (los únicos países continentes de nuestro planeta). Propongo que este objetivo constituya la primera prioridad de una agenda renovada del «Movimiento de los No Alineados». Estas regionalizaciones no excluyen otras, como la de Europa o de la ex URSS. La razón de esta exigencia es sencilla: los cinco monopolios en cuestión en nuestro análisis sólo pueden ser combatidos eficazmente en esta dimensión. A partir de ello, la constitución de un sistema económico y financiero realmente mundial, que incluya sus niveles propios (nacionales, regionales, mundiales), se volvería posible a su vez.

Por supuesto, la transformación del mundo comienza siempre con el desarrollo de las luchas en su base. Sin el comienzo de la transformación de los sistemas ideológicos, políticos y sociales en sus bases nacionales, el discurso sobre la mundialización y la polarización seguirá siendo el de analistas que actúan *post mortem*.

Las condiciones de una reactivación del desarrollo

I

1. El «desarrollo» ya no está en el orden del día de las preocupaciones: los gobiernos de los países del Oeste se ocupan preferentemente de «administrar la crisis», los del ex Este de reconvertirse al capitalismo de mercado, los de América Latina y de los mundos africano y árabe están sometidos a la prioridad del servicio de su deuda externa. Sin embargo, los poderes del Asia en desarrollo siguen preocupándose principalmente de mantener su crecimiento económico acelerado, en China, en Asia oriental (Taiwán, Corea) y sudoriental, en India en un grado más modesto.

Con todo, durante los tres primeros decenios de la segunda posguerra mundial, el «desarrollo» había sido la preocupación primordial de todos los regímenes, y los éxitos registrados a este respecto no desdeñables. Estos éxitos se fundaban en la eficacia de los tres proyectos vigentes entonces: (i) el proyecto del Estado de bienestar en el Occidente desarrollado; (ii) el del sovietismo en el Este; (iii) el de la modernización acelerada de los países no alineados (el «grupo de Bandung» de Asia y África) y de América Latina (el «desarrollismo»). Todos estos proyectos tenían en común que actuaban en el marco de una economía nacional autocentrada o se fijaban el objetivo de construirla (para los países del Este y del Sur). Diferían en la concepción de su relación con la economía mundial (la «interdependencia»): concepción abierta (el atlantismo sin orilla, la construcción europea) para los países del Oeste desarrollado, apertura «negociada» para los países nacionalistas radicales del Sur, casi autarquía para los países del Este. Diferían igualmente en la naturaleza de las hegemonías sociales que promovían el desarrollo en cuestión (compromiso histórico capital-trabajo de las socialdemocracias que actuaban

en el marco de los Estados naciones del Oeste, populismos de pretensión marxista o socialista específica, burguesía local neocolonial, etc.) y en los medios políticos aplicados (democracia electoral pluralista, dictaduras de partido único). Esta diversidad, para la que se encontraba una legitimidad en el reconocimiento de la diversidad de las condiciones heredadas de la historia (una evidencia anodina indiscutible en sí misma), no debe hacer olvidar la semejanza profunda de los objetivos finales (el bienestar material con el desarrollo, el fortalecimiento de la posición de la nación en el mundo) pese a las concepciones más o menos igualitarias —o no— de la distribución de la renta.

La intensificación de la mundialización, asumida o rechazada, durante estos «treinta años gloriosos» socavó progresivamente la eficacia de las gestiones de la modernización por el Estado nacional, al mismo tiempo que aparecían nuevas dimensiones del problema, mundiales de entrada (el reto del medio ambiente a escala planetaria). Entonces, el sistema mundial entró en una fase de crisis estructural a partir de 1968-1971, crisis de la cual no ha salido, que se expresa en el retorno masivo y tenaz del paro en Occidente, que acompaña el debilitamiento del crecimiento, el colapso de los regímenes del sovietismo, graves involuciones en ciertas regiones del Tercer Mundo, generalmente acompañadas de un insoportable endeudamiento exterior. En cambio, Asia oriental entra en la misma época en un período de gran aceleración de su crecimiento.

2. La posguerra 1945-1990 se ha caracterizado ciertamente por una gran hostilidad entre las diferentes partes del mundo: las guerras frías Oeste-Este, los conflictos Oeste-bloque de Bandung. No obstante, pese a estos conflictos, el desarrollo ha sido general y en cierto modo más rápido en los países del Este y del Sur, alimentado con eso la tesis de una posible «recuperación del retraso».

En realidad, la generalización del crecimiento era el resultado común de una evolución política favorable a las naciones «pobres» y a las clases populares de manera general, en detrimento de la lógica unilateral del capital. Subrayo fuertemente este hecho, generalmente omitido en las explicaciones (parciales) del «*boom*» (o de los «*booms*») de la posguerra. En efecto, la derrota del fascismo había cambiado completamente las relaciones de fuerza en todas las sociedades del mundo, y entre ellas.

En Occidente había creado una relación de fuerzas considerablemente más favorable a las clases obreras de lo que nunca lo había sido en la historia del capitalismo. Esta nueva relación es la clave que permite comprender lo que se ha llamado el «*Welfare State*» [Estado de bienestar], el compromiso histórico capital-trabajo, que la escuela llamada de la regulación ha calificado de «fordismo» (una calificación equívoca para quien se acuerde que el fordismo se había constituido en Estados Unidos antes —y a continuación contra— el *New Deal* rooseveltiano). He hecho hincapié en esta circunstancia política fundamental, subestimada en los análisis dominantes, que dan a entender demasiado que el capital buscaría —casi naturalmente— el compromiso con el trabajo. La victoria

de la Unión Soviética y la revolución china crearon igualmente condiciones internas e internacionales que estimulaban el desarrollo de los países del Este y, por carambola, de los del Oeste (al obligar precisamente al capital a funcionar en el marco del compromiso histórico socialdemócrata). El debate sobre el carácter social de este desarrollo —socialista o no— y sus contradicciones internas como causa de su agotamiento y posterior colapso no debe hacer olvidar el efecto estimulante de la competencia política Oeste-Este, reforzado a su vez por los gastos militares estadounidenses (cuyo papel decisivo en la ejecución del compromiso del Estado de bienestar he destacado). Simultáneamente, el auge de los movimientos de liberación en el Tercer Mundo —la liquidación de la colonización— y la capacidad de los regímenes resultantes de sus victorias de movilizar en su provecho los conflictos Este-Oeste favorecieron el crecimiento de las economías del Sur, prodigioso en muchos de sus aspectos.

Los tres pilares erigidos a partir de la victoria de los pueblos contra el fascismo y en los cuales se apoyaba el desarrollo se desgastaron progresivamente debido a los límites que les imponía su contenido de clase: límites del compromiso socialdemócrata, ambiciones de las burguesías «soviéticas» y de las del Tercer Mundo. Estos límites internos, visibles por los efectos contrarios a la lógica nacional de los desarrollos desplegados en su marco, y que la intensificación de la mundialización implicaba, son la causa de la brutal inversión de la coyuntura política durante la década de los ochenta. Recordados brevemente más arriba, analizados más detalladamente en otros sitios, estos colapsos —del Estado de bienestar occidental, del sovietismo, del proyecto nacionalista del Tercer Mundo— han puesto punto final a lo que llamo «la era del antifascismo de posguerra» que obligaba al capital a actuar en el marco de compromisos relativamente favorables a los pueblos.

Así se volvieron a crear condiciones favorables para la aplicación de la lógica unilateral del capital. Ahora bien, esta lógica no crea por sí misma el crecimiento y menos todavía el desarrollo (un fuerte crecimiento, acompañado del pleno empleo y del mejoramiento de la distribución de la renta en favor de las clases populares). Basada en la búsqueda exclusiva del mejor rendimiento financiero del capital, tiende, por el contrario, a generar una distribución social e internacionalmente desigual, factor de estancamiento relativo. Marx y Keynes fueron los únicos que comprendieron esta lógica; una lección olvidada por la borradura progresiva del espíritu antifascista de la posguerra.

II

1. La sociedad contemporánea está ciertamente «en crisis», si se acuerda llamar crisis a las situaciones en las cuales las expectativas de la mayoría no pueden ser satisfechas por la lógica de funcionamiento del sistema. Los pueblos quieren el pleno empleo, el mejoramiento de los servicios sociales, la perspectiva de movilidad social, etc. ..., naturalmente. La lógica unilateral del capital produce el paro, el empobrecimiento y la marginación. Las naciones quieren la independencia y la dignidad. La lógica del capitalismo mundializado produce lo contrario. Por eso, los Estados pierden la legitimidad en que descansaba su intervención en la posguerra, habiendo renunciado a regular las relaciones sociales en favor de las clases populares y a intervenir en el campo internacional en favor de la defensa de los intereses nacionales. La democracia occidental, el sovietismo (llamado vulgarmente «comunismo» por sus adversarios) y el nacionalpopulismo de Bandung están, los tres, en crisis.

Hablar de «crisis del capitalismo» es otra cosa. La expresión sólo tiene sentido cuando las fuerzas sociales populares oponen a la lógica del despliegue del capital un contraproyecto coherente y posible, como lo eran justamente los proyectos de la era del antifascismo de la posguerra. Ahora bien, estos proyectos, desgastados y superados, no han dado paso a nuevos progresos, sino a regresiones en beneficio de la lógica unilateral del capital. Nuestro período está pues lejos de ser calificable de «crisis del capitalismo». Lo seguirá estando mientras las reacciones políticas a las dramáticas consecuencias sociales del despliegue del capital sigan siendo lo que son: incoherentes e ineficaces.

2. Los poderes políticos herederos del colapso de los sistemas de la posguerra se han puesto al servicio de la lógica del despliegue del capital de un modo prácticamente exclusivo.

He analizado con algún detalle las opciones tomadas por estos poderes en términos que he calificado de «gestión de la crisis». Capitalismo y crisis no son antinómicos; lejos de ello, pues la lógica unilateral del capital genera necesariamente la crisis. Dejado a sí mismo, el capital sólo se preocupa pues de administrar la crisis, no de solucionarla.

La crisis se expresa en el hecho de que las ganancias sacadas de la explotación capitalista no encuentran salidas suficientes en inversiones financieramente rentables capaces de desarrollar las capacidades de producción. Le gestión de la crisis consiste en encontrar «otras salidas» para este excedente de capitales flotantes, con objeto de evitar su desvalorización masiva y brutal, como había acontecido en la década de los treinta. La solución de la crisis implicaría, en cambio, la modificación de las reglas sociales que rigen la distribución de la renta, el consumo, las decisiones de inversión, es decir, otro

proyecto social —coherente— diferente del basado en la exclusiva regla de la rentabilidad. La crisis no encontrará pues solución más que cuando las fuerzas sociales «antisistémicas» impongan al capital coacciones exteriores a su propia lógica.

La gestión económica de la crisis es en primer lugar, evidentemente, obra de los gobiernos que actúan en el aspecto interno, propio de su Estado, de un modo que pretende sistemáticamente «desregular», como ellos mismos califican su opción: debilitar las «rigidices» sindicales, desmantelarlas si es posible, liberalizar los precios y los salarios, reducir los gastos públicos (sobre todo las subvenciones y los servicios sociales), privatizar, liberalizar las relaciones con el exterior, etc. La receta es la misma para todos y su legitimación se basa en la misma dogmática, vaga hasta el extremo: la liberalización «liberaría» un potencial de iniciativa «vejado por el intervencionismo» y volvería a poner a la máquina económica en los rieles del crecimiento, los que además liberalizarían más rápidamente y por eso mismo se granjearían más totalmente una «competitividad» reforzada en los mercados mundiales abiertos. Por supuesto, el hecho de que, como Marx y Keynes lo comprendieron, la liberalización aludida mete la economía en una espiral «deflacionaria« de estancamiento y se revela imposible de gestionar a escala mundial es borrado con la repetición del encantamiento de que el liberalismo prepararía un desarrollo (futuro) llamado «saneado». ¿Con qué criterios se juzgará esta característica? Nadie lo sabe. Al mismo tiempo, la legitimación de las opciones es reforzada con algunas proposiciones políticas e ideológicas tan vagas —y falsas— como las proposiciones emitidas en el terreno del mecanismo económico. La liberalización económica es tratada como si fuese sinónimo de democracia política y cualquier crítica que se le haga es calificada de inaceptable en nombre de la defensa de la democracia. Los méritos de la liberalización económica son ponderados en nombre del principio de la «transparencia», considerándose a priori el Estado como el lugar de la opacidad (se ignora pues que el Estado democrático debería tender a crear las mejores condiciones de transparencia), mientras que la opacidad —real— de lo privado, protegido por el «secreto de los negocios», no es objeto de la más mínima alusión. La realidad social y económica —los oligopolios, las relaciones privado/público, la corrupción— no es objeto de análisis científicos. Muy pocas veces se ha visto que un simple discurso ideológico, tan extremo como pueda serlo una dogmática integrista, sea presentado sin cesar —por los medios de comunicación, los discursos dominantes, etc.— como una evidencia establecida.

La mundialización capitalista exige que la gestión de la crisis actúe en este nivel como ya se ha dicho. Esta gestión debe hacer frente al gigantesco excedente de capitales flotantes que genera el sometimiento de la máquina económica al exclusivo criterio de la ganancia. La liberalización de las transferencias internacionales de capitales, la adopción de cambios flotantes, los tipos de interés elevados, el déficit de la balanza de pagos estadounidense, la deuda externa del Tercer Mundo y las privatizaciones constituyen, todo junto, una política perfectamente racional que presenta a esos capitales flotantes la salida de una huida hacia adelante en la inversión financiera especulativa, alejando de ese modo el peligro principal, el de una desvalorización masiva del excedente de capitales. Uno se hará una idea de la enormidad de la magnitud de este excedente comparando dos

cifras: la del comercio mundial, que es del orden de los 3 billones de dólares al año y la de los movimientos internacionales de capitales flotantes, que es del orden de los 80 a 100 billones, es decir, treinta veces mayor. Aquí remito al lector a las reflexiones que he dedicado al análisis de la racionalidad de este conjunto de políticas de gestión de la crisis. Llamo la atención sobre su carácter perfectamente racional y eficaz desde este punto de vista, porque la literatura crítica de las políticas liberales trata aisladamente cada una de estas medidas —la mayoría de las veces por lo menos— para hacer resaltar su carácter aparentemente absurdo.

En el marco de esta política de gestión de la crisis, las instituciones internacionales son instrumentalizadas para servir sobre todo para controlar las relaciones Oeste-Sur y las nuevas relaciones Oeste-Este. Aquí también remito a las reflexiones que he presentado con este fin acerca de las funciones del FMI y del Banco Mundial (imponer la liberalización, gestionar la flotación de las monedas, subordinar las economías del Tercer Mundo y del Este al imperativo absoluto del servicio de la deuda), así como las del GATT, que, oculto detrás del discurso librecambista de costumbre, se aplica en realidad a proteger los mercados controlados por los oligopolios transnacionales dominantes. El G7 trata de coordinar el conjunto de estas políticas de gestión de la crisis, sin no obstante conseguir afrontar los problemas de fondo cuya solución se impone para salir de la crisis, ni los conflictos de intereses entre los socios principales que lo componen.

III

---

1. La prioridad dada a las exigencias de gestión de la crisis generada por el triunfo sin rival de la ley de la ganancia no acerca a la solución de ésta; al contrario, nos aleja de ella cada día más. La crisis comenzó hace casi veinticinco años, cuando, a partir de fines de la década de los sesenta y comienzos de la de los setenta (antes del primer «choque petrolero» de 1973), los niveles de la inversión productiva se hundieron, arrojando un excedente de capitales flotantes que desde entonces no ha hecho más que crecer. Ahora bien, pese a la tenacidad de este estancamiento, los sucesivos poderes establecidos siguen hablando de «recesión» y de «recuperación», es decir siguen utilizando el lenguaje de la coyuntura, cuando se trata de desequilibrios estructurales fundamentales producidos por el liberalismo triunfante, al que no se cuestiona.

La catástrofe social afecta a todas las regiones del mundo. En los centros desarrollados se manifiesta en una instalación duradera en el paro permanente; en las periferias, en el bloqueo del crecimiento, la agravación de la miseria y trágicas regresiones. A escala global, la prioridad dada a la gestión de la crisis sacrifica alegremente los esfuerzos que habría que desplegar racionalmente si se quiere salvaguardar de verdad el futuro del medio ambiente a escala planetaria. La ideología y el discurso dominantes presentan

todos estos «sacrificios» como si sólo hubiesen de ser temporales, aunque necesarios para reconstruir estructuras eficaces que posibiliten la nueva puesta en marcha del desarrollo. En realidad, el sometimiento unilateral a la ley de la ganancia mete fatalmente en una espiral deflacionaria que no encuentra fin por sí misma. La inversión de la situación, cuando acontece, es siempre producto de un «choque externo», es decir exterior a la lógica económica unilateral de la ganancia. La modificación de las relaciones sociales con la acción política en favor de una redistribución de la renta, la guerra o su preparación, la apertura de expansiones geográficas coloniales exteriores crean condiciones favorables para una recuperación de la expansión, capaz entonces de aprovechar una oleada de renovaciones tecnológicas. Así es como, por ejemplo, el fortalecimiento de la posición de las clases obreras que acompañó la victoria antifascista creó las condiciones de la expansión de las industrias masivas de la posguerra. La explicación frecuente según la cual esta oleada de innovaciones sería la causa de la regulación llamada fordista invierte el sentido de la causalidad. Con Sweezy, soy de los que —minoritarios— explican de esta manera la historia del capitalismo que consigue, en oleadas sucesivas, rebasar su tendencia natural al estancamiento.

2. No saldremos pues de la crisis con la continuación de las estrategias del «liberalismo sin fronteras». Se trata de una utopía, tenaz en la historia del capitalismo, porque expresa en términos extremos el núcleo de la visión ideológica de un «capitalismo puro», reducido a las leyes de la acumulación gobernada unilateralmente por la estricta lógica del capital.

Este «liberalismo total» nunca ha existido y los momentos durante los cuales las condiciones políticas han permitido intentar aplicarlo han sido siempre breves. Pues necesariamente ha producido su contrario, es decir reacciones políticas que, al ponerles término, han modificado las relaciones políticas y sociales y han creado las condiciones de una nueva etapa de expansión ... ¡o de guerras! Los ideólogos del liberalismo son visceralmente incapaces de comprender este hecho: que la expansión ha estado siempre asociada a prácticas que limitaban el proyecto total del liberalismo teórico, no por casualidad, sino por necesidad. Por eso, estos ideólogos «condenan» siempre la historia, a los Estados, a las burguesías, a los pueblos, porque se niegan a doblegarse a las exigencias de la «ley económica» de ese capitalismo imaginario que sólo existe en los libros de los economistas convencionales.

La expansión de la posguerra ha tardado cuatro decenios antes de agotar las oportunidades que le brindaban los sistemas sociales construidos a partir de la victoria antifascista. Pero han bastado unos cuantos años para que el proyecto de la utopía liberal conduzca a la catástrofe.

3. Los intentos de aplicación del proyecto utópico del liberalismo producen siempre —ya lo vemos— las reacciones políticas que lo rechazan.

Pero estas reacciones son muy pocas veces, en lo inmediato, expresión de un contraproyecto sistemático, coherente y potencialmente eficaz para salir de la crisis. En un primer momento, son casi siempre espontáneas, parciales, contradictorias y hasta conflictivas. Hoy, en un sistema global que se caracteriza por una mundialización intensificada, estas reacciones pueden calificarse, en líneas generales, de «proteccionistas», al recomendar el cierre parcial de fronteras, el control de los movimientos de capitales, diferentes medidas de defensa de las industrias (y de la propiedad) nacionales, algunas veces el «retorno» al contrato social trabajo/capital, la rehabilitación de la intervención estatal, etc.

Estas reacciones encuentran su legitimación en la renovación del discurso del nacionalismo, que se convierte fácilmente en patriotería, agresivo entre quienes están en posición de fuerza relativa, defensivo entre los débiles.

La práctica del nacionalismo no es necesariamente ineficaz, como afirma el discurso liberal teórico. Si Asia se ha librado hasta ahora de la crisis general, el fuerte crecimiento ha continuado en Japón hasta estos últimos años, como en Corea y Taiwán, se acelera en China, se mantiene aun con tasas más modestas en Asia sudoriental y en India, ¿cómo puede explicarse esta «excepción»? Sin duda, hay múltiples y complejas razones para eso, que además actúan diferentemente de un país al otro de esta gruesa mitad de la humanidad, aunque sólo fuese por el hecho de que los sistemas sociales y la herencia en términos de niveles de desarrollo alcanzados son diferentes de un país al otro. A este respecto se han mencionado todas las explicaciones posibles e imaginables, incluidas las que dan lugar preferente a las estructuras culturales, reales o imaginarias (como lo ejemplifica el debate sobre el confucianismo). Simplemente llamo la atención sobre el hecho de que todos los países aludidos han aplicado —en diversos grados, por cierto— políticas fuertemente caracterizadas por el nacionalismo, en el sentido proteccionista estatista mencionado más arriba. De ningún modo han hecho como la Europa de la CEE y Estados Unidos, América Latina y África, es decir más o menos aplicar las recetas del liberalismo. Más bien han hecho lo contrario, ya sea en un marco de capitalismo avanzado (Japón), en rápida construcción (Corea), o en el del socialismo llamado de mercado en la China de Deng Xiaoping, o en el marco más integrado de economías del Tercer Mundo capitalista (Asia sudoriental, India). Con nivel de desarrollo igual al comienzo, los resultados han sido tanto más impresionantes cuanto más sistemáticas y coherentes han sido las prácticas nacionalistas-proteccionistas-estatistas. ¿Por qué razones han sido estos países capaces de hacer esta opción y de imponerla? Para esta pregunta hay respuestas que han de ser necesariamente complejas, que asocian las preocupaciones geoestratégicas de Estados Unidos (y el apoyo excepcional de que han gozado Japón, Corea, Taiwán y Asia sudoriental a cambio de su adhesión a la cruzada anticomunista, abriendo un espacio de tolerancia para el nacionalismo, cerrado en otros lugares), las dimensiones excepcionales de los países continentes (China e India), en los

que la expansión del mercado interior sigue siendo siempre una opción de repliegue eficaz en la hipótesis de dificultades de exportación (pero otros países gigantes, como Brasil o la nueva Rusia, no parecen querer movilizar esta ventaja en su provecho o no parecen ser capaces de hacerlo), y, por supuesto, las particularidades de la estructura social (si China lo hace mejor que India es ciertamente porque el maoísmo ha efectuado allí transformaciones gigantescas, que constituyen el pedestal en que se apoya el progreso actual) y otras razones tal vez (¿culturales?). También se notará que ningún país de la región —fuera de India, en cierta medida— es especialmente respetuoso de la democracia. La de Japón se parece más al sistema del partido único que al modelo pluripartidista occidental; y todos los regímenes de Asia oriental y sudoriental son «autoritarios», es lo menos que puede decirse.

Con todo, ¿son las prácticas del nacionalismo aludido capaces de proteger indefinidamente la región? Es difícil responder a esta pregunta. Japón parece de ahora en adelante amenazado, como quizá los países medianos (y en modo alguno «pequeños») de Asia oriental y sudoriental, India ha entrado en una crisis política que pone en peligro la estabilidad de sus resultados económicos. China sigue siendo una excepción potencial, si sabe evitar que sus provincias meridionales, atraídas por un modelo «coreano-taiwanés-honkonguense», no pongan en peligro la unidad del país (siendo la opción alternativa articular el progreso de estas provincias con la apertura del mercado interior). Por otro lado, la creciente interpenetración de todas las economías de la región da a ésta una relativa autonomía con relación al «resto del mundo», que constituye una ventaja favorable para la prosecución del «milagro asiático».

Pero si el nacionalismo en Asia ha dado resultados positivos en términos de crecimiento económico (pero no de justicia social, ni de democratización), eso no sucede en otras partes, en el mundo asolado por la crisis.

En América Latina, en el mundo árabe y en el África subsahariana, el nacionalismo, practicado por los regímenes populistas del desarrollismo y de la era de Bandung, pertenece desde ahora al pasado. Su regresión no ha dado lugar a un progreso capaz de superarlo, sino, por el contrario, a graves involuciones.

He propuesto interpretar la subida del «etnicismo al asalto de las naciones» (aquí, como en Europa oriental y en la ex URSS) y la de las ilusiones del integrismo llamado religioso (principalmente islámico, pero también hinduista) como manifestaciones de esta regresión. Lejos de dar paso a una democratización de los Estados y de las sociedades, y a una saludable renovación de nacionalismo y de cooperación regional, estas involuciones son propias de una especie de neofascismo de países débiles. ¿Son menos negativas las reacciones en América Latina, donde, al parecer, las reivindicaciones democráticas son más firmes? ¿Serán capaces de articularse con proyectos coherentes de progreso social, que implican a su vez, aquí como en otras partes, una sana dosis de nacionalismo (en el sentido de rechazo de la mundialización capitalista polarizante del proyecto utópico liberal) y de cooperación regional?

En Europa misma, el retorno del nacionalismo, como reacción al proyecto europeo liberal, no es de excluir. Yo había señalado que el proyecto europeo, reducido al concepto de «mercado común», era portador de una contradicción que amenazaba con serle fatal. En realidad, este proyecto de integración económica sólo puede ser irreversible si se acompaña de una integración política impulsada por un nuevo «contrato social capital-trabajo» que sólo una izquierda coherente podría poner en marcha a escala europea. Impulsado por la derecha, el proyecto europeo está hoy visiblemente amenazado por lo menos de estancamiento (y el «*second best*» que constituye la opción de una Europa alemana no permite ir más lejos), tal vez hasta de fragmentación, por un retroceso de manivela nacionalista. Pero este nacionalismo, de inspiración derechista, alimenta más la actual rehabilitación de los fascismos que una renovación social progresista. Actuando en un sistema que seguiría estando ampliamente basado en los principios del liberalismo, no podría sino generar un ciclo de acciones-reacciones que metería al continente en una espiral regresiva en lo económico, lo político y lo ideológico. No es una respuesta eficaz a la crisis, habida cuenta del grado de mundialización a que han llegado hoy las economías de la región. En Europa oriental y en la ex URSS, los atolladeros en que el renacimiento de los nacionalismos (y subnacionalismos) locales mete a las sociedades son todavía más dramáticos.

Los poderes establecidos aquí y allí, en Estados Unidos, en Europa, en el ex Este europeo y soviético, en América Latina, en África y en Oriente Próximo, están preocupados ante todo con «administrar la crisis política» producida por la crisis económica. Pero así como la gestión económica de la crisis no es la solución de ésta, su gestión política no es mejor. Califico esta crisis política de «caos»: atolladeros de la Europa de la CEE e involuciones posibles, caos dramáticos y desarticulación de Europa oriental y de la ex URSS, colapso de numerosas sociedades de las regiones del Tercer Mundo implicadas. La gestión política de este caos se basa siempre en prácticas cínicas de «*realpolitik*» a corto plazo, que manipulan los nacionalismos, culturalismos, racismos y etnicismos de tufos fascistas. Con respecto a Europa oriental, América Latina, África y Oriente Próximo, estas políticas consisten en realidad en echar leña al fuego, con la esperanza de sacar un provecho inmediato del debilitamiento de los poderes en estas regiones, reduciendo de ese modo las posibilidades de una renovación progresista de las sociedades aludidas. Con estas ideas, he propuesto una lectura crítica de las políticas de gestión de la crisis, tanto en su dimensión militar (las estrategias de guerras de «baja intensidad») como política, especialmente en lo que se refiere a Yugoslavia, Etiopía y, de modo general, Europa oriental, África y Oriente Próximo.

Lejos de fortalecer el discurso dominante que afirma que la «democratización estaría en marcha», la gestión económica y política de la crisis refuerza en todas partes el peligro de regresiones antidemocráticas. El liberalismo corre peligro de generar el fascismo, como había analizado Karl Polanyi en «*La gran transformación*» (1944), donde invitaba a sus contemporáneos a comprender que la victoria antifascista, al poner punto final a la búsqueda de la utopía liberal que había caracterizado la primera posguerra mundial,

creaba las condiciones de una nueva expansión. Esta lección, hoy olvidada, tiene que ser recordada con vigor. No saldremos de la crisis ni nos libraremos de los riesgos de regresiones fascistas más que rompiendo categóricamente con la lógica del neoliberalismo mundializado.

Sin duda, la historia no se repite nunca, por lo menos de la misma manera. Se podría pues hacer notar que el término de fascismo traslada abusivamente a nuestra época experiencias fuertemente marcadas por su época, en condiciones diferentes de las nuestras. Es exacto. Con todo, el neofascismo —al que así llamaré a falta de algo mejor— comparte con su antecesor sus características antidemocráticas y muchos métodos comunes. En los países del centro desarrollado puede sólo cobrar forma de una «derecha musculosa», que hace suyas ideas agitadas por una extrema derecha minoritaria (como el racismo, sin duda) e impone políticas favorables unilateralmente para el gran capital (y, con eso, perpetúa la crisis y la gestión de la marginación en una «economía de múltiples velocidades», como lo reconocen casi ingenuamente). Pero incluso aquí no se excluyen patinazos que acercan al viejo modelo del nacionalismo fascista y patriotero, sin perjuicio que se mantengan las formas de una democracia electoral, manipulada y vaciada de cualquier contenido real. No debe subestimarse el peligro que representa la actual rehabilitación del fascismo. En los países de la periferia, situados en lo que Pablo González Casanova describe, con mucha razón, como un «colonialismo global», el neofascismo cobra formas tanto más brutales cuanto que actúa en sociedades debilitadas y desesperadas. Depuraciones étnicas y desmembramiento sin fin de los Estados, dictaduras terroristas ejercidas en nombre de la religión, son aquí las formas, ya visibles, de esta gestión por poderes incapaces de impugnar el sometimiento de su sociedad a una inserción en la mundialización, que es la causa de su drama. Estas prácticas pueden perpetuar la apariencia de un mantenimiento del «orden» favorable para la explotación de los pueblos por el gran capital mundializado dominante y, por esta razón, ser apoyadas desde el exterior.

IV

---

1. Ni la obstinación liberal, ni las lógicas de su rechazo neofascista permiten salir del círculo infernal de la crisis y el caos.

La respuesta eficaz a los retos sólo puede encontrarse si se recuerda la lección de «*La gran transformación*». La historia no está gobernada por el despliegue infalible de las «leyes de la economía pura», como imaginan ciertos profesores de universidad. Es producida por las reacciones sociales a las tendencias que estas leyes expresan, que definen a su vez las relaciones sociales en el marco de las cuales actúan estas leyes. Las fuerzas «antisistémicas» —si así llamamos a este rechazo organizado, coherente y eficaz del sometimiento unilateral y total a las exigencias de esas supuestas leyes (aquí, la ley de la ganancia propia del

capitalismo como sistema)— moldean la historia verdadera tanto como la lógica «pura» de la acumulación capitalista. Gobiernan las posibilidades y formas de la expansión, que se despliega entonces en los límites cuya organización ellas imponen.

El método aquí preconizado nos prohibe pues formular de antemano «recetas» que permitirían salir de la crisis, puesto que la solución sólo puede ser resultado de transformaciones en las relaciones de fuerzas sociales y políticas, producidas a su vez por luchas cuyos desenlaces no se conocen de antemano. Sin embargo, se puede reflexionar sobre ello, en la perspectiva de contribuir a la cristalización de contraproyectos coherentes y posibles y de ese modo ayudar al movimiento social a superar las «falsas soluciones» (neofascistas) en que, a falta de otra cosa, corre peligro de enredarse.

Me contentaré pues aquí con hacer algunas propuestas de principio relativas a esta reflexión.

Si bien no se puede administrar el mundo como un «mercado mundial», si bien no se puede eliminar la intervención ideológica y política a favor del sometimiento unilateral a las supuestas leyes de ese mercado (como preconizan los ideólogos del antiestatismo en todas las direcciones), tampoco se puede rechazar y negar el hecho que la mundialización representa. Nunca es posible «remontar para atrás» el curso de la historia. Volver a los modelos de la expansión de la posguerra, basados en la posición central que ocupaba en ellos el Estado-nación autocentrado en los terrenos económico y político-cultural, implicaría regresiones económicas, y otras, imposibles. Por eso las ideologías retrógradas que niegan el carácter irreversible de la evolución recorrida, están necesariamente destinadas a funcionar como fascismos, es decir, de hecho, a someterse a las exigencias de las nuevas condiciones impuestas por la mundialización, mientras que pretenden liberarse de ello. Se basan pues en el engaño y la mentira, y por eso sólo pueden funcionar con la negación de la democracia. Están pues obligadas a movilizar a las sociedades con problemas falsos —la pureza étnica, el sometimiento a supuestas leyes religiosas— y a instrumentalizar estos métodos para imponer sus dictaduras con el terror.

El reto consiste pues hoy en conciliar la interdependencia que la mundialización implica y las desigualdades de poder frente a esta mundialización que caracterizan a los diferentes «interlocutores sociales» como se dice (los trabajadores de los diferentes ramos de la economía, desigualmente «competitivos» frente al capital), así como a los diferentes «interlocutores nacionales» (los centros dominantes, las potencias medianas, las periferias industrializadas, los Cuartos Mundos marginados). Hay que partir de esta evidencia común: el mundo es a la vez uno y diverso. Pero ¡cuidado!, la diversidad no es sólo —ni siquiera principalmente— cultural. El hincapié hecho en ésta relega a segundo plano la diversidad primordial, la de las posiciones ocupadas en la jerarquía económica del capitalismo mundializado. Es esta última diversidad lo que hay que combatir en primer lugar. Ésta se manifiesta no sólo en las desigualdades entre los pueblos (diferentes culturalmente, o no, según los casos), sino también en las desigualdades internas, es decir entre las clases y categorías sociales. No habrá solución para la crisis mientras no se

refuercen las posiciones de todos los «débiles» del sistema: los pueblos de las periferias, las clases sociales dominadas en todos los países de los centros y de las periferias. Con otras palabras: librarse del «colonialismo global» y de los mitos liberales, rechazar los repliegues neofascistas ilusorios. Tales son los grandes principios a partir de los cuales se puede desarrollar una reflexión útil para la construcción de un contraproyecto humanista, universalista y atento a respetar las diversidades (pero no las desigualdades), democrático.

2. La interdependencia negociada y organizada de modo que permita a los pueblos y a las clases dominadas mejorar las condiciones de su participación en la producción y su acceso a mejores condiciones de vida constituye el marco de lo que he llamado la «construcción de un mundo policéntrico». Implica, desde luego, que se supere la acción en el marco de los Estados-naciones, sobre todo de los de dimensiones modestas o medianas, a favor de organizaciones regionales a la vez económicas y políticas, y la organización de condiciones que permitan negociaciones colectivas entre estas regiones.

Remito aquí al lector a las ideas que he expuesto en este sentido con algún detalle referente a su argumentación. En efecto, se trata de un nuevo concepto de las regionalizaciones necesarias, diferente de los elaborados en el marco del actual sistema dominante. Estos últimos son constituidos como correas de transmisión de la mundialización polarizante, al unir zonas periféricas a centros dominantes que de este modo se reparten las responsabilidades del «colonialismo global». El Tratado de Libre Comercio (o NAFTA, que une México a Estados Unidos y Canadá), los acuerdos de Lomé (la asociación Unión Europea-África, Caribe y Pacífico), los conceptos de la zona del yen (Japón-Asia sudoriental) y del proyecto de «zona del Pacífico» (Estados Unidos, Japón, Australia y países ribereños del Océano) son propios de este concepto neoimperialista inadecuado si se persigue el objetivo deseable de reducir las diferencias. Los simples «mercados comunes» regionales (como Mercosur en Sudamérica, la ECOWAS [Comunidad Económica de los Estados de África Occidental] en África Occidental y el PTA en África Oriental y Austral), así como las organizaciones políticas comunes heredadas de la guerra fría (la ASEAN [Asociación de Naciones del Sudeste Asiático] en Asia sudoriental) han sido también objeto de severas críticas que les he hecho en otra parte.

Como contrapunto de estas visiones inadecuadas de la regionalización, he dado algunos argumentos en pro de reconstrucciones llevadas a cabo simultáneamente a escala regional y mundial, particularmente en los campos de los intercambios comerciales, de los mercados de capitales y de los sistemas monetarios. Remito pues a ellos al lector, contentándome con recordar aquí algunas de mis conclusiones:

(i) es necesario concebir la nueva Organización Mundial del Comercio no como la continuación del GATT, sino como una institución encargada de planificar (me atrevo a utilizar el término) el acceso al uso de los grandes recursos naturales del globo y los precios de las materias primas, sin lo cual el discurso sobre el medio

ambiente seguirá siendo una retórica huera, demagógica y manipulada contra los intereses de la humanidad en general y de los pueblos de la periferia en particular. La OMC debería ser también responsable de planes objetivos de intercambios industriales interregionales que concilien la competitividad general, una distribución favorable al progreso de las regiones desfavorecidas y la creación de condiciones que permitan el mejoramiento de las rentas de las clases trabajadoras más desfavorecidas.

(ii) es necesario concebir el establecimiento de mercados organizados de capitales que permitan canalizar los excedentes financieros hacia la inversión productiva en las periferias, reemplazando el mercado global que, tal cual es, favorece las transferencias de los países más pobres hacia los más ricos y canaliza los excedentes rumbo a Estados Unidos, cuyo déficit permiten perpetuar.

(iii) es necesario repensar el sistema monetario global, de ahora en adelante caduco, y sustituir los cambios flotantes y el patrón dólar por sistemas que articulen conjuntos monetarios regionales (entre ellos el conjunto europeo, pero también otros concernientes a cada una de las grandes regiones del Tercer Mundo y de la ex URSS), con objeto de garantizar una relativa estabilidad de los cambios y de reforzar la eficacia de los mercados de capitales mencionados más arriba. He opuesto este proyecto al de la transformación del FMI en un Banco Central Mundial, proyecto que considero utópico y peligroso, pues se sitúa en la lógica de la mundialización polarizante.

Las regiones que se pueden concebir con la idea de estas transformaciones no constituyen sólo conjuntos económicos de integración preferente. También han de ser construidas como espacios políticos que favorezcan el fortalecimiento colectivo de las posiciones sociales de las clases y subregiones desfavorecidas. Esta regionalización no atañe sólo a los continentes del Tercer Mundo (América Latina, el mundo árabe, el África subsahariana, Asia sudoriental, los dos países continentes: China e India), sino también a las Europas (la Europa de la Unión Europea, Europa oriental, la ex URSS).

En esta perspectiva que concilia mundialización y autonomías locales y regionales (lo que llamo una *desconexión* coherente con los nuevos retos) se hace sitio para una seria revisión de los conceptos de «ayuda», así como para los problemas de democratización del sistema de Naciones Unidas, que podría entonces consagrarse eficazmente a objetivos de desarme (ahora posibles con las fórmulas de seguridad nacional y regional asociadas a la reconstrucción regional), empezar el establecimiento de una fiscalidad mundializada (en relación con la gestión de los recursos naturales del planeta), completar la organización interestatal que es la ONU con el esbozo de un «Parlamento mundial» capaz de conciliar las exigencias del universalismo (derechos del individuo, de las colectividades y de los pueblos, derechos políticos y sociales, etc.) y la diversidad de las herencias históricas y culturales.

Por supuesto, todo este «proyecto» sólo tiene posibilidades de ver que su realización avanza progresivamente si primero cristalizan, a escala de los Estados-naciones, fuerzas

sociales y proyectos capaces de vehicular las reformas necesarias, imposibles en el marco impuesto por el liberalismo y la mundialización polarizante. Ya se trate de reformas sectoriales (como las relativas a la reorganización de la administración, la fiscalidad, la educación, las fórmulas de desarrollo participativo sostenido) o de visiones más generales de la democratización de las sociedades y de su gestión política y económica, estas etapas preliminares son inevitables. Sin ellas, la visión de una reorganización planetaria capaz de hacer salir al mundo del caos y de la crisis y de hacer que «el desarrollo se ponga en marcha» seguirá siendo sin duda forzosamente utópica.

Octubre de 1994.

NOTAS

Con el afán de evitar repeticiones inútiles, he recordado brevemente en este texto conclusiones de reflexiones que he desarrollado más ampliamente en otros lugares, referentes principalmente a:

(i) las características del ciclo de la posguerra, *in*:

— S. Amin (ed.), *Mondialisation et accumulation*, L'Harmattan, París, 1994, pp. 10-19 (Los «tres pilares» que constituyen el pedestal de la expansión de posguerra y las razones de su desgaste).

— S. Amin, *Itinéraire intellectuel*, L'Harmattan, París, 1993, cap. VIII (El colapso de los mecanismos de la regulación capitalista).

(ii) las nuevas formas de explotación del trabajo y de la polarización mundial que la acompaña (particularmente lo que he llamado «los cinco monopolios» que reproducen la polarización en las nuevas circunstancias y la correspondiente forma de la ley del valor mundializado), *in*:

— S. Amin, *The future of global polarization* (University of Nagoya, Binghamton, 1994, todavía no publicado).

(iii) la gestión política de la crisis, *in*:

— S. Amin, *L'empire du chaos*, L'Harmattan, París, 1991, cap. I (El imperio del caos), cap. II (La nueva mundialización capitalista), cap. V (Los conflictos regionales).

— S. Amin, «La geopolítica de la región Mediterráneo-Golfo», en S. Amin (ed.), *Les enjeux stratégiques en Méditerranée*, L'Harmattan, París, 1992, pp. 11-105 [En español: *El juego de la estrategia en el Mediterráneo*, IEPALA Editorial, Madrid, 1993, pp. 7-87].

— S. Amin, *L'ethnie à l'assaut des nations*, L'Harmattan, París, 1994.

(iv) la crítica de los sistemas de Bretton Woods, *in*:

— S. Amin, «Replacing the international monetary system», en *Monthly Review*, Nueva York, vol. 45, núm. 5, octubre de 1993.

— S. Amin, «Le cinquantième anniversaire de Bretton Woods», en *Cahiers du CEAD*, Montréal, 1994.

En estos dos estudios se encontrará también la argumentación de las reformas propuestas al respecto y el correspondiente concepto de regionalización sugerido. Sobre esto último ver también:

— S. Amin, *Regionalization in the Third World, in response to the challenge of polarizing globalization* (todavía no publicado).

CAPÍTULO I

EL IMPERIO DEL CAOS

La nueva mundialización

Todos vivimos en el mismo planeta, cuyo destino compartimos colectivamente. Es innegable que la mundialización —que no es del todo nueva, puesto que se inició hace cinco siglos con la conquista de América y, luego, el universalismo de la Ilustración— ha entrado en una nueva etapa, durante los últimos cuarenta años, debido a la intensidad de los intercambios y de las comunicaciones de toda clase, así como al alcance global de los medios de destrucción. ¿Debe sacarse de esta observación banal la conclusión de que la interdependencia impone la subordinación de los proyectos de todas las sociedades del planeta al mismo criterio de racionalidad que rige la expansión mundial del capitalismo? Esta opinión, aunque dominante hoy día, es no sólo rigurosamente errónea, sino además infinitamente peligrosa.

1. Recuerdo, brevemente, que, a mi modo de ver, el capitalismo siempre ha sido un sistema mundial. El proceso de acumulación del capital, que gobierna su dinámica, el cual a su vez está moldeado por la ley del valor mundializado, al actuar con apoyo en un mercado mundial truncado (es decir, limitado a las mercancías y a los capitales, con exclusión de la fuerza de trabajo), produce necesariamente la polarización mundial (el contraste centros/periferias). La polarización es, pues, inmanente al capitalismo y no se la puede explicar con factores diversos y contingentes, internos o externos a las diferentes formaciones sociales que componen este sistema mundial. El reconocimiento de este aspecto esencial del "capitalismo realmente existente" acarrea, evidentemente, consecuencias decisivas tanto desde el punto de vista del análisis teórico del sistema como desde el de la definición de la acción política progresista. Pues todo se subordina a la lógica de la polarización mundial: las luchas sociales que tienen lugar en escenarios locales (aquí está la clave para comprender la racionalidad de la estrategia socialdemócrata en un polo y la de la liberación nacional en el otro), los conflictos entre los Estados centrales, las modalidades de la diferenciación dentro de la periferia, etc.

Este carácter permanente del capitalismo no excluye el cambio, el cual marca las sucesivas fases de su expansión. Por ejemplo, la larga fase "británica" (1815-1914) se basa en la apertura de un mercado mundial (sobre todo entre 1848 y 1896) configurado por el contraste centros industrializados (constituidos históricamente a partiir de los Estados

nacionales burgueses)/periferias “coloniales y semicoloniales” no industrializadas. La “apertura”, asumida por la hegemonía británica, entra en crisis al final del período debido al aumento de la competencia de Alemania y de Estados Unidos. El sistema se cierra gradualmente con el inicio de los repliegues imperiales de las antiguas potencias (Gran Bretaña y Francia) y la puesta en tela de juicio del reparto del mundo por los recién llegados (Alemania), lo que conduce a la guerra.

La fragmentación del sistema que la revolución rusa inaugura (1917) y la de China intensifica (a partir de 1949) toma el aspecto de la formación de “dos sistemas”, uno de los cuales pretende ser socialista, mientras que en realidad se trata de una **desconexión**[1] de partes importantes de la periferia. Esta larga fase (1917-1980) se subdivide, a su vez, en dos períodos: de 1914 a 1945, la delantera del escenario la ocupa el conflicto violento de los centros; a partir de 1945, el mercado mundial se reconstruye bajo la protección de la hegemonía de Estados Unidos, en un ambiente de bipolarización militar e ideológica y de guerra fría. Durante toda esta fase, el conflicto Este-Oeste aparece como el conflicto socialismo-capitalismo, mientras que sólo se trata de una forma —aunque la más radical— del conflicto periferias/centros. Esta situación particular del sistema mundial estimula las luchas de liberación nacional en todas las periferias, aunque sigan siendo mayoritariamente burguesas por sus direcciones y capitalistas por sus aspiraciones (“la era de Bandung”) [2] y también aunque, de cierta manera, estos conflictos Norte-Sur entren dentro de la lógica de la bipolarización Este-Oeste.

Las exigencias de la mundialización se habían expresado, en el auge de la posguerra 1945-1970, en un doble paradigma complementario. Por una parte, en los países desarrollados se pensaba que el intervencionismo keynesiano era capaz de garantizar un crecimiento indefinido en beneficio de todos, borrando las fluctuaciones coyunturales y reduciendo el paro a un nivel mínimo. Esta proeza parecía tanto más extraordinaria cuanto que se compaginaba con una apertura exterior que hacía olvidar el recuerdo de los posibles conflictos entre las políticas nacionales y el curso de la mundialización. Por otra parte, en los países del Tercer Mundo, la ideología de “la era de Bandung” (1955-1975) afirmaba que un desarrollo abierto hacia las ventajas de la interdependencia podía ser controlado nacionalmente. Ambos consensos implicaban que los matices y las polémicas se movieran dentro de los espacios de estos paradigmas de referencia. Por su parte, los países socialistas se habían refugiado en el gueto de un tercer paradigma, hostil a la interdependencia.

La crisis del capitalismo a partir de 1970 ha puesto fin, sin duda, a las ilusiones keynesianas y a las de la ideología del desarrollo, mientras que la del “socialismo” ciertamente aún no ha encontrado la respuesta a sus problemas. Pero en el vacío creado por esta doble crisis se ha precipitado la ofensiva conservadora de un “neoliberalismo” que se reduce a preconizar el uso de un remedio universal: el “mercado”. Sin embargo, la terca prosecución de las políticas que inspira esta dogmática no puede conducir sino al desastre y a lo contrario del objetivo que se señala: a la descomposición del sistema mundial y a un renacimiento de desordenados choques entre nacionalismos no controlados.

2. La mundialización que se ha reconstituido a partir de 1945 y que ahora entra en una nueva fase reviste caracteres particulares que la distinguen fuertemente de la de las etapas anteriores.

La "nueva mundialización" se caracteriza por una interpenetración "tripolar" (entre Estados Unidos, Japón y la CEE) sin precedentes, que se manifiesta no sólo en una intensificación de los intercambios comerciales entre los centros, sino también y sobre todo en una interpenetración de los capitales. El capital, que hasta entonces siempre había sido nacional, tiende a perder esta calidad: en su lugar surge un capital dominante mundializado, a partir de su segmento financiero, que está en vías de mundialización a un ritmo increíblemente rápido. Sin embargo, la relación existente entre el cambio que se efectúa en este terreno y aquél que reviste las formas de una "revolución tecnológica" está, que yo sepa, muy poco estudiado (por no decir que no lo está en absoluto). Cada una de las sucesivas etapas de la historia del capitalismo se define simultáneamente por formas específicas de la dominación del capital sobre el trabajo y por formas de expresión de la existencia de la burguesía que les corresponden. Así se distingue la fase de la manufactura (el mercantilismo, de 1600 a 1800), luego la de la "gran industria" (1800-1920) —ambas analizadas por Marx—, y luego la del taylorismo-fordismo (1920-1980), analizada por Harry Braverman (3). La nueva etapa —denominada "de informatización"— sigue esperando su análisis (4). Pero desde ahora se puede decir que las formas de organización de la producción material en las tres fases anteriores constituían la base de la expansión de capitales nacionales, que, con su competencia, moldeaban el sistema mundial, el cual entonces aparecía como una "economía internacional" (entre naciones centrales, claro está). Repitiendo aquí la tesis de Michel Beaud diré que la nueva etapa presencia el surgimiento de una "economía mundial"(5) . Las consecuencias de este cambio cualitativo son enormes: en el marco de los Estados centrales, la acumulación era regulada por las luchas políticas y sociales que estructuraban alianzas hegemónicas nacionales; pero ni a escala mundial, ni siquiera a escala del conjunto tripolar Estados Unidos-Japón-CEE, hay mecanismos políticos y sociales análogos, capaces de estructurar alianzas hegemónicas de poderes que actúen en la escala en la que desde ahora se efectúa la decisión económica. El discurso de los politólogos que comprueban el creciente desfase entre el alcance cada vez más reducido de las decisiones nacionales y los efectos de la dinámica económica mundializada y autonomizada refleja la conciencia de este hecho nuevo. Pero no hay solución para este problema, puesto que en el horizonte visible está excluida la construcción de un Estado supranacional. Es una primera causa importante del caos que la nueva mundialización ha de generar.

No es la única. La interpenetración tripolar no "margina" a la periferia, como pretende el discurso rápido y superficial de los economistas de moda. Los políticos —mucho más realistas— se encargan a diario de desmentir esta conclusión: la guerra del Golfo lo ejemplifica brillantemente. La periferia, al concentrar las cuatro quintas partes de la población mundial, lo esencial de las reservas del ejército de trabajo, y recursos mineros y naturales "indispensables" —como reconocen estos políticos—, tiene que ser mantenida en el sistema y sometida a la lógica de la expansión del capitalismo, aun cuando fuera

polarizante. Aquí hay una segunda fuente de caos —mayor, en mi opinión— para los decenios venideros.

En un brillante análisis de la historia de la mundialización, Giovanni Arrighi(6) pone en paralelo los efectos contradictorios de la acumulación capitalista: en un polo, refuerzo del poder social del ejército activo de trabajo; en el otro, creciente miseria en las filas del ejército de reserva. La primera tendencia legitimaría las estrategias "socialdemócratas"; la segunda, las rupturas "revolucionarias" de tipo leninista. No tengo la intención de desarrollar aquí una discusión sobre esta tesis, cuya idea esencial acepto. Sólo hago notar que Arrighi es muy "optimista" en su conclusión referente a la nueva mundialización en construcción. Pues, según él, ésta va —por fin— a hacer codearse al ejército activo con el ejército de reserva en todas las regiones del sistema, tanto en los centros más avanzados como en las periferias y, sobre todo, en las semiperiferias. No lo creo. Al contrario, me parece mucho más probable que la separación geográfica continúe dominando el escenario y que lo esencial del ejército de reserva siga estando concentrado en la periferia (incluida la "semiperiferia"). Por lo tanto, la dicotomía socialdemocracia en los centros/aspiraciones a una ruptura revolucionaria y a la desconexión en las periferias no está a punto de desaparecer del escenario de la historia. Aun cuando, evidentemente, las formas de la desconexión tengan que renovarse y no puedan reproducir el "modelo leninista". Por otro lado, en estas condiciones, la socialdemocracia seguirá estando fatalmente limitada en su capacidad para hacer dar un salto cualitativo al poder social de los trabajadores ... que les permita sustituir la hegemonía del capital —moderada por la fuerza obrera— por la del mundo salarial (más adelante volveremos a hablar de este importante tema).

La polarización sigue siendo, en mi opinión, una característica fundamental permanente del capitalismo como sistema mundial, es decir, del capitalismo realmente existente, y no es un fenómeno "cíclico", como sugiere Arrighi. Este distingue, en efecto, los períodos sucesivos 1848-1896 (mundialización), 1896-1948 (fragmentación del sistema mundial) y de 1948 a nuestros días (reconstrucción del sistema mundial). Sea, pero observo que el primero de estos períodos no está marcado por una atenuación del contraste centros/periferias, sino, al contrario, por el surgimiento de la forma moderna de la periferia, que se convierte en colonial y semicolonial. Este contraste conduce por sí mismo a la fragmentación que le sigue.

El Imperio del caos

1. El sistema mundial está en crisis. Se trata de una crisis general del modelo de la acumulación en el sentido de que la mayoría de las formaciones sociales del Este (ex-"socialistas") y del Sur (Tercero y Cuarto Mundos) no son capaces de garantizar una reproducción ampliada y a veces aun una reproducción simple (esto sucede en el "Cuarto Mundo" africano). Desde el punto de vista de las apariencias económicas hay déficit de capitales. En los centros desarrollados, la crisis de la acumulación cobra la forma

complementaria inversa, es decir, en términos económicos clásicos, la apariencia de un excedente de la oferta de ahorro sobre la demanda ocasionada por la inversión productiva. Este excedente se invierte entonces en una fuga hacia la especulación financiera, lo que crea una situación sin precedentes.

La crisis revela, pues, que la polarización mundial constituye el verdadero límite histórico del capitalismo. Una verdadera recuperación de la acumulación implicaría una redistribución de las disponibilidades en capitales, que no puede obtenerse espontáneamente con los mecanismos del mercado, es decir, con la ley del beneficio inmediato —a corto plazo— que rige el mercado. La simple solución del mercado sigue siendo incapaz de evitar la aparición de contrastes sociales y políticos, internos e internacionales, a punto de volverse insoportables. La legitimación del discurso ideológico del neoliberalismo no tiene valor científico, porque finge ignorar que el mercado por sí mismo no puede sino reproducir y ahondar estos contrastes y que el análisis científico de las ventajas reales del mercado sólo tiene sentido si se las relaciona con los determinantes del sistema social: niveles de desarrollo, lugar histórico en la división mundial del trabajo y alianzas sociales forjadas por ésta y que la reproducen. Al pensamiento crítico le interesa, pues, saber cuáles podrían ser las alianzas alternativas capaces de hacer salir de los círculos viciosos impuestos por el mercado. Desde este punto de vista, las enormes diferencias entre las diferentes regiones del mundo implican necesariamente políticas específicas que no pueden derivarse de la simple racionalidad del mercado. A estas razones objetivas se añaden las diferencias, igualmente legítimas, debidas a la cultura y a las opciones ideológicas y políticas de la historia de los pueblos. Los imperativos reales de nuestra época implican, pues, la reconstrucción del sistema mundial teniendo como base el policentrismo. Pero a la concepción que reduce a éste a su dimensión política y estratégica (los Cinco Grandes: Estados Unidos, Europa, URSS, China y Japón), sustitutiva de la bipolaridad militar de las dos superpotencias, es vital oponerle una modalidad que dé su verdadero lugar a los países y regiones del Tercer Mundo. Estos países y grandes regiones capaces de coordinar sus visiones deben someter sus relaciones mutuas a los imperativos de su desarrollo interno y no a la inversa, es decir, contentarse con ajustarlo a la expansión mundial del capitalismo. Esta es mi definición del concepto de desconexión, que no tiene nada que ver, como se ve, con el de exclusión impuesta o de retirada autárquica.

Indudablemente, este límite histórico fundamental del capitalismo se combina con otros, cuyas manifestaciones son, desde ahora, igualmente visibles. El primero es aquél por medio del cual se refleja el rechazo de los trabajadores —y de los ciudadanos— de someterse íntegramente a las exigencias de la alienación economicista. Este rechazo, ruidoso en las rebeliones de 1968, especialmente en Occidente, permanece latente y se expresa a través de algunas de las formas llamadas “nuevas” de la protesta social, que a veces llegan hasta poner en tela de juicio la legitimidad del sistema ideológico y político de las sociedades avanzadas. El segundo es el que se manifiesta en el despilfarro de los recursos naturales del globo, despilfarro inherente a la ley del mercado, inevitable, pues, en el marco de la lógica del capitalismo.

La respuesta a la crisis implicaría, por lo tanto, gigantescas transformaciones políticas tanto en los sistemas internos de cada una de las partes del mundo (el Oeste, el Este y el Sur) como en la organización de las relaciones entre ellas (el sistema interestatal). Pero estas transformaciones no figuran entre los temas de actualidad. El drama de nuestra época se sitúa precisamente ahí, en la deficiencia de las conciencias sociales, incapaces, en la situación actual, de promover alternativas positivas y progresistas coordinadas y complementarias. Esta deficiencia pone entonces por delante, por una parte, a los Estados (nacionales o no), expresión de los poderes establecidos, y, por la otra, a movimientos sociales que casi no son más que la expresión de reacciones espontáneas a los problemas. Por eso mismo, estas expresiones son entonces, fatalmente muchas veces, de una eficacia limitada y están en peligro de fracasar, al alimentar, a su vez, huidas hacia adelante retrógradas (repliegues religiosos, étnicos, etc.).

La crisis se manifiesta, pues, principalmente, en una doble dimensión geopolítica y cultural, como conflictos de Estados, por una parte, y choques de civilizaciones, por la otra. Pero, recíprocamente, las soluciones que se abren paso a través de estos conflictos no controlados reaccionan sobre el esquema de la acumulación a escala mundial. Más adelante se verá una larga serie de ejemplos de ello.

2. El caos proviene, pues, de la falta de coincidencia entre la geografía de los poderes, por una parte, y la de los efectos de la expansión del capital mundializado, por la otra. Los análisis de la mundialización que he propuesto más arriba han definido los dos campos en los cuales se expresa esta no coincidencia de lo político y de lo económico: las relaciones entre los centros y las relaciones centros-periferias. Sin embargo, en mi opinión, la intensidad de los conflictos que corresponden a cada uno de estos campos no es del mismo orden.

Los conflictos entre los centros —tanto entre Estados Unidos y sus rivales económicos directos (Japón y Alemania), como entre las potencias occidentales (la OTAN) y su rival militar que sigue siendo la URSS (por un tiempo, por lo menos), como también entre los Estados europeos mismos (miembros de la CEE, Europa Oriental y la URSS)— por un eventual liderazgo o un nuevo equilibrio europeo seguirán siendo suaves. Difícilmente me imagino que conduzcan a conflictos armados, como ocurrió en 1914 y en 1939. Pero estos conflictos tampoco hallarán una solución tranquilizadora, por falta de coincidencia entre el espacio económico de la mundialización trilateral y el de la decisión política y social. Ni el Grupo de los Siete (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Japón, Alemania, Italia y Canadá), ni siquiera el verdadero directorio de los Tres (Estados Unidos, Japón y Alemania), a pesar incluso de la infraestructura de cooperación puesta a su disposición (la OTAN, en primer lugar), constituyen organismos capaces de controlar las consecuencias sociales y políticas de la mundialización económica aceptada incondicionalmente por todos los interlocutores (salvo, quizá todavía, por la URSS). No obstante, porque, en mi opinión, los problemas del Occidente desarrollado no son dramáticos, estos conflictos

tendrán como consecuencia probables nuevas clasificaciones en el orden de las jerarquías sin que el orden interno sea puesto en tela de juicio (como ocurrió entre las dos guerras con la subida de los fascismos).

Estos conflictos amenazan entonces con trasladarse, en parte, al campo de las relaciones Norte-Sur. Entonces se articularán con el conflicto mayor, característica permanente del capitalismo realmente existente: el que enfrenta de manera inconciliable a los pueblos de la periferia y a la lógica de la expansión capitalista mundial. En esta perspectiva, ¿quién vencerá: las fuerzas que quisieran que prevalezca la solidaridad del Norte contra el Sur (como se ve resplandecientemente en la guerra del Golfo) o las que podrían hacer avanzar la construcción de un mundo policéntrico (en el sentido que he dado a este término), favorable a un desarrollo deseable en beneficio de los pueblos del Tercer Mundo, aunque tenga que hacer estallar la susodicha solidaridad atlántica? Esto es, en mi opinión, lo que verdaderamente está en juego en los conflictos de nuestra época. El futuro de la humanidad dependerá de las respuestas que se les darán de facto. O un orden salvaje más que nunca, que acrecienta la barbarie del capitalismo, o un orden que, al atenuar el intolerable contraste centros/periferias, abrirá perspectivas humanas para las generaciones venideras y, porqué no, la de un socialismo mundial.

Pero lo menos que se puede decir es que no estamos en el buen camino. La mundialización “liberal” reproducirá la polarización, ahondándola, y, por esta razón, incitará a los pueblos de las periferias a movimientos de rechazo de la compradorización que les es impuesta, los cuales no pueden ser sino masivos y violentos. Ahora bien, el pensamiento político occidental no se preocupa más que de un solo problema: ¿cómo administrar lo intolerable? En este marco, el orden económico (en realidad, un gran desorden) producido por el mercado mundializado tiene que ser completado con un orden militar que garantice la represión eficaz de las rebeliones del Sur. El discurso de los poderes sobre la reforma internacional, cuyas ocasiones de expresión multiplica la guerra del Golfo, seguirá siendo por eso un discurso perfectamente hipócrita, en el cual se seguirá invocando, al capricho de las circunstancias, la “moral” y el “derecho” (!) o la “justicia” (!!) para (mal) disfrazar la defensa arrogante de intereses inconfesables.

Ya existe una estrategia de la OTAN correspondiente a esta visión del orden mundial. Se basa en una acción sistemática doble. Por una parte, dejar que se pudran las situaciones en las regiones del Tercer Mundo que no amenazan el orden imperialista. Por la otra, hacer añicos con la máxima violencia —como se ve en la guerra del Golfo— a las potencias emergentes en el Tercer Mundo que, por cualquier razón, amenacen este orden.

La cuestión de los conflictos en el Tercer Mundo debe ser examinada en este marco. Pues estos conflictos no constituyen un conjunto homogéneo. Hay conflictos que son por sí mismos el producto, a la vez, de los callejones sin salida objetivos en los que las sociedades del Tercer Mundo están encerradas por la mundialización y de las deficiencias de la conciencia social, incapaz por eso mismo de dar una respuesta constructiva al desafío. El resbalón hacia los conflictos interétnicos o interestatales es propio de este tipo de conflictos. La mediocridad

de los juegos políticos de las clases dominantes locales alimenta estos resbalones, por ejemplo, cuando poderes acorralados movilizan las energías en estas direcciones. Estos conflictos no amenazan el orden capitalista mundial salvaje. Con una dosis de cinismo ya aparente, la teoría de los "conflictos de baja intensidad" se ocupa de garantizar la gestión de estas situaciones: dejar podrir, eventualmente alimentar la putrefacción. Pero otros conflictos enfrentan directamente al Sur —sea auténticas fuerzas populares que se expresan en ello, sea, por una u otra razón, poderes estatales— y al sistema de los intereses imperialistas. Ahí, como ya se ve con la guerra del Golfo, las fuerzas llamadas de intervención rápida de la OTAN pueden revelarse insuficientes y la perspectiva claramente adoptada por los estrategas del Pentágono es la de la máxima violencia, que puede llegar hasta el genocidio.

La eficacia de la intervención del Norte para la aplicación sistemática de estas estrategias exige el mantenimiento —e incluso el refuerzo— de la solidaridad atlántica. Pero nada más. El reconocimiento de una hegemonía estadounidense puede limitarse a su dimensión estrictamente militar, dejando abierto el campo de la competencia económica. Puede bastar el acuerdo tácito de Japón, de Alemania y, detrás de ellos, de las demás potencias europeas, reforzado por la inmovilización de la URSS y de China. Entonces se ve claramente cómo el conflicto Norte-Sur, expresión de la contradicción principal del capitalismo realmente existente, vuelve a la delantera del escenario. Porque la distensión y la adhesión de la URSS a las tesis de Occidente no son una ocasión para solucionar los conflictos regionales, como proclaman los propagandistas de la OTAN. El conflicto Norte-Sur nunca ha sido un producto artificial del conflicto Este-Oeste, su proyección fuera de Europa, aunque el apoyo de la URSS a ciertas fuerzas del nacionalismo en el Tercer Mundo haya podido dar la impresión de ello, ya incluso proveer de mandos a sus movimientos. El conflicto Norte-Sur es anterior y primordial; desde hace cinco siglos define al capitalismo como sistema mundial polarizante y por eso mismo es inaceptable para la mayoría de los pueblos del planeta.

Por eso formularé mi conclusión sobre este tema de una manera brutal y extremadamente simple: la intervención del Norte en los asuntos del Sur es negativa en todos sus aspectos, en todo momento y cualesquiera que sean sus formas (y con mayor razón cuando se trata de una intervención violenta militar o política). Los ejércitos occidentales nunca aportarán a los pueblos de Asia, de África y de América Latina la paz, la prosperidad o la democracia ... Sólo pueden aportarles, en el futuro, lo mismo que desde hace cinco siglos, la servidumbre, la explotación de su trabajo y de sus riquezas y la denegación de sus derechos. Corresponde a las fuerzas progresistas de Occidente entenderlo.

Algunos problemas específicos de las diferentes regiones del mundo

En el caos generalizado se pueden distinguir problemas de carácter relativamente general y problemas más específicos de las diferentes regiones que componen el mundo

contemporáneo. El discurso dominante que está de moda hace hincapié en los primeros (la ecología, por ejemplo). Gorbachov mismo, en el manifiesto que estableció su popularidad en Occidente, comprendió perfectamente todo el provecho que podía sacar haciéndose cargo de estas preocupaciones. Estos problemas son reales. Con todo, una respuesta a los desafíos que representan no puede sino estar mediatizada por respuestas correctas a los problemas específicos —y dramáticos— de las diversas regiones del mundo, especialmente del Sur y del Este. A falta de lo cual, el discurso sobre estos problemas generales sólo será un hipócrita discurso de diversión. Por esta razón, en lo que sigue, pondré de relieve estos problemas específicos.

1. Los países del Este —la URSS y China— están embarcados en reformas que ciertamente garantizarán al mercado y a la apertura exterior un lugar más importante que en el pasado. Su problema, no obstante, tiene dos aspectos indisolublemente ligados: la necesaria democratización de la sociedad y el control de su apertura exterior. Hay buenas razones para creer que la solución de este doble problema no es reductible a la receta neoliberal. Sin embargo, la solución que se abrirá paso en definitiva es todavía difícil de detectar en el desorden que domina el escenario actual inmediato. La incertidumbre es doble: tanto en lo que se concierne al contenido social del sistema cuando éste haya recuperado su equilibrio (¿regreso al capitalismo o progreso nacional popular?) como en lo que concierne al lugar de estos países en la jerarquía de las potencias mundiales. Hay, sin duda, una estrecha relación entre estos dos órdenes de problemas, pero es difícil establecerla mientras la cuestión previa de saber "quién vencerá" no haya hallado una respuesta: ¿proseguirá por la derecha la crítica al "estalinismo", preconizando el regreso al capitalismo (como la actitud objetiva de Gorbachov y de Deng puede muy bien hacernos concluir), o será sustituida por una crítica de izquierda, como lo intentó Mao en su época?

En el caso de un regreso al capitalismo, ¿son inevitables la periferización y la degradación de la posición internacional que necesariamente la acompaña? Y en tal caso, ¿cómo reaccionarán ante ello los pueblos de la URSS y de China? En el caso de un progreso nacional-popular, la cuestión de saber cómo se manejarán los "conflictos en el seno del pueblo" y cómo se expresará este manejo en el reconocimiento de leyes económicas objetivas fuera (o más allá) del capitalismo realmente existente todavía sigue sin respuestas.

Aquí me limito a enumerar estos problemas, remitiendo para su análisis a mis textos posteriores.

Sin embargo, creo útil llamar la atención sobre un punto: en mis análisis anteriores del "modo soviético", yo había puesto de relieve los tres componentes del sistema: capitalismo, socialismo y estatismo. Creo que el colapso del sistema ya no deja sitio más que para dos términos de la alternativa: capitalismo puro y duro o progreso nacional popular, el cual supone un mejor equilibrio entre las fuerzas y tendencias del capitalismo y las del socialismo. La dominante estatista, entonces, habría demostrado ser por naturaleza históricamente inestable. Es lo que, por otra parte, pensaba Mao.

2. Las sociedades occidentales desarrolladas también sufren serios problemas comunes (aunque se puede reconocer que no tienen la dimensión dramática de los problemas del Este y del Sur), que propondré analizar en términos de crisis de la democracia occidental. ¿Cómo garantizar en el marco democrático la accesión de las fuerzas populares al poder?

Esta cuestión fundamental no ha hallado respuesta hasta ahora. La socialdemocracia, tal como ha funcionado hasta ahora, ha permitido, sin duda, a los trabajadores conquistar importantes derechos sociales, aunque éstos sean objeto de una ofensiva del capital encaminada a desmantelarlos. Sin embargo, al aceptar lo que he denominado doble consenso sobre el que descansa la sociedad occidental (la gestión de la vida política por la elección pluralista; la gestión del sistema económico por la propiedad capitalista privada y el mercado), la socialdemocracia no ha puesto en tela de juicio la hegemonía del capital, sino sólo la ha moderado con un cierto poder social de los trabajadores. En este terreno, no comparto el optimismo del análisis de G. Arrighi, que me parece que sobreestima la amplitud y el alcance de este poder social.

Esta democracia occidental está, desde ahora, gravemente enferma. Con mucha razón, las clases trabajadoras juzgan cada vez más severamente lo que los politólogos llaman desde ahora la "clase política", cuyas alas de derecha y de izquierda se esfuerzan por proteger el doble consenso sobre el que descansa el monolitismo de la sociedad occidental, vaciando de cualquier contenido real el pluralismo pregonado. El control y la sistemática manipulación de los medios de comunicación social, aplicados para prolongar la supervivencia del consenso, hacen que la sociedad occidental se deslice hacia una especie de fascismo "suave", paralizando las esperanzas de una evolución progresista.

Esta evolución progresista, objetivamente necesaria, exigiría la sustitución del actual compromiso histórico por una verdadera hegemonía del mundo salarial [(7)]. Esto implica necesariamente la puesta en tela de juicio de los sistemas de la propiedad de los grandes medios de producción, de la toma de decisión económica en las empresas y, en el terreno ideológico y cultural, la puesta en tela de juicio de la visión tecnocrática de la gestión social, tal como la Escuela de Frankfurt lo reclama desde hace medio siglo. Estamos lejos de ello.

3. Dentro del mundo occidental, Europa se enfrenta con retos que le son específicos.

La construcción de la Europa de la CEE se ha limitado hasta ahora a la apertura progresiva del mercado. Pero si en la fase de expansión de las décadas de los cincuenta y sesenta, los ajustes sociales para esta apertura pudieron hacerse con relativa facilidad, es evidente que, en lo sucesivo, regiones y sectores enteros serán incapaces de reconvertirse frente al reto de una competitividad agudizada. Al volverse social y políticamente

intolerables, estas contradicciones amenazarán con hacer estallar el proyecto mismo de la CEE. A menos que se acepte que el mercado sea acompañado de una política social común que organice las reconversiones. Semejante iniciativa de una euroizquierda, que se separaría con coraje y lucidez de la dogmática neoliberal, podría ganar amplio apoyo y asentarse como la fuerza dominante en este continente, relegando al margen a derechas simplemente ocupadas en sacar un beneficio inmediato de un mercado ampliado, y volvería a dar a Europa una misión cultural universalista en vías de extinción. Pero estamos lejos de ello.

Ahora bien, aún no está aceptado este primer desafío cuando las transformaciones en el Este vienen a enfrentar a Europa con desafíos suplementarios aún más graves. El viejo proyecto europeo (la CEE) suponía que la ventaja económica de Alemania (entonces Occidental) fuera contrapesada por el peso político de Gran Bretaña y Francia. Este proyecto ha muerto por el solo hecho de la unificación alemana. La opción alemana —invertir sus esfuerzos en la expansión económica hacia el Este y, por lo demás, conservar un bajo perfil político seguidista de Estados Unidos— vacía la construcción europea de todo su sentido.

La construcción europea había sido concebida al comienzo como una empresa destinada a evitar el peligro del "comunismo", hoy completa y totalmente desaparecido, si algún día existió realmente. En este sentido había sido concebida como parte integrante de la estrategia económica, política, militar e ideológica de dominación de Estados Unidos. La integración económica de Europa, lejos de tener el objetivo de crear un nuevo polo autónomo, competidor de Estados Unidos, se concebía como un subconjunto del conjunto mundializado. Europa estaba abierta al atlantismo militar y a la penetración de las transnacionales estadounidenses (y japonesas). Lo sigue estando. Primero, porque continúa considerándose bajo la protección del paraguas militar de Estados Unidos y no se ha atrevido a romper con el atlantismo; desde este punto de vista, las intenciones de autonomía, que tenían sin duda alguna las simpatías de un De Gaulle, nunca sobrepasaron el estadio de acciones veleidosas. Luego, porque, en respuesta a los desafíos de la crisis, Europa se alineó detrás de Estados Unidos en una ofensiva occidental común encaminada a "recompradorizar" el Tercer Mundo, habiéndose convertido la OTAN en el instrumento que vuelve a dar una segunda vida al atlantismo.

Con una lucidez excepcional, De Gaulle había captado los dos datos esenciales del problema. En primer lugar, había comprendido que, desde 1945, Gran Bretaña había hecho una opción histórica probablemente irreversible: la de alinearse incondicionalmente con Estados Unidos. También había comprendido que Europa debía ser concebida "desde el Atlántico hasta los Urales", es decir, debía integrar a la URSS con objeto de reequilibrar las relaciones Francia-Alemania. Las nuevas perspectivas abiertas en Europa Oriental dan nuevo vigor a esta exigencia. Pero "la integración europea" no puede ser reducida a la fórmula de una especie de expansión hacia el Este del modelo de la CEE. Los problemas específicos del Este son demasiado graves como para que esta mediocre visión pueda dar resultados aceptables. La propuesta de Gorbachov llamada de la "casa común europea"

responde a estas preocupaciones. Aun cuando la fórmula es todavía vaga, implica la invención de instituciones y de acuerdos económicos y políticos que concilien las exigencias de una mayor integración europea y la preocupación de dejar a los Estados de la región el margen de autonomía necesario para poner en marcha políticas específicas en respuesta a sus situaciones particulares.

Los únicos términos de la alternativa real son, pues, en mi opinión, los siguientes: o se va hacia la construcción de esta casa común, o Europa se desarticulará más al proseguir Alemania sólo su camino, con o sin la CEE, de todos modos vaciada de todo su sentido. Tengo la impresión de que están completamente metidos en esta segunda vía.

4. Los problemas del Tercer Mundo son mayores. Sin duda alguna, la nueva mundialización agudiza aún más las diferenciaciones dentro de la periferia, como siempre sucede.

¿Podrá mantenerse el modelo de expansión acentuada de ciertas semiperiferias? En estas periferias desde ahora semiindustrializadas, el modelo de desarrollo seguido se enfrenta hoy con una opción decisiva. Basado en una distribución interna de la renta cada vez más desigual, este desarrollo choca de frente con las aspiraciones democráticas emergentes. Entonces, o estos países se meten en la vía de respuestas progresistas a sus problemas sociales, y es evidente que se enfrentarán con la lógica de la mundialización por medio del mercado; o no lo hacen y dan preferencia a las exigencias del “ajuste”, y la democracia se vendrá abajo antes de haber podido echar raíces en la sociedad. Dicho de otro modo, el objetivo de una democracia “estabilizadora”, a la occidental, que acompaña la prosecución de la expansión capitalista, me parece ilusoria. Por lo demás ¿es un objetivo real de la estrategia de las potencias occidentales? ¿O sólo un discurso táctico de circunstancia, destinado al olvido? La prosecución del auge del modelo de industrialización de las semiperiferias implicaría, pues, la doble capacidad de adaptarse a niveles más elevados de tecnología y de regular (después de haberla aceptado, evidentemente) una lucha de clases controlada por la democracia. No creo que nada de eso sea fácil, ni siquiera probable, en casi todas las situaciones concretas que pudieran examinarse.

La opción de la desconexión sigue, entonces, sin tener alternativa real. Decir que sería imposible de ahora en adelante es decir que no hay solución para el caos. Más vale aplicarse a buscar las nuevas formas de una desconexión apropiada a las nuevas condiciones.

5. Las perspectivas son todavía más sombrías cuando se considera el Sur africano y árabe.

En el siglo XIX, Gran Bretaña y Francia prácticamente se habían repartido el mundo

árabe y África; e inmediatamente después de la segunda guerra mundial todavía no sospechaban que tendrían que aceptar su descolonización. La construcción europea, por otra parte, no había concebido nada a este propósito, salvo poner el antiguo imperio colonial francés de África negra a la disposición del capital de la Comunidad de los Seis, sustituyendo el colonialismo imperial anterior por el neocolonialismo colectivo, después de que Francia se hubiera reservado privilegios particulares por medio de los mecanismos de la zona del franco, la francofonía y los acuerdos de defensa concertados con sus Estados clientes.

La visión europea del mundo árabe, y especialmente del norte de África, apenas iba más allá, excepto que tenía que tener en cuenta la consistencia más acentuada de las clases dirigentes locales. La visión estratégica implícita aquí metía aún más a sus interlocutores árabes en el callejón sin salida del capitalismo periférico enganchado a la expansión del centro europeo. Si los productores de petróleo entre ellos (Argelia, Libia, Iraq y el Golfo) creyeron poder movilizar sus medios financieros para acelerar su industrialización, sus clases dirigentes no pudieron concebir más que un tipo de industrialización que abría un nuevo mercado para las exportaciones del capitalismo desarrollado (europeo, pero también estadounidense y japonés). Esto no podía sino reforzar la tendencia a la mundialización y no representa un progreso decisivo hacia un desarrollo nacional o regional autocentrado. Una vez llegada la crisis, esta inserción profundizada se reveló catastrófica, como lo demuestra la deuda exterior, brutalmente agravada por la conjunción del estancamiento y la contraofensiva estadounidense. En estas condiciones, Arabia Saudí, cliente tradicional de Washington, optó, como era de esperar, por un apoyo incondicional al sistema financiero y monetario que es el instrumento de la mundialización y de la contraofensiva encaminada a restaurar la hegemonía estadounidense. Si hubo intento de desarrollo autocentrado, éste sólo fue parcial, veleidoso y limitado por la naturaleza misma de las clases dirigentes de los países progresistas que se embarcaron en ello, sean petroleros (Argelia e Iraq) o no (Egipto y Siria). Ahora bien, lo que aquí hay que observar es que estos intentos, apoyados en su momento por la URSS, fueron combatidos por todo Occidente, Europa incluida.

¿A qué puede deberse este rechazo europeo de concebir otras relaciones con los árabes y los africanos que no sean relaciones neoimperialistas, estén éstas ampliamente abiertas a la competencia estadounidense y japonesa (sobre todo cuando el socio local lo impone) o relativamente más reservadas a los europeos?

El examen de la situación estructural y coyuntural de Europa en la competencia internacional aclara esta cuestión. Europa cubre el déficit de sus relaciones con Estados Unidos y Japón con el excedente de sus intercambios con el Tercer Mundo y los países del Este. Necesita, pues, para cumplir con las reglas de la mundialización, conservar relaciones desiguales en la esfera de sus dependencias particulares. Europa ha hallado el principal mercado para su expansión en la modernización de sus propias periferias (Europa del Sur, precisamente) y en su propia modernización interna. A la inversa de Estados Unidos y Japón, que exportan más ampliamente sus capitales (especialmente a América Latina y a Asia sudoriental) para dominar en el Tercer Mundo el proceso de deslocalización industrial que gobiernan estas exportaciones, Europa se ha abierto a la importación masiva de la

mano de obra del Tercer Mundo necesaria para seguir el ritmo de su expansión interna. Tampoco es una casualidad que esta inmigración provenga precisamente sobre todo de las zonas de dependencia europea (árabes, africanos, antillanos), más azotadas todavía por el desigual desarrollo capitalista, que implica esta estrategia europea, que América Latina y Asia sudoriental. Ahora bien, hoy se sabe también hasta qué punto ha creado esta inmigración un ambiente político desfavorable al mejoramiento de las relaciones con el Tercer Mundo. Finalmente, desprovista de recursos naturales en comparación con Estados Unidos, Europa atribuye una importancia tanto mayor a la seguridad de sus abastecimientos. Al haber renunciado a la autonomía de sus medios militares, se condena por sí misma a depender en este terreno de la buena voluntad estadounidense, contentándose aquí con el complemento de sus fuerzas de intervención rápida (dirigida contra el Tercer Mundo, evidentemente), que quizá constituyan, en realidad, lo esencial de la visión militar europea.

Todo esto apenas invita a dar crédito al discurso europeo en dirección del Tercer Mundo. En realidad, la Europa de la CEE tiene una grave parte de responsabilidad en la "cuartomundialización" de África. Pues las relaciones desiguales renovadas en el marco de la asociación CEE-ACP de ninguna manera constituyen un progreso hacia la liberación de África y el desarrollo de sus pueblos, sino, por lo contrario, la encierran en especializaciones mineras y agrícolas, superadas en otras partes. En este sentido, Europa tiene una importante responsabilidad en la cristalización del poder de las nuevas clases dominantes locales y, de ese modo, en el desastre económico, social y político del continente. El posterior alineamiento de Europa con las políticas de "ajuste" preconizadas por Estados Unidos a través de sus instrumentos que son el Banco Mundial y el FMI ejemplifica la mediocridad de las ideas europeas en este campo y muestra claramente que el conflicto de intereses Estados Unidos-Europa no rebasa los estrechos límites de una competencia mercantil. La recolonización, suavizada por la caridad, ¿no encubre sólo el fracaso de las políticas preconizadas y apoyadas por todo Occidente?

La responsabilidad de Europa en "el atolladero árabe" no es menor. También aquí, Europa nunca abandonó la estrategia de Estados Unidos y de su fiel instrumento que es Israel. La guerra del Golfo ejemplifica trágicamente esta opción europea. Aquí, el objetivo es, muy simplemente, mantener al mundo árabe en un estado de máxima fragilidad y vulnerabilidad al rechazar lisa y llanamente la idea misma de la construcción de una unidad árabe, presentada como una pesadilla para Occidente, al garantizar contra viento y marea la supervivencia de los regímenes arcaicos del Golfo, al garantizar a Israel una superioridad militar absoluta, al negar a los palestinos el derecho a la existencia, etc. Que esta adhesión incondicional a las tesis atlantistas y sionistas sirva los propósitos de Estados Unidos e incluso le permita menoscabar directamente los intereses europeos propios al colocar el petróleo bajo el control exclusivo de Washington debe hacer reflexionar sobre las capacidades limitadas de Europa para salir de la mediocridad de su percepción del mundo árabe. Durante algún tiempo, la Europa de la CEE (a iniciativa de Francia y de sus asociados mediterráneos) había acariciado la idea de "quebrar" al mundo árabe arrastrando al Magreb tras sus huellas. Las reacciones espontáneas de los pueblos del Magreb en la guerra del Golfo pusieron fin a este proyecto insensato.

No obstante, la deficiencia de la conciencia política y social que los árabes comparten con los demás pueblos en el momento actual genera, a su vez, respuestas inadecuadas al desafío occidental: las huídas a la ilusión religiosa retrógrada, el debilitamiento de las fuerzas democráticas y la persistencia de autocracias militares son los resultados de este doble fracaso de un proyecto alternativo progresista en Europa y en el mundo árabe. Pues en esta última perspectiva objetivamente necesaria, la construcción de la casa común europea hallaría sus complementos naturales en la construcción paralela de una unidad árabe y de una unidad africana, elementos fundamentales ineludibles de la edificación de un mundo policéntrico. Estamos lejos de ello y, a medio plazo, el caos ha de persistir.

Salir de los atolladeros

En lo que antecede he intentado mostrar que, en todas las regiones del mundo, los problemas eran serios, a veces graves o incluso dramáticos, y que, más allá de ello, las deficiencias que caracterizan la conciencia política y social en todas estas regiones son tales que las respuestas que se perfilan no están a la altura de los desafíos y, por eso mismo, no pueden sino agravar el caos y la barbarie. Estas deficiencias constituyen el telón de fondo de la crisis de la izquierda a escala mundial.

El binomio derecha/izquierda remite en los países del capitalismo desarrollado a una doble herencia histórica: la Ilustración (y los contrastes: ideología conservadora/temas del progreso y del movimiento; gestión autoritaria/democracia) y el movimiento obrero (el contraste: gestión sometida a la racionalidad exclusiva del capital/socialismo). Ninguno de los dos elementos de esta herencia está presente de manera decisiva en las sociedades de la periferia capitalista. Aquí, el corte derecha/izquierda está gobernado por el contraste: aceptación o rechazo del “capitalismo realmente existente”, es decir, de la mundialización polarizante que ha periferizado las sociedades del Tercer Mundo. Por esta razón, el movimiento de liberación nacional, en todos sus componentes históricos —burgueses, populares y “socialistas”—, constituye una fuerza de izquierda en el tablero mundial y la fuerza social más activa en las sociedades del Tercer Mundo. El adversario con el que esta fuerza se enfrenta aquí se llama: “las clases dirigentes subalternizadas y compradorizadas” (calificar a las cuales de “colaboradores”, “traidores”, “lacayos coloniales o neocoloniales” es de uso corriente). Aquí no hay un consenso análogo al que caracteriza las sociedades occidentales. Según las coyunturas y los momentos de la historia contemporánea, el poder local está en manos de estas fuerzas reaccionarias —ya parezca bien establecido (las más de las veces por la dictadura violenta), ya se tambalee—, o bien hay un derrocamiento efectivo de este poder en beneficio de las fuerzas que declaran pertenecer al movimiento nacional. Entonces Occidente se encarga siempre, indefectiblemente, de combatir a este poder. En cierta manera, pues, se tendría que oponer el monolitismo real de las sociedades occidentales —tras el escaparate de su pluralismo alardeado— al pluralismo real de las opiniones en las sociedades de la periferia (Sur y Este), cuyo enfrentamiento es demasiado explosivo como para poder ser administrado por una democracia “a la occidental”.

Contrariamente a un tenaz prejuicio, las ideologías del movimiento de liberación nacional no atribuyen la responsabilidad de este estado de cosas a los factores “externos” sin tener en cuenta los factores internos. Muy al contrario, generalmente se hace hincapié en la lucha contra las fuerzas e ideas locales que constituyen los obstáculos para el progreso. Pero es evidente —al menos es la opinión general de todo el movimiento de liberación nacional, en todas las diversidades producidas por el lugar y el tiempo— que cualquier acción progresista entra en conflicto con los condicionamientos que se imponen desde el exterior. El sistema capitalista mundial no es, pues, considerado como un factor neutro, o ambiguo, ni con mayor razón positivo. Es un obstáculo, cuyo nombre (el imperialismo) —a menudo rechazado en Occidente como un término “no científico”— es aquí la designación usual, banal, general de lo que parece ser la realidad evidente. Las discusiones internas que agitan al movimiento de liberación nacional atañen al carácter concreto de este imperialismo en cada una de las fases de la expansión capitalista mundial desde el comienzo, a las modalidades de la expresión de las leyes de su movimiento, a los medios de su intervención, a las alianzas sociales que forja y que reproducen la polarización; pero no ponen en duda su existencia.

Se sabe cuán difícil ha sido y sigue siendo el establecimiento de un diálogo constructivo entre las izquierdas de Occidente y las del Tercer Mundo. A pesar de este hecho, desgraciadamente evidente, los segmentos de la izquierda más conscientes del carácter global de los desafíos con los que se enfrenta la humanidad y más ligados a una perspectiva fundada en valores universalistas siempre han practicado este diálogo, cuyo alcance positivo supera los resultados inmediatos que a veces se saca de ellos.

Una respuesta humana y progresista a los problemas del mundo contemporáneo implica la construcción de un internacionalismo de los pueblos capaz de producir un sistema de valores verdaderamente universalistas, que complete la obra aún no acabada de la Ilustración y del movimiento socialista. Esa es la única manera de constituir un frente eficaz contra el internacionalismo del capital y el universalismo truncado y falsificado del sistema de valores que produce. En cambio, el neoliberalismo constituye la verdadera utopía reaccionaria de nuestra época, que inspira políticas que no pueden sino acarrear cada vez más caos y barbarie.

En lo interno, las alianzas sociales que definen el contenido de las estrategias progresistas alternativas para las regiones consideradas serán necesariamente diferentes. En Occidente, su dimensión burguesa, fundada en una larga historia que ha producido el desarrollo avanzado, seguirá siendo evidente. Eso no excluye la socialización progresiva del sistema y, a plazo, la emergencia de una hegemonía del mundo salarial. En los países del Este, estas alianzas exigen liberar a la sociedad del yugo exclusivo del estatismo, en beneficio de una dialéctica que reconozca el conflicto entre las fuerzas sociales del socialismo y del capitalismo. Pero en el Tercer Mundo implican casi siempre una inversión de las tendencias más radical que evolucionista y el rechazo de la subordinación burguesa, que reproduce un sistema inaceptable. Así pues, si en todos los casos se tiene derecho a concebir la sustitución de la visión burguesa exclusiva del mercado por un

contenido popular, nacional y regional, la plena conciencia de la crisis que representa esta opción es más dramática en el Sur y en el Este que en el Oeste. No reconocer este dato del problema es encerrar seguramente la respuesta de los pueblos en la desesperación de los nacionalismos antediluvianos y de los integrismos, religiosos u otros.

La crisis debería ser la ocasión de un progreso del pensamiento crítico, si por ello se entiende la puesta en tela de juicio de todos los dogmatismos. No lo es mucho, quizá, entre otras cosas, porque ni el economicismo académico ni la actitud gestora predisponen a ello. Los responsables del movimiento social y los políticos progresistas serán, sin duda, más sensibles a ello. El policentrismo mundial, cuyo principio se sugiere aquí, es la única base realista sobre la que puede construirse un nuevo internacionalismo de los pueblos. Sólo la evolución profunda de las relaciones sociales inserta en el paradigma del policentrismo permitirá, gracias al reconocimiento de la diversidad objetiva de las circunstancias y de los problemas, poner los cimientos de la reconstrucción del mundo y de la legitimación de la unicidad del destino de los pueblos del planeta.

NOTAS

(1) [Sobre el concepto de desconexión, ver Samir Amin: La desconexión. Hacia un sistema mundial policéntrico. Madrid, IEPALA Editorial, 1988.- Nota del t.].

(2) S. Amin: “Bandoung, trente ans après”, en L’échange inégal et la loi de la valeur, Economica, 1988.

(3) Harry Braverman: Labour and monopoly capital, M.R., 1974.

(4) Sin embargo señalaré los trabajos pioneros de Benjamin Coriat: L’atelier et le robot, Christian Bourgeois, 1990. [En español: El taller y el robot. Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era de la electrónica. Madrid, Siglo XXI, 1993. Ver también: Ciencia, técnica y capital, Madrid, H. Blume Ediciones, 1976; El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa. Madrid, Siglo XXI, 1982; La robótica, Madrid, Editorial Revolución, 1985.- Nota del t.].

(5) Michel Beaud: L’économie mondiale dans les années 80, La Découverte, 1989.

(6) Giovanni Arrighi, en Amin, Arrighi, Frank y Wallerstein: Le grand tumulte, La Découverte, 1991.

(7) Alain Lipietz ha propuesto este concepto de hegemonía del mundo salarial en diversos escritos y en Choisir l’audace, La Découverte, 1989.

CAPÍTULO II

LA NUEVA MUNDIALIZACION CAPITALISTA

En este capítulo no me propongo hacer una presentación de conjunto de la evolución económica del mundo durante los últimos decenios, ni siquiera en forma sintética y suscinta. Existe una abundante literatura sobre el tema, que nos dispensa de ello.

Sólo quisiera, en primer lugar, llamar la atención sobre los datos actuales esenciales que nos permiten hablar efectivamente de un ahondamiento de la mundialización, localizando, en el conjunto de estos procesos, por una parte la "trilateralización" (término algo incorrecto para aludir a la nueva interpenetración de las economías de los tres polos centrales: Estados Unidos, Japón y la Europa de la CEE) y, por la otra, las diferenciaciones dentro de la periferia, es decir, la emergencia de países semiindustrializados en un polo y del "Cuarto Mundo" en el otro.

Luego me propongo examinar lo que me parece ser el desafío real que representa esta nueva mundialización capitalista.

Hasta el fin de la segunda guerra mundial, el capitalismo en sus centros se había desarrollado teniendo como base Estados burgueses nacionales, cuyo surgimiento, por lo demás, había apuntalado y cuya evolución había moldeado. La consolidación de economías capitalistas nacionales autocentradas había sido el producto histórico principal de este desarrollo. Como contrapunto, la expansión mundial del capitalismo no había permitido que las periferias se constituyeran de la misma manera en economías nacionales autocentradas. Pero las revoluciones llamadas socialistas así como los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo se propusieron precisamente construir, en una u otra forma, tales economías nacionales autocentradas; y este objetivo pareció ser la condición previa ineludible de un auténtico desarrollo. Estábamos ante una economía "internacional" que ponía en relación, aunque fuese a través de una interdependencia desigual y una competencia aguda, Estados relativamente autónomos.

La nueva mundialización inicia la desintegración de estas construcciones autocentradas en el corazón mismo del sistema para sustituirlas por una economía verdaderamente "mundial", para decirlo en los términos del análisis propuesto por Michel Beaud, citado más arriba. ¿Hay que aceptar esta evolución como algo inevitable? ¿Hay que aceptar ver que se disuelve la integración nacional estructurada (cuando ésta existe como herencia históricamente constituida) o renunciar a construirla cuando no se la ha heredado? En consecuencia, ¿hay que sustituir las antiguas concepciones del desarrollo (siempre primero nacional) por una nueva visión que de entrada se sitúe en el marco

de un desarrollo mundial? ¿O bien se debe (¿y se puede?) conciliar ciertas exigencias de la mundialización (¿cuáles?) con el objetivo de una construcción "nacional" (que hay que redefinir)? Diré que las dos respuestas a estas preguntas existen y expresan intereses sociales diferentes y hasta conflictivos.

En todo caso, una de las respuestas que se esboza, o que uno desearía que se esboce, consistiría en sustituir los antiguos Estados-naciones autocentrados por reagrupamientos "regionales" (más o menos integrados). El proyecto europeo constituye la expresión más evidente de esta aspiración, pero podría haber otras. Quisiera examinar lo que ocurre con estas respuestas al desafío de la mundialización.

La nueva mundialización y los resultados de las diversas regiones del mundo

1. En una primera aproximación, casi sólo intuitiva, se puede "medir" el grado de progreso de la transnacionalización de los sistemas económicos constitutivos de la economía mundial por la parte relativa que ocupa el comercio exterior en el PIB de los diferentes países.

Desde este punto de vista, el largo período que se abre con el fin de la segunda guerra mundial está marcado por una fuerte progresión de la transnacionalización. Además, la desaceleración del crecimiento a partir de comienzos de la década de los setenta no se acompañó de un ahogo del comercio mundial, como había sucedido en la década de los treinta, cuando la caída de la producción y la de los intercambios exteriores habían sido concomitantes. Al contrario, las tasas de incremento de los intercambios exteriores permanecen, durante las décadas de los setenta y ochenta, superiores a las del crecimiento: la transnacionalización se intensificó.

La parte de las exportaciones en el PIB de los países capitalistas desarrollados (la OCDE) pasó del 12 por ciento en 1965 al 20 por ciento en 1988. Cuando se conoce el creciente peso que los servicios no exportables tienen en el PIB (más del 60 por ciento) se mide la importancia del comercio exterior, convertido en factor decisivo de los resultados en numerosos sectores de la producción agrícola y manufacturera. Este factor de importancia cualitativamente nueva, aunque la competencia internacional no es algo nuevo por sí mismo, es la raíz del discurso de los poderes que hace hincapié en la presión de la "competitividad internacional", abandonando totalmente el antiguo discurso de la "autonomía nacional", dominante en la década de los treinta.

Sin embargo, se observará que este ahondamiento de la transnacionalización caracteriza primeramente y en primer lugar la interpenetración de las economías capitalistas desarrolladas y sólo en segundo lugar la expansión de los intercambios "Norte-Sur". El principal factor responsable del incremento del comercio mundial es

la intensificación de los intercambios intereuropeos, estimulados por la CEE. Hoy es posible hablar de una "región económica europea", aunque yo vacilaría en calificarla de región integrada hasta el punto en que lo estaban antes de la segunda guerra mundial las grandes economías nacionales europeas (Alemania, Gran Bretaña, Francia). En segundo lugar viene la intensificación de los intercambios entre los tres polos de la economía capitalista mundial: Estados Unidos, Japón y la CEE. Ésta es responsable en buena medida del aumento de la parte del comercio exterior en el PIB de Estados Unidos (que pasa del 6 al 11 por ciento entre 1965 y 1988) e incluso, aunque mucho más modestamente, en el de Japón (que pasa del 11 al 13 por ciento entre las mismas fechas). Así pues, si se considerara a la CEE como un solo "país" —eliminando de ese modo los intercambios intereuropeos—, se vería que los intercambios "exteriores" de cada uno de estos tres polos gigantes se sitúan en torno al 12 por ciento de su PIB y que más del 60 por ciento de estos intercambios atañe a los flujos entre polos (la parte de los intercambios intra-OCDE ha pasado del 66 por ciento de sus exportaciones de productos manufacturados en 1965 al 70 por ciento en 1985, pero es de sólo el 60 por ciento aproximadamente cuando se excluyen los intercambios intra-CEE). Por último, este porcentaje del 12 por ciento del PIB podría parecer modesto; no lo es, pues en realidad representa el 31 por ciento de la producción agrícola e industrial (los servicios proveen el 61 por ciento del PIB).

La parte de los intercambios polos desarrollados/periferias tampoco es despreciable, a pesar de que el discurso dominante lo afirma muy rápidamente. El Tercer Mundo representa un mercado importante para los polos desarrollados, que además está en expansión. Ciertamente, la expansión de este mercado es extremadamente desigual. En 1988, el comercio mundial (excepto la URSS, Corea del Norte, Alemania Oriental, Checoslovaquia y Cuba) ascendió a 2.627.000 millones de dólares, repartidos entre el 77 por ciento para las exportaciones de la OCDE (2.024.000 millones) frente al 23 por ciento para las de los países del Tercer Mundo (603.000 millones), de los cuales 48.000 millones corresponden a China, 15 a India, 45 a los demás países de renta baja y 341 a los países de renta intermedia, o también 154.000 millones a los países petroleros ricos y no poblados, 174.000 millones a Asia oriental, 101 a América Latina, 85 a los países árabes, países de Oriente Medio y países de Asia meridional y sudoriental, y 29 al África subsahariana. La parte de las exportaciones de cada uno de los polos Estados Unidos, Japón y CEE hacia los países del Tercer Mundo se sitúa en el haz del 20 al 30 por ciento; más cerca del 30 para los dos primeros y del 20 para el tercero si se excluyen los intercambios intra-CEE. Es importante observar que el volumen del comercio exterior de los países del Tercer Mundo ha aumentado más rápidamente que el PIB de los países que lo constituyen. Las exportaciones de China han pasado del 3 al 14 por ciento de su PIB entre 1965 y 1988, las de India del 4 al 7 por ciento entre las mismas fechas, las de los países de renta intermedia del 18 al 26 por ciento; sólo la proporción de las exportaciones de los países de renta baja ha disminuido del 25 al 19 por ciento entre las mismas fechas. Volveremos a hablar de lo que significa el relativo estancamiento del comercio exterior (y de las producciones) de la mayoría de los países del Tercer Mundo, aquéllos que constituyen el "Cuarto Mundo" (la mayoría de los cuales son países al sur del Sáhara). Aquí, las cifras no tienen la misma significación que para los demás países, al ser las estimaciones del PIB las más de las veces

francamente dudosas (y, por lo menos, sin gran significación). Las aparentes fluctuaciones de la relación exportaciones/PIB —su eventual disminución del 25 al 19 por ciento— tienen que ser interpretadas con muchas reservas. Con todo, los resultados aquí son mediocres y los volúmenes absolutos casi despreciables.

Así pues, si lo que se denomina los países del Cuarto Mundo no representan efectivamente más que un mercado insignificante para los centros, no ocurre lo mismo con los países de renta intermedia, que constituyen un mercado importante, además en expansión más fuerte incluso que la que caracteriza los intercambios entre polos desarrollados. La transnacionalización se ha intensificado pues también para los países de la periferia, aun cuando, a todas luces, ésta se polarice en un número limitado de países.

El papel de las periferias en la transnacionalización no es sólo pasivo: apertura de mercados para la expansión del Norte. La industrialización del Sur le da también una función activa, la de representar en lo sucesivo una proporción que ya no es despreciable del mercado mundial de productos manufacturados.

Desde luego, el Norte conserva el control del mercado mundial de productos agrícolas y manufacturados, porque dispone de excedentes de cereales (frente al déficit alimentario del Sur) y de iniciativa de nuevos productos manufacturados. Sin duda, las exportaciones de productos manufacturados de los tres polos hacia el Tercer Mundo —alrededor de 200 a 210.000 millones de dólares en 1985— representan menos del 20 por ciento de los intercambios mundiales de productos manufacturados, cuyo volumen sobrepasaba los 1.100.000 millones en esta fecha. Esta proporción sigue siendo modesta —pero no despreciable— cuando se excluye los intercambios intra-CEE (entonces es del 22 por ciento). Las exportaciones de Estados Unidos hacia el Tercer Mundo representaban el 35 por ciento de sus exportaciones totales de productos manufacturados (160.000 millones de dólares en 1985); las de Japón, el 36 por ciento (para exportaciones globales de 170.000 millones de dólares el mismo año); en cuanto a las de la CEE hacia el Tercer Mundo —unos 100.000 millones de dólares en 1985—, si éstas representan menos del 20 por ciento de las exportaciones globales de los países miembros, la proporción se eleva al 25 por ciento cuando se excluye los intercambios intra-CEE.

Sin embargo, paralelamente, hay que señalar la aparición, en el mercado mundial, de productos manufacturados exportados por un cierto número de países del Tercer Mundo de renta intermedia.

La transnacionalización activa se ha intensificado pues también para los países de la periferia, aun cuando, a todas luces, ésta se polarice todavía más en un número limitado de países: en primer lugar, los cuatro dragones de Asia oriental (más de 70.000 millones de exportaciones manufacturadas en 1985, de los cuales 28 para Corea del Sur), seguidos por los grandes de América Latina (Brasil y México, en primer lugar: cerca de 16.000 millones) y Asia sudoriental (Tailandia, Malasia, Indonesia, Filipinas: 12.000 millones); Europa Oriental (sobre todo Yugoslavia, Polonia y Hungría) representa un potencial en

expansión: 22.000 millones en 1985 para los tres países mencionados. También hay que añadir a esta lista China (que ha exportado productos manufacturados por 13.400 millones en 1985) e India (cuyas exportaciones de este tipo se han elevado a 5.900 millones), cuyas capacidades exportadoras están en expansión. En cambio, las participaciones del mundo árabe (3.600 millones de exportaciones manufacturadas) y del Cuarto Mundo (menos de 2.000 millones) no sólo siguen siendo despreciables, sino además siguen estando estancadas.

La importancia del comercio exterior no es más que un índice de la intensidad de la transnacionalización, entre otros que no son menos importantes: los intercambios (y la dependencia) tecnológicos, los flujos financieros (y la deuda exterior), sin hablar ya de los factores llamados exógenos a lo económico (cultura y comunicaciones, geoestrategia y armamento, ecología). Todos estos factores demuestran fuertemente la intensificación de la mundialización, tanto en el aspecto de la interpenetración de las economías y de las sociedades centrales como en el de la integración de las periferias en el sistema global.

2. La intensificación de los intercambios y de la interpenetración de las economías "nacionales" anteriormente descrita se había iniciado desde 1945 en la esfera "no socialista" del mundo, bajo la protección de la hegemonía de Estados Unidos. La construcción europea programada a partir del tratado de Roma (1958) para la Europa de los Seis, al tomar el relevo del Plan Marshall, se situaba, por lo demás, en esta perspectiva. Al mismo tiempo se perfilaba el comienzo de una industrialización acelerada en ciertos países y regiones del Tercer Mundo. Por su parte, la URSS, Europa Oriental y China proseguían, casi en autarquía, un desarrollo extensivo de ritmos acelerados, probablemente más elevados que los del crecimiento en el mundo capitalista.

Estas coyunturas se modificaron bruscamente a partir de 1970. En primer lugar, la economía capitalista mundial entró en crisis desde fines de la década de los sesenta. La larga fase de crecimiento sostenido de la segunda posguerra mundial había terminado. Desde 1970, las tasas medias de crecimiento del PIB cayeron al nivel de los dos tercios de lo que habían sido en el período precedente y las de la producción agrícola e industrial a la mitad. El discurso convencional de los poderes establecidos persiste en analizar las evoluciones de año en año en términos coyunturales ("recesión", "recuperación", etc.), cuando se trata de una larga fase de transformaciones estructurales, con trasfondo de crisis, como siempre (fase B del ciclo largo), uno de cuyos elementos principales es el ahondamiento de la mundialización. La reestructuración tiene otras dimensiones, por supuesto, entre otras, tecnológicas. Sin embargo, la atención centrada en el colapso de los sistemas llamados socialistas y el aspecto financiero de la crisis mundial (endeudamiento, fluctuaciones de los cambios, inflaciones, etc.) hace olvidar a menudo el fondo real de crisis estructural sobre el que se desarrollan las evoluciones coyunturales.

El colapso de los sistemas económicos (y políticos) de Europa Oriental y el futuro incierto de la URSS y China constituyen la segunda dimensión principal de la actual transformación estructural. En la URSS y en Europa Oriental, los ritmos del crecimiento se

ahogaron a partir de mediados de la década de los setenta, para colapsarse en la segunda mitad de la década de los ochenta y conducir a la actual crisis. En China, en cambio, los ritmos de desarrollo siguieron siendo sostenidos desde 1950, más allá de los altibajos relacionados con las coyunturas políticas, y quizá incluso se han acelerado durante la década de los ochenta. La crisis del sistema es, por eso mismo, de carácter diferente a la que asuela a la URSS y Europa Oriental, a pesar de la amalgama producida en este terreno por los prejuicios ideológicos dominantes.

El tercer elemento de la nueva situación lo suministra la evolución contrastada de las diferentes regiones del Tercer Mundo capitalista.

Me dedicaré, a continuación, a llamar la atención sobre los elementos de la evolución en la periferia del sistema mundial pertinentes desde el punto de vista de una respuesta a la pregunta de fondo antes planteada: ¿cuál es el carácter de este desarrollo? ¿Cuáles son sus contradicciones y sus límites? ¿Se puede prever la prosecución de un desarrollo sometido a la presión de la mundialización? ¿Se puede sustituirlo por una perspectiva diferente?

3. Primero examinaré los resultados económicos del Tercer Mundo en los términos estrictamente convencionales de crecimiento y de equilibrio exterior, especialmente en lo que se refiere a la década de los ochenta.

Desde este punto de vista, estos resultados siguen siendo, en su conjunto, mediocres o desastrosos. Las tasas de crecimiento están en baja en todas partes, excepto en India y en Asia oriental. Su colapso es desastroso para los países del Cuarto Mundo: el África subsahariana registra enormes tasas negativas como promedio en varios años respecto a la renta per cápita (¡tasa negativa del 2 por ciento!), pero lo mismo ocurre con el conjunto de países del Tercer Mundo, incluso con los llamados de renta intermedia (la década de los ochenta dan por resultado una disminución de la renta per cápita en América Latina). La caída es igualmente catastrófica para los países fuertemente endeudados, al haber actuado el ajuste que les fue impuesto reduciendo (y muchas veces destruyendo) capacidades productivas. Incluso el conjunto de países exportadores industriales vio aminorado su crecimiento (pero sigue siendo positivo en términos de renta per cápita). Sólo hay dos excepciones: India y Asia oriental (Corea, Taiwan, Hong Kong y Singapur).

Los demás criterios convencionales apenas dicen más, pero completan la misma imagen. El esfuerzo inversor sufrió en primer lugar por la contracción de la renta. Sin duda, aquí las estadísticas son inciertas. No obstante, indican un probable estancamiento en un nivel bajo casi generalizado, todavía más marcado en los países pobres y en los más brutalmente afectados por las políticas de ajuste (los endeudados). En sentido opuesto, se advertirá un aumento de la tasa de inversión en India y en los países exportadores industriales, especialmente marcada en Asia oriental. Ahora bien, hay que saber que las

inversiones exigidas por la industria moderna (sobre todo de exportaciones) son costosas en sumo grado. En estas condiciones, el estancamiento de las tasas indica a menudo una desinversión de hecho, al ser negativa la inversión neta y al absorber sólo las amortizaciones más que la inversión bruta. Una tasa en ligera mejora sólo indica resultados mediocres: una producción industrial y exportaciones en crecimiento, desde luego, pero modesto en lo que se refiere a la producción y costoso en esfuerzo en lo que se refiere a las exportaciones. El discurso del Banco Mundial pasa por alto estas consideraciones, que contradicen su dogma.

Los resultados en términos de crecimiento de las exportaciones deben, pues, ser juzgados proporcionalmente a su costo de inversión (con relación a una renta global estancada las más de las veces). Pues las exportaciones aumentan bastante bien casi en todas partes en términos de proporción del PIB, aunque se estanquen en los países más pobres. Aumentan todavía más fuertemente en India, en el grupo de países intermedios en general y, particularmente, entre los exportadores industriales (en primer lugar, Asia oriental). Pero ¿a qué costo para la sociedad? A costa del endeudamiento externo, que tiene aquí una de sus causas (pero hay otras, independientes de las políticas del Tercer Mundo, como la subida de los tipos de interés decidida por el gobierno estadounidense). La literatura relativa a la deuda es tan abundante que no hay nada que añadir aquí (ver Cuadro IV).

Hay otros efectos negativos de la crisis general y de la carga soportada por el Tercer Mundo en esta crisis. Las estadísticas de la parte del consumo administrativo en el PIB no suministran a este respecto más que una información pobre referente al papel real del Estado y de los servicios sociales que éste financia. Sin embargo, se observará que, si aquí o allí se repite —sin reflexionar— que hay "demasiado Estado" en el Tercer Mundo, el peso relativo de éste en la economía nacional ¡es ampliamente inferior en cualquier parte del Tercer Mundo al que hay en los países de la OCDE! Sin duda, este peso real es más difícil de soportar en los países pobres debido a la mayor importancia relativa de las producciones no mercantiles. Pero la verdadera cuestión sale de este marco cuantitativo y financiero y tiene que referirse a la calidad de los servicios, su eficacia y su función social. Tal intervención considerada ineficaz (o perjudicial) por "expertos extranjeros" es perfectamente racional y eficaz desde el punto de vista de las funciones sociales y políticas que cumple.

Desde el punto de vista de los criterios convencionales de la economía liberal, los resultados del Tercer Mundo son, pues, en todas partes, mediocres, cuando no catastróficos. El ahondamiento de la transnacionalización no es una respuesta saludable al desafío de la crisis, sino que constituye uno de los elementos de la crisis misma. Desde este punto de vista convencional, sólo hay verdaderamente dos excepciones al fracaso generalizado del desarrollo: India y Asia oriental. Más adelante se dará una explicación de estas aparentes excepciones.

4. Si se cree al discurso hoy dominante, la mundialización sería insoslayable y tiene que ser aceptada tal cual. Uno sólo puede **ajustarse** a ella. Este discurso pretende también que un ajuste activo a esta exigencia es posible de parte de los países llamados en vías de desarrollo, de lo cual dan prueba los "éxitos" de Corea y de algunos otros. Todo dependería pues de los factores internos propios de los diferentes países del Tercer Mundo.

Los informes del Banco Mundial son, desde este punto de vista, modelos del género. Su lectura, tan aburrida como la de **Pravda** hace unos quince años, presenta pues esta ventaja de que uno sabe de antemano lo que el Banco dirá sobre cualquier tema, antiguo o nuevo. Nunca irá más allá de las dos "conclusiones" señaladas —en realidad, dogmas planteados *a priori*—; la ideología lo impone, las verdaderas cuestiones siempre se eluden de antemano; se las sustituye por una masa de "datos" (los anexos estadísticos: la única parte interesante de los documentos, aunque estas estadísticas son mudas sobre muchos puntos esenciales y de una calidad más que dudosa en un cierto número de casos) sin especial significación, pero a los que se intenta "hacer hablar" haciéndoles confesar —con la tortura de modelos econométricos que nunca son más que pretenciosos sustitutos de la regla de tres— lo que se quiere hacerles confesar, para dar a afirmaciones puramente ideológicas la apariencia de la "ciencia". Pura tautología.

Habría que ir más allá de los criterios convencionales y analizar las perspectivas a más largo plazo que un eventual crecimiento en el marco de lo que llamo "el capitalismo realmente existente" (por oposición al modelo-tipo ideológico de la economía liberal) abre o cierra en las periferias del sistema capitalista mundial. Ahora bien, para hacerlo, en lo que hay que hacer hincapié es en lo que elude el análisis liberal: la distribución de la renta, el empleo, la formación, los servicios sociales, el papel del Estado, las contradicciones del desarrollo (principalmente ciudad-campo), etc. Una distribución de la renta considerada como legítima por el conjunto de la nación es una necesidad absoluta, sin la cual la nación no existe por falta de integración social. Sin autonomía relativa respecto al exterior (tecnológica, financiera, alimentaria, industrial, militar, cultural), la nación tampoco existe, porque entonces ya no es un sujeto activo en la hechura de la sociedad mundial. Las frustraciones y el sometimiento pasivo a las incertidumbres de una evolución sobre la que no se tiene mucho ascendiente generan entonces reacciones muchas veces más negativas que positivas. Los resultados de la economía mundial deben, pues, ser apreciados desde este punto de vista: el crecimiento de que se trata ¿ha agudizado las contradicciones indicadas, ahondado las desigualdades, aumentado la dependencia, o, al contrario, ha permitido atenuarlas?

Los datos suministrados por la economía convencional no permiten responder a estas preguntas porque, de entrada, éstas han sido eludidas. Por eso, la utilización que se puede hacer de estos datos —reunidos aquí en cuatro cuadros que sintetizan los anexos estadísticos presentados en los últimos informes del Banco Mundial— es limitada. Los cuadros se leen rápido. En cuanto al comentario, que, por ejemplo, el Banco Mundial injerta en ellos, sigue siendo un comentario vacío, que no viene a cuento (una legitimación

a priori de sus propios dogmas), que no hace buen uso de estos "datos". Sin duda por afán de conveniencia "moral", el Banco incorpora de vez en cuando alguna perorata referente, por ejemplo, a "la pobreza". La elección del término es por sí sola significativa de un lenguaje que no es el de la ciencia social, sino de discursos de conveniencia fabricados por algunos millonarios o estadistas en fiestas de caridad. ¡Nunca la "pobreza" de que se trata es relacionada con los mecanismos del desarrollo económico preconizado!

Ahora bien, desde todos los puntos de vista antes mencionados (distribución de la renta, control de las relaciones exteriores, absorción tecnológica), los resultados del Tercer Mundo son globalmente negativos. En primer lugar, la desigualdad en la distribución de la renta se ha agudizado en todas partes, incluso en India, entre los pobres como entre los "ricos", con una propensión a agravarse todavía más fuertemente en los países que han registrado un crecimiento más acentuado. La única excepción es, precisamente, la del tándem Corea-Taiwan. Por supuesto, los grados de esta desigualdad son variables, teniendo América Latina en su pasivo a este respecto el modelo social más abyecto de todos. Los "liberales" tranquilizan su conciencia recordando que así ocurría también en Europa en los comienzos del capitalismo. Se olvidan decir que el mejoramiento ulterior del modelo de la distribución se obtuvo desde luego por las luchas obreras (que, no obstante, ¡reprueban en el Tercer Mundo!), pero que se desarrollaron en un marco que facilitaba su feliz desenlace con la expansión imperialista. La inexorable ley de la acumulación, tal como la formuló Marx, produce pues su efecto, pero a escala del sistema mundial del "capitalismo realmente existente" y no a la de sus centros aisladamente considerados [(1)]. Se olvidan, pues, comprender que la creciente desigualdad constatada aquí en la periferia del sistema no es un vestigio del pasado precapitalista (tesis neoweberiana de moda), sino el producto necesario de la expansión real del capital. Se olvidan comprender que la acumulación a escala mundial configura estructuras sociales en la periferia desfavorables para el desarrollo de las luchas sociales a semejanza de las que hubo en Occidente.

Otros indicadores refuerzan la significación negativa de la ley de la creciente desigualdad ligada a la expansión capitalista periférica: en primer lugar, el desempleo, de cuya importancia real —de hecho, gigantesca en las metrópolis del Tercer Mundo (del 30 al 50 por ciento de la población potencialmente activa sería una banda probable)— las estadísticas oficiales no dan ninguna idea. La urbanización demencial, siempre adelantada al nivel de desarrollo —la población urbana ha alcanzado y rebasado la mitad de la población global en América Latina, en el mundo árabe y se acerca a ello en un creciente número de otros países— es la expresión de contradicciones sociales no controladas por la expansión capitalista, agravada, especialmente en África, por la destrucción de las sociedades rurales que ha ocasionado.

En estas condiciones, el progreso en el Tercer Mundo implica ir contra la ley natural de la acumulación y no ajustarse a ella. Esta conclusión es válida incluso cuando el desarrollo se sitúa en el marco de relaciones sociales francamente capitalistas y no sólo cuando es concebido a partir de relaciones evolutivas correspondientes a poderes que expresan alianzas sociales populares. Así se comprende las razones del éxito de Corea y

Taiwan, que precisamente han ido a contracorriente de las tendencias dominantes y de los consejos liberales.

La “dependencia”, de la que se dice que ya no está de moda, sigue siendo un hecho flagrante, y su aumento sigue estando confirmado por todos los estudios referentes a la “brecha tecnológica”, la mundialización de los modelos transmitidos por las comunicaciones de masas, la deuda externa, etc. Pero la dependencia no es ni la causa ni el efecto de la desigualdad en la distribución. Constituye, lo mismo que esta desigualdad a la que está estrechamente ligada, un elemento inmanente de la expansión mundial polarizante del capitalismo. Constituye una de las caras de la medalla, la otra de las cuales es la **compradorización** de las clases privilegiadas beneficiarias de esta expansión, a su vez vehículos de la dependencia y no sus “víctimas”.

La solución de estos problemas exige a la vez el control de las relaciones exteriores e intervenciones activas del Estado en la estructuración de las orientaciones de producción, la organización de la distribución social, la I+D, el empleo y la formación, etc. Dar a entender, como lo hace el Banco Mundial y las agencias occidentales, que se podría “resolver el problema de la pobreza” sin poner en tela de juicio los dogmas liberales, sino yuxtaponiéndoles acciones parciales, ejemplos de los cuales nos han dado las sucesivas modas (“las necesidades fundamentales”, etc.), es condenar estas acciones al fracaso (como, por lo demás, lo comprueba cada vez después el Banco, el cual se abstiene de hacer su autocrítica, aunque había sido el promotor de ellas, al proseguir incansablemente su discurso caritativo ...). En otros terrenos, más directamente políticos —como la cuestión de la democracia—, la contradicción entre las exigencias objetivas de la acumulación mundial polarizante y las de un progreso democrático es igualmente flagrante.

En todos estos puntos esenciales, el Tercer Mundo es un solo mundo (periférico en el sistema capitalista), más allá de la variedad de las situaciones. Ahí también, el discurso que hace hincapié en esta variedad no descubre nada muy nuevo: el Tercer Mundo (periferia integrada) y el Cuarto Mundo (periferia destruida) siempre han coexistido en la expansión mundial del capitalismo.

La única **gran** excepción a la opción **compradora** parece ser hasta ahora China. Por tanto podría ser capaz, en el futuro, de hacer el sutil juego de una inserción más marcada en la economía mundial sin renunciar a reforzar su propia estructuración autocentrada nacional. Todo dependerá de su evolución política interna. Aquí —porque China ha **desconectado** en el sentido que yo doy a este término—, el factor decisivo es de nuevo el factor interno.

Pero hay otros ejemplos de alternativas a la **compradorización**, aunque hay que matizarlos y distinguirlos unos de otros. Cuba y Vietnam “resisten”, pero en el aislamiento, en parte elegido por ellos, en parte impuesto por el imperialismo, que, tratándose de “países pequeños”, no ha renunciado a destruir su voluntad nacional.

Los resultados de India, aunque son muy inferiores a los de China, como se verá, siguen siendo mejores que los de todo el Tercer Mundo capitalista. India no ha “sufrido” la crisis, ha mantenido su crecimiento de crucero. Eso es, sin duda, un efecto de sus dimensiones y, por lo tanto, de una autonomía relativa de hecho más marcada respecto al exterior y de un mejor autocentramiento, es decir, el efecto de causas que favorecen ¡exactamente lo contrario de lo que propone el dogma liberal! Con todo, India sigue siendo frágil a más largo plazo: el progresivo desgaste de la ideología nacional a lo Nehru-Indira Gandhi en provecho del ascenso de aspiraciones **compradoras** de la burguesía india y las amenazas que los nacionalismos locales hacen cernerse sobre el edificio indio hacen el futuro incierto.

Corea del Sur y Taiwan constituyen las excepciones más sorprendentes, puesto que se trata de países “antisocialistas” por principio. Su éxito no es haber realizado un fuerte crecimiento sin grave desequilibrio de su balanza de pagos —eso también lo han hecho otros—, es haber conseguido construir una estructuración nacional en torno a un Estado fuerte y basada en una distribución de la renta cuyas desigualdades han sido mantenidas dentro de ciertos límites y controladas: precisamente lo que los otros no han hecho. Su éxito proviene, pues, de que han hecho ¡exactamente lo contrario de lo que enseña el dogma liberal dominante! ¿Por qué? Lo explican razones específicas: históricas (tal vez culturales, está por discutir) y políticas (la competencia de Corea del Norte y de China).

Rigurosamente, no hay ninguna otra excepción en el Tercer Mundo capitalista, tanto entre los “ricos” (petroleros, por ejemplo) como entre los pobres, tanto entre los felicitados por el Banco Mundial por su “éxito” (en los términos de crecimiento y de equilibrio exterior, únicos criterios tomados en cuenta por el liberalismo) como entre las desafortunadas víctimas que han sucumbido al tratamiento (el Cuarto Mundo). Aquí no hay nada que permita hablar de éxito en términos de estructuración nacional reforzada. Hubo esbozos y tentativas en este sentido en países al principio muy diferentes, unos medianamente “desarrollados”, otros en absoluto. Todos están en regresión y en vías de disolución. Ni siquiera en los países “semiindustrializados” puestos de relieve por el Banco Mundial (Brasil, México, Turquía, Tailandia, etc.) o en los países como Costa de Marfil-Kenia ha habido progresos en dirección de la construcción nacional. Al contrario, la agravación de la desigualdad en la distribución de la renta es aquí la muestra misma del fracaso, en el sentido de que debilita las posibilidades de una integración social sin la cual la construcción nacional no tiene sentido. Sin duda habrá que matizar caso por caso. Aquí o allá hay elementos de una política nacional: en ciertos países recién industrializados, en el aspecto del control tecnológico o financiero; en ciertos países de pasado nacionalista, por el papel del Estado en la industrialización o la reforma agraria. Pero estos elementos no han llegado a la masa crítica necesaria para configurar contrapesos importantes a las aspiraciones **compradoras** de las clases privilegiadas. Por eso mismo, estos adelantos siguen siendo frágiles y siguen estando bajo la amenaza del desmantelamiento que “aconseja” el Banco Mundial.

Los mejores intelectuales críticos indios (ver, por ejemplo, A. Bagchi [(2)]) proponen, por otra parte, un análisis de las realizaciones y de la vulnerabilidad del modelo indio mucho más severo que el de la mayoría de los extranjeros, con frecuencia víctimas del "mito de Nehru", según sus propias palabras. El estatismo del nehruísmo permanecía abierto al gran capital indio e imperialista, y la importancia de las reformas sociales emprendidas seguía siendo modesta al no haber puesto en tela de juicio la dominación de los grandes terratenientes, sobre todo en India del Norte, mientras que la capacidad de absorción tecnológica sigue siendo baja. Por eso, la desviación hacia la derecha, acentuada durante los últimos años, está dentro de la lógica de la evolución interna del sistema. La "liberalización" en estas condiciones da por resultado más una "comercialización predatoria" (es el término empleado por A. Bagchi) que una explosión de iniciativas empresariales. La pauperización resultante de ello —antes que una aceleración de la proletarización— es la causa de los irredentismos regionales, al empujar a la delantera del escenario a "camarillas" que, en estas condiciones, procuran controlar la política local, debilitando así las alianzas hegemónicas panindias organizadas en torno al gran capital local, la gran propiedad territorial y la tecnoburocracia, tradicionalmente apoyadas por el campesinado rico (los kulaks) y las pequeñas burguesías urbanas.

El juicio emitido sobre los países recién industrializados de Asia sudoriental (Tailandia, Malasia, Indonesia, Filipinas) por los intelectuales críticos de la región (ver Prasartset [(3)], también el libro de Yoshikara Kunio [(4)]) no es menos severo. El modelo es definido por sus tres componentes esenciales: la visión tecnocrático-economicista del desarrollo inspirada por el Banco Mundial, el consumismo de las clases medias urbanas y la doctrina policíaca de la "seguridad nacional", hostil a cualquier evolución democrática. Ahora bien, en su comienzo este modelo estaba sostenido por la ayuda occidental (en la década de los sesenta), luego relevada por los préstamos exteriores (en la década de los setenta), mientras que el relevo de una industria local basada en la mano de obra barata entró a su vez en crisis debido a los progresos de la automación en los centros desarrollados. Kunio no vacila en calificar toda esta construcción, tan alabada por los expertos occidentales, de "**ersatz**-capitalismo" [(5)] vulnerable porque incapaz de asentar una capacidad de absorción tecnológica a la altura del reto de la modernización.

5. Habida cuenta de las excepcionales masas demográficas implicadas, la evolución y el progreso de China e India constituyen un elemento fundamental del futuro del sistema mundial. Ahora bien, en este terreno, y dígase lo que se diga, la comparación favorece a China aplastantemente.

Los criterios convencionales de la economía constituyen un primer elemento de la comparación: una tasa de crecimiento del PIB en período largo (1950-1990) que se duplica para China y se triplica en lo relativo al crecimiento de la renta per cápita; exportaciones (sobre todo industriales) convertidas también en el doble de las de India en términos relativos; tasas de inversiones brutas una vez y media superiores para China;

un endeudamiento exterior más liviano en términos relativos de carga de su servicio en proporción a las exportaciones (tres veces más liviana para China).

Más allá de estos criterios, los resultados de China son incomparables en los dos campos antes señalados. No hay necesidad de "estadísticas" para demostrar que la distribución de la renta es fundamentalmente diferente de un país a otro. En ninguna parte ofrece China el espectáculo de miseria inhumana que uno encuentra por todas partes en India. Asimismo, si el peso de los consumos administrativos parece ser comparable (y hasta más liviano en China desde mediados de la década de los ochenta), su eficacia y la accesibilidad de los servicios sociales para las diferentes capas populares son, a pesar de todo, mejores (o menos malas) en China. En el aspecto de la dependencia exterior, el juicio es más difícil de hacer. Se observará el salto adelante de las exportaciones chinas durante la década de los ochenta, resultado de una opción política perseguida voluntariamente. Ciertamente, el cierre casi total del país a los intercambios exteriores había sido impuesto por el imperialismo en las décadas de los cincuenta y sesenta y, de un cierto modo, había sido utilizado positivamente por China para autocentrarse y proceder a transformaciones gigantescas, lejos de los riesgos de la presión exterior. Por otro lado, la ayuda soviética en la década de los cincuenta no había sido despreciable desde el punto de vista de la primera instalación de las capacidades industriales, tecnológicas y militares. Pero luego se impuso un salto adelante de las importaciones (que hay que pagar completamente en exportaciones), en la perspectiva de las "cuatro modernizaciones" (Chu Enlai). ¿Es controlada esta apertura? Difícil de decirlo, tanto más cuanto que sus efectos perversos actúan a menudo por el sutil conducto de las aspiraciones consumidoras de los privilegiados. Con todo, la naturaleza del poder en China, que no está ejercido directa y exclusivamente por las clases burguesas, como en India, limita hasta ahora las presiones negativas del entorno internacional.

La construcción europea frente al desafío de la mundialización

Todos los poderes en Europa —y, detrás de ellos, las opiniones públicas, ampliamente moldeadas por los poderes de que se trata— aceptan lo que denominan "imperativo absoluto de la modernización". Aquí el consenso del discurso es total, compartido por la derecha y la izquierda, en el sentido electoral del término. Al mismo tiempo, estos poderes pregonan una intención común: la de proseguir una construcción europea integrada, que haría de Europa un tercer polo de la economía mundial, a semejanza de Estados Unidos y Japón, potencialmente incluso el primer polo mundial por su población y su riqueza. Detrás de esta fachada de unanimidad, sin embargo, hay "matices", que constituyen lo esencial por lo que a las evoluciones políticas probables en el futuro visible se refiere. Estados Unidos y Japón no son simplemente "zonas geográficas" de la economía mundial en construcción. Siguen siendo, y seguirán siendo, economías "nacionales" al ocuparse aquí el Estado, precisamente, en mantener estas estructuraciones nacionales sin dejar de sacar provecho, como socios fuertes, de la construcción de la economía mundial. Batalla

de retaguardia, dirán los furiosos del “liberalismo”. Esto está por ver; tal vez batalla de retaguardia en una perspectiva de los dos siglos venideros, pero batalla de vanguardia en la hechura de los próximos veinte años. Quién podría negar la importancia decisiva de estas opciones nacionales: en el terreno del financiamiento de la I+D (civil y militar) y de los sistemas de formación adecuados; en el del proteccionismo de hecho: de la agricultura (por subvenciones verdad es que “puestas en tela de juicio”, pero veremos ...), de los recursos mineros y petroleros (políticas llamadas de reservas estratégicas) y hasta de la industria manufacturera a secas; en el de la gestión del sistema financiero, etc. Además, Estados Unidos dispone, en este terreno, de una baza que no puede ser puesta en tela de juicio a corto o medio plazo por falta de una solución alternativa, la de ver que el dólar cumple las funciones de moneda mundial.

Europa de ninguna manera está en una situación similar y no se puede decir que la construcción de la CEE conduzca a ello. Primero, Europa es heredera de su pasado, es decir, de la yuxtaposición de economías nacionales históricamente constituidas como tales. La CEE no es un Estado supranacional, y las políticas comunes, aun después de la apertura total de los mercados a partir de 1992, no están a la altura de las exigencias de su construcción. No hay políticas comunes, salvo en el terreno de las subvenciones a la agricultura, vulnerables, por lo demás, como en Estados Unidos, pero también aquí veremos ... Los elementos de una política monetaria común (la “serpiente”) están debilitados por la diversidad de las políticas antiinflación, coyunturales, etc., sin hablar de la ausencia misma de proyecto de una política social común. Hasta ahora, y en el futuro visible, el mercado común sigue siendo lo que su nombre indica y nada más: un mercado. Ahora bien, la integración sólo por el mercado desarrolla las contradicciones más de lo que las resuelve. Amenaza, pues, con debilitar a Europa como tal, fortaleciendo a unos y debilitando a otros, haciendo de esta construcción un híbrido en el que el mantenimiento de las estructuraciones nacionales entre los “fuertes” (Alemania, en primer lugar) se acompaña de su debilitamiento entre los “débiles”, sin que se construya una estructuración europea alternativa integrada y global.

Esta perspectiva poco optimista se vuelve más probable debido a la persistencia de juegos nacionales diferentes, y hasta conflictivos, dentro de la CEE. Gran Bretaña acepta la mundialización-debilitamiento del poder nacional, pero no en beneficio de una construcción europea. Por un lado se abre al mundo sin fronteras, como lo demuestra su apertura a la informática japonesa, alternativa a una política informática europea común, la cual, por lo demás, no existe. En este aspecto puede contar con la ventaja heredada que representa el poderío de su centro financiero. Por otro lado, siempre ha aceptado la eventual perspectiva de ser absorbida por Estados Unidos, al compartir con este país idioma y cultura, cuya importancia se ve resurgir aquí. Por esta razón se ha de reconocer que la construcción europea seguirá estando en desventaja —en comparación con Estados Unidos y Japón— por la diversidad lingüística. Malamente se imagina uno una I+D común y sistemas de formación comunes: ¿en qué idioma? En el otro polo, Alemania se halla desde ahora en una posición completamente nueva. Alemania Occidental ya era el “gigante” económico de la CEE (exportaciones de productos manufacturados tan grandes

como las de Estados Unidos y Japón, más del doble que las de Gran Bretaña, Francia e Italia). Pero era, se decía, un "enano político". El equilibrio de la CEE descansaba en estas compensaciones: papel político dirigente de Inglaterra y Francia, motor económico alemán. Este equilibrio se ha roto. En estas condiciones, la Alemania unificada puede ser inducida a hacer rancho aparte; sin decirlo, es decir, sin poner en tela de juicio formalmente la CEE, puede querer no empujar la "integración europea" más allá de lo que implica su sola estructura de "mercado común". Al ser el socio fuerte, le es completamente posible aceptar las reglas de este mercado sin dejar de conservar su estructura nacional fuerte, mientras que la de sus socios se debilitaría. Incluso puede reforzar su estructuración nacional con una expansión hacia el Este europeo, colocado en posición subalterna. Entre estas dos opciones —británica y alemana— posibles (e incluso, en mi opinión, probables), apenas hay sitio para otras políticas. Francia, Italia y otros pueden desear activar la construcción política europea para compensar sus debilidades económicas con su afirmación política. Gran Bretaña no lo quiere, Alemania no tiene ningún interés. Entonces ¿puede ser ese discurso algo más que un deseo piadoso?

El porvenir del proyecto depende finalmente de la opción alemana. Al hacer rancho aparte, Alemania puede aspirar a convertirse en el tercer polo del sistema (Estados Unidos, Japón, Alemania) a la vez económica y políticamente. Sin duda, para eso habría que superar aún algunos obstáculos. En el terreno tecnológico, Alemania no aguanta la comparación con Estados Unidos y Japón, al estar basados sus resultados en materia de exportación en las industrias clásicas de la reconstrucción de la segunda posguerra mundial y no en las nuevas tecnologías. Pero, sobre todo, Alemania no ha encontrado todavía un papel político propio. Gran Bretaña y Francia siguen siendo miembros del club de los Cinco Grandes con derecho de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU, aunque, a la larga, este privilegio esté probablemente destinado a desaparecer, pero ¿cuándo? (Gorbachov hizo una propuesta que iba en este sentido, al proponer dar a Alemania una condición legal análoga en la ONU).

Entonces ¿por qué no iba Alemania a hacer la "opción europea", como, por lo demás, lo proclama su canciller? (pero ¿de qué valen las proclamaciones de esta clase?) Pero ¿por qué lo iba a hacer? ¿Para prolongar la posición política privilegiada de sus socios, sin contrapartida que pueda obtener por sí misma?

Esperando que estas opciones se aclaren habrá ciertamente que constatar que Europa sigue siendo un "enano político colectivo", por proyectar sobre ella lo que hasta ahora se ha dicho de Alemania. Puesta bajo la protección del paraguas atómico estadounidense (que ya no sirve para nada desde el "fin del ciclo de la disuasión", según la expresión de Alain Joxe [(6)]) y descuartizada entre los matices de diferentes políticas exteriores de sus Estados componentes, Europa no ha osado hasta ahora tomar más que distancias retóricas con respecto a Estados Unidos. Eliminada por su propia debilidad de la eventual "solución" de los grandes conflictos Norte-Sur (por ejemplo, sobre el tema de Palestina), Europa acaba siempre alineándose de hecho con las decisiones de Washington (como se ve en la crisis del Golfo).

Para que Europa se convierta en un tercer polo, con entonces fuertes posibilidades de ser el polo principal a escala mundial, tendría que consentir en situar su acción en la vieja perspectiva gaulliana de “desde el Atlántico hasta los Urales” (en realidad, hasta Vladivostok), es decir, integrar a la URSS (o Rusia). Hoy, sólo Gorbachov propone esta perspectiva con el nombre de “casa común europea”, un proyecto flexible de tipo “confederal”, que deja a los socios, británicos, franceses, alemanes, rusos y otros, suficiente autonomía como para afrontar diferentes situaciones objetivas. Esta manera de conciliar efectivamente transnacionalización y autonomía nacional corresponde completamente a la tesis que aquí defiendo. También corresponde, en mi opinión, a la madurez real de las mentalidades, que están disponibles para un cierto cosmopolitismo, pero no preparadas para borrar las raíces nacionales de su historia.

La regionalización del sistema mundial

La consideración simultánea de las evoluciones referentes a los intercambios intra-CEE, los intercambios entre polos (Estados Unidos, Japón, CEE) y los intercambios polos-regiones del Tercer Mundo semiindustrializadas permite ver cómo se constituyen cristalizaciones regionales en el marco de la transnacionalización profundizada. Estas cristalizaciones se forman en torno a cada uno de los polos señalados, pero sus respectivas periferias tienen potenciales muy diferentes. Hay la gran región americana, dominada por Estados Unidos y su provincia exterior que constituye Canadá, socios de toda América Latina y del Caribe. México ya está en vías de integración completa en el “gran mercado norteamericano”, y Centro y Sudamérica están invitadas a seguir este ejemplo, con la propuesta de una zona de libre comercio que se extienda desde Alaska hasta Tierra del Fuego. Hay la gran región de Asia oriental y sudoriental, dominada por Japón, que integra el Sudeste asiático semiindustrializado (Tailandia, Malasia, Filipinas, Indonesia). Sin embargo, las fronteras de esta región siguen siendo vagas. No se puede decir que Corea pueda ser considerada como “integrada” en este conjunto y aún menos que la perspectiva de incluir en él a China tenga algún sentido. India misma, a pesar de todas sus debilidades, sigue siendo autónoma con respecto al polo japonés. Pero la región “japonesa” podría extenderse hacia el Oeste (Birmania, Sri Lanka, e incluso hacia Pakistán y el Golfo). Por lo que se refiere a la región cristalizada en torno a la CEE, ésta tiene su propia figura: está formalizada por la asociación CEE-ACP, reforzada en parte por el marco rígido de la zona del franco. Pero las periferias africanas de que se trata se sitúan precisamente en el grupo de los países más pobres, cuyo potencial —en el marco del sistema vigente— sigue siendo débil. Ésta es, sin duda, la razón por la cual los intercambios CEE/Sur son relativamente más livianos que los intercambios Estados Unidos/Sur y Japón/Sur. Por otro lado, Europa ha dedicado lo esencial de sus esfuerzos a su propia integración interna, la cual debería recibir, a partir de 1992, un nuevo latigazo, impulsado por la apertura total de su mercado común. La apertura de Europa Oriental puede también ofrecer nuevos horizontes a la expansión europea integrada, demorando otro tanto la intensificación de los intercambios Europa/Sur.

Es, pues, un poco demasiado pronto para hablar de “reorganizaciones” en el seno de la transnacionalización. Las periferias siguen estando ampliamente abiertas, globalmente, a la competencia de los polos que compiten por su mercado (no sólo comercial, sino también financiero, por lo demás). La competitividad entre estos polos está desigualmente repartida entre los diferentes tipos de producciones. Japón y Estados Unidos conservan el liderazgo en las nuevas tecnologías, basadas sobre todo en la informática. Estados Unidos, Canadá y Francia llevan ventaja en el sector de los cereales. Alemania domina en la industria mecánica clásica (automóvil, máquinas herramienta) y química. Francia se sitúa bien en ciertos sectores del armamento, los ferrocarriles y la aeronáutica. Ahora bien, los intercambios de los polos entre ellos son diferentes de los que tienen con las periferias. La ventaja en los sectores de las nuevas tecnologías es decisiva en los intercambios entre polos, pero mucho menos en la competencia por los mercados del Tercer Mundo.

Pero lo que, sobre todo, impide hablar de la regionalización como de un hecho consumado es el conjunto de las enormes incertidumbres que todavía se ciernen sobre las políticas de la Unión Soviética, de China, de India, del Tercer Mundo, sin siquiera hablar de las incertidumbres que se ciernen sobre el futuro de Europa misma y de las decisivas opciones de Alemania en este terreno.

En estos campos casi no se puede hablar más que de probabilidades. Me parece que la Alemania unificada hallará en Europa Oriental un terreno de expansión que relativizará mucho la importancia, para ella, de la profundización de la integración dentro de la CEE. Me parece que Rusia, China e incluso India conservarán la posibilidad de permanecer fuera de la dependencia con respecto a un polo particular, y, por eso mismo, conservarán un importante margen de maniobra. En cambio, no me parece probable, en el horizonte político visible, que las grandes regiones del Tercer Mundo se organicen por sí mismas y en torno a sí mismas, tanto en América Latina como en el mundo árabe, África o Asia sudoriental. Sin embargo es este tipo de regionalización, base de un mundo policéntrico, el que se impone en una perspectiva de desarrollo diferente de la que implica el unilateral ajuste —en orden disperso, por añadidura— a las exigencias de la expansión capitalista mundial. Agregaré que las políticas de las potencias occidentales siguen siendo, a pesar de declaraciones verbales en sentido contrario, profundamente hostiles a todos los reagrupamientos regionales en el Tercer Mundo, lo mismo que son hostiles a todo lo que pueda reforzar la autonomía del Tercer Mundo de manera general.

Daré un solo ejemplo de esta hostilidad de Occidente con respecto a los reagrupamientos regionales en el Tercer Mundo, el de la hostilidad de Europa con respecto a la unidad de su “Sur” árabe y africano. Sin embargo, la construcción de una “unidad árabe” y de una “unidad africana” constituye la vertiente sur necesaria para el progreso del modelo policéntrico “ideal”, aunque sólo fuese por la razón (de una banalidad evidente y repetida) de que los Estados nacidos de la balcanización del continente no están a la altura de los desafíos del desarrollo moderno. En una visión progresista de un porvenir “común” en el verdadero sentido de la palabra, europeos, africanos y árabes

han de aceptar su fortalecimiento mutuo por medio del afianzamiento de sus respectivas unidades regionales y dejar de verlas como “peligros”.

Pero, dirán algunos, la unidad árabe y africana no figura en el orden del día, y, en política, hay que ser realistas. Sin duda, los poderes establecidos en los Estados árabes y africanos, **compradorizados**, no la conciben. Pero ¡cuán frágiles son esos poderes, como se ve en la crisis del Golfo! Desde luego, el camino de la construcción de la unidad árabe —una exigencia objetiva insoslayable para dar una solución a los problemas de los pueblos árabes que esté a la altura de las exigencias de nuestra época— seguirá siendo largo. No es posible concebir la unidad como lo fue la de Alemania en el siglo XIX, que fue “conquistada” por Prusia. El error de dictadores como Saddam Husein es no comprenderlo. La única vía es la de la democracia, de transformaciones sociales progresistas, del respeto de la diversidad de los intereses locales. Pero esta vía no es una utopía. Lo es menos que la de la construcción europea, también muy difícil, y que ni siquiera tiene la ventaja de la unidad de cultura y de idioma de los árabes.

Me parece grave que las fuerzas políticas e ideológicas dominantes, tanto en la izquierda como en la derecha, entre los interlocutores europeos no imaginen que la unidad árabe pueda ser deseable. Europa no ha abandonado su actitud imperialista tradicional que considera al “otro” —sobre todo, si ese otro es culturalmente diferente— como un enemigo al que hay que mantener débil y dividido. El orden mundial del capitalismo realmente existente descansa en este principio fundamental y nada indica que las opiniones occidentales sean capaces de renunciar a este principio.

Este orden mundial salvaje tiene en Oriente Próximo, desde hace medio siglo, un objetivo estratégico y uno solo: perpetuar lo que púdicamente se califica de accesibilidad al petróleo, en términos claros, la dominación de las potencias occidentales sobre esta riqueza, cuya explotación ha de estar sometida sólo a las exigencias de la expansión económica del Oeste (lo cual no excluye el conflicto —silencioso— entre los socios de la OCDE en el ejercicio de este control del petróleo). Para alcanzar este objetivo se ponen en práctica dos medios complementarios: (i) hay que perpetuar la división del mundo árabe y velar por la supervivencia de los arcaicos regímenes del Golfo —Arabia Saudí, Kuwait, Emiratos— con objeto de anular cualquier posibilidad de que la riqueza petrolera sea puesta al servicio de los pueblos árabes; (ii) hay que garantizar la supremacía militar absoluta de Israel, al que se ha ayudado a dotarse de armas nucleares, con objeto de poder intervenir en cualquier momento. La guerra del Golfo —una guerra cuyo principio había sido proclamado por Israel y Estados Unidos antes mismo de que Iraq invadiera Kuwait, que sólo ha servido de pretexto— ha demostrado que Europa no tenía un concepto propio de sus relaciones con el mundo árabe, diferente del de Estados Unidos. El permanente chantaje de Israel, que obliga a Occidente en su conjunto a solidarizarse con ellos contra los “bárbaros” de Oriente, produce su efecto en este marco y sólo tiene eficacia en la medida en que, efectivamente, Europa no tiene una visión propia de su relación con “su” Sur, árabe y africano.

Los diferentes “guiones” a medio plazo relativos a las relaciones Norte-Sur para la región considerada pueden ser releídos ahora a la luz de estas reflexiones. El criterio de distinción de estos guiones es siempre, en último análisis, el grado de autonomía de Europa (Occidental) con respecto a Estados Unidos y el grado de regionalización dentro del sistema mundial que puede acompañarlo.

El guión de un neoimperialismo colectivo europeo que domina sobre todo a “su” Sur árabe y africano agrada tal vez a las personas nostálgicas del pasado; la guerra del Golfo ha demostrado que no tenía ninguna consistencia. Si el petróleo ha de ser controlado por “Occidente” sólo puede serlo directamente por el ejército estadounidense; y Europa sólo podría jugar contra este proyecto la carta de la amistad de los pueblos árabes. Esta última opción está excluida: desde 1945, Gran Bretaña ha optado definitivamente por su absorción, a cierto plazo, por Estados Unidos; Alemania, ocupadísima por la perspectiva de su expansión económica hacia el Este, seguirá teniendo un bajo perfil en otras latitudes; y Francia, al haber renunciado al principio gaullista que rechazaba la amalgama entre sus intereses propios y los de Estados Unidos e Israel, está, por eso mismo, forzosamente marginada.

En todos estos campos, la política europea sigue siendo de una mediocridad notable. Respecto al mundo árabe, Europa (sobre todo, Francia y, detrás de ella, Italia y España) acarició la idea de “romper” su potencial unidad, ofreciendo a las clases dirigentes del Magreb la perspectiva de su incorporación al tren europeo, mientras que el Machreq sería entregado a la dominación de Israel. La guerra del Golfo hizo añicos este proyecto mediocre, al haber expresado ruidosamente los pueblos del Magreb su solidaridad con los del Machreq. En el África subsahariana, las políticas europeas se contentan con mantener los regímenes establecidos, aunque fuesen dictatoriales, contribuyendo de ese modo a hacer más difícil todavía la indispensable unidad regional.

A causa de esto, la “regionalización” dentro del sistema mundial sigue siendo muy relativa. Pues si es cierto que Estados Unidos influye más directamente y con más fuerza en “su” Sur (América Latina) y Japón en el Sudeste asiático, el mundo árabe no pertenece a la “esfera de influencia” de la CEE, sino a la de Estados Unidos, exactamente lo mismo que mañana, probablemente, el África austral reorganizada en torno a Sudáfrica. La esfera propiamente “europea” corre peligro entonces de quedar reducida al Cuarto Mundo africano. Por lo demás, Alemania parece ser consciente de este hecho y actúa en consecuencia. En cuanto a la URSS, todavía está lejos de haber vuelto a ser capaz de tener una presencia fuera de casa. A medio plazo, la Europa política no existe.

En realidad, la hostilidad de Europa a la unidad árabe es el producto del atlantismo y de la adhesión a los objetivos expansionistas del sionismo. Estados Unidos e Israel ven sus intereses en la debilidad árabe. Los europeos aceptan no distinguir sus intereses de aquéllos, como deseaba De Gaulle. Esto crea una bola de nieve, porque la respuesta árabe —reacción espontánea de las masas árabes, manipulación islamista, nulidad de las diplomacias árabes llamadas moderadas y gestos violentos y desconsiderados de

otros como Saddam Husein— alimenta el discurso antiárabe en beneficio exclusivo de Estados Unidos e Israel. En este caso especial, la mediocridad de la visión europea actúa incluso contra sus propios intereses, en beneficio exclusivo de los de su asociado-rival estadounidense.

NOTAS

(1) S. Amin: "La répartition du revenu dans le système capitaliste mondial" en **La Déconexion**, La Découverte, 1985, pp. 149-170 [En español: **La desconexión**, ob. cit., pp. 161-186.- Nota del t.].

(2) Amiya Bagchi: contribución a un libro colectivo sobre la mundialización vista desde el Tercer Mundo, Foro del Tercer Mundo (FTM), Dakar, mimeografiado.

(3) Suthy Prasartset: contribución a un libro colectivo sobre la mundialización vista desde el Tercer Mundo, FTM, Dakar, mimeografiado.

(4) Yoshikara Kunio: **The rise of Ersatz capitalism in South East Asia**, Manila U. Press, 1988.

(5) [Equivale a "sucedáneo de capitalismo". Viene del alemán **Ersatz** = sustituto, sucedáneo.- Nota del t.].

(6) Alain Joxe: **Le cycle de la dissuasion. 1945-1990**. La Découverte, 1990.

Cuadro I

Crecimiento de la producción, de las inversiones y de las exportaciones 1965-1968

	PNB per cápita (en dólares)	Crecimiento del PIB			Consumo administrativo/PIB			Inversiones brutas/PIB			Exportaciones / PIB			% población urbana	
	1985		80/85	80/88	1965	1985	1988	1965	1985	1988	1965	1985	1988	1985	1988
China	310	6,4	9,8	10,3	15	14	7	25	38	38	3	11	14	22	50
India	270	3,8	5,2	5,2	10	12	12	18	25	24	4	6	7	25	27
Países pobres	200	3,2	2,8	2,0	11	12	12	15	15	18	25	14	19	20	25
Países intermedios:	1,290	6,5	1,7	2,6	12	12	12	21	21	23	18	26	-	48	
- Exportadores industriales	520	6,7	6,7	5,5	-	13	12	-	23	28	-	-	21	-	29
- Fuertemente endeudados	1,410	6,4	0,1	1,5	10	10	-	22	18	-	-	17	-	57	-
Brasil	1,640	8,8	1,3	2,9	11	9	12	25	16	23	8	14	10	73	75
Asia oriental	540	7,2	-	8,5	-	-	10	-	-	31	-	-	23	-	46
África subsahariana	400	5,3	- 0,7	0,8	11	12	15	16	13	15	24	21	23	25	28
Países petroleros ricos	9,800	7,5	2,2	- 1,3	15	31	22	19	29	25	61	47	63	73	83
OCDE	11,810	3,7	2,3	2,9	15	17	17	23	21	22	12	18	20	75	77

Datos Informes del Banco Mundial, 1987 y 1990

NOTAS: **Países pobres:** la mayoría de los países africanos, Caribe, algunos países asiáticos. **Países intermedios:** la mayoría de los países árabes, de América Latina, Asia oriental y sudoriental, algunos países africanos, petroleros ricos excluidos. **Exportadores industriales:** grupo mixto Asia oriental, sudoriental y América Latina. **Fuertemente endeudados:** grupo mixto, dominante América Latina y países petroleros. Asia oriental: Corea, Taiwan, Hong Kong y Singapur. **África subsahariana:** Sudáfrica excluida. **Países petroleros ricos:** Arabia Saudí, Kuwait, Emiratos, Libia

Cuadro II

Comercio mundial 1988

EXPORTACIONES	MILES DE MILLONES DE DÓLARES
OCDE	2,024
China	48
India	15
Demás países pobres	45
aíses de renta intermedia	341
Países petroleros ricos	154
TOTAL	**2,627**

o también:

África Subsahariana	29
Asia Oriental	174
Asia meridional	22
América Latina	101
Europa, Oriente Próximo, Norte de África	103
Japón	264
Estados Unidos	315
(Fuertemente endeudados)	(128)

(Informe Banco Mundial 1990, cuadro 14)

Cuadro III

Exportaciones de productos manufacturados 1985

EXPORTACIONES	MILES DE MILLONES DE DÓLARES
OCDE	949,0
China	13,4
India	5,9
Demás países pobres	3,4
Países de renta intermadia	134,4

o también:

	Exportaciones manufacturadas totales(miles de millones de dólares)	Porcentaje hacia los países del Tercer Mundo %
Estados Unidos	160	35
Japón	170	36
Alemania	160	18
Francia	72	19
Gran Bretaña	70	17
Italia	68	14

Exportadores de productos manufacturados del Tercer Mundo:	Miles de Millones de Dólares
Corea, Hong Kong, Singapur	68,5
Indonesia, Filipinas, Tailandia, Malasia	11,9
Brasil, México, Argentina	17,4
Yugoslavia, Polonia, Hungría	21,7
Sudáfrica	4,1
Turquía	3,9
Países Árabes	3,6
China	13,4
India	5,9

(Informe Banco Mundial 1987, cuadro 14)

Cuadro IV

Deuda externa 1988

(en miles de millones de dólares)

%	Deuda exterior pendiente en 1988	Servicio deuda / exportaciones
China	32	6,9
India	49	21,8
Demás países pobres	167	25,3
Países de renta intermedia	663	21,6

o también

%	Deuda exterior pendiente en 1988	Servicio deuda / exportaciones
África Subsahariana	112	16,5
Asia Oriental	150	13,3
América Latina y Caribe	335	28,1
(Fuertemente endeudados)	406	26,2

o también (más de 20,000 millones de dólares)

%	Deuda exterior pendiente en 1988	Servicio deuda / exportaciones
Brasil	90	35,9
México	81	30,3
Argentina	48	32,6
Egipto	42	13,9
Indonesia	41	34,1
Polonia	34	10,0
Turquía	31	34,1
Nigeria	29	24,2
Venezuela	25	9,2
Argelia	23	77,0
Filipinas	23	25,6
Corea	21	9,1

Informe Banco Mundial 1990, cuadro 24

CAPÍTULO III

LA CRISIS DEL SOCIALISMO

El colapso de los regímenes comunistas en Europa a partir del otoño de 1989 constituye un verdadero hito en la historia. Aunque imprevisible por su rapidez, este colapso estaba latente desde el XX Congreso (1956). En realidad, esta aparente aceleración de la reconstrucción de un sistema mundial unificado había sido precedida por el desmantelamiento de los esbozos de un desarrollo autónomo en el Tercer Mundo, que había ido viento en popa desde 1955 hasta 1975. Por otra parte, a partir de fines de la década de los setenta, la ofensiva de la derecha ultraliberal se había impuesto hasta tal punto que las fuerzas socialdemócratas, predominantes en la izquierda occidental, creyeron necesario adscribirse a sus propuestas. La ideología liberal triunfante proclama el fin del socialismo.

En estas condiciones, para debatir hoy sobre el socialismo es necesario volver a partir de los fundamentos —las tesis del liberalismo burgués y la crítica que el socialismo ha hecho de ellas (y sus insuficiencias)— a fin de examinar a la luz de éstos los problemas de las diferentes regiones del mundo (Oeste, Este, Sur) y, sobre estas bases, definir los problemas comunes de la humanidad y las estrategias globales capaces de darles una respuesta progresista.

Los fundamentos de la tesis liberal y de su crítica socialista

1. La tesis liberal de moda descansa en tres postulados.

Primer postulado liberal: el "mercado" expresaría una racionalidad económica en sí misma, que se sitúa fuera de cualquier contexto social específico. Este postulado erróneo no es otra cosa que la expresión de la enajenación economicista, que constituye lo esencial del contenido de la legitimación ideológica del capitalismo. En realidad, el "mercado" no determina las relaciones sociales; por lo contrario, el marco definido por éstas determina las condiciones de funcionamiento del mercado. En la óptica economicista enajenada, las leyes económicas son concebidas como el equivalente de las leyes de la naturaleza, que se imponen como fuerzas externas a cualquier intervención humana, cuando la economía es el producto de comportamientos sociales determinados. No hay racionalidad económica en sí misma, sino sólo la expresión de las exigencias de un sistema social en el terreno de la gestión económica. Este sistema social no es racional, desde un punto de vista

humanista, si no es satisfactorio para los seres humanos que son sus víctimas: el paro, la polarización en el desarrollo mundial, el despilfarro ecológico son las manifestaciones de la irracionalidad de este sistema: el capitalismo realmente existente. Ahora bien, estos fenómenos negativos son, aunque parezca imposible, producidos necesariamente por el "mercado": la racionalidad del mercado reproduce las irracionalidades del sistema social.

Segundo postulado liberal: la identidad reversible capitalismo = democracia, democracia = capitalismo. Esta es una verdadera superchería.

La corriente de pensamiento dominante en nuestra época, ampliamente influida por el evolucionismo y el pragmatismo anglosajones, empobrece el debate al concebir la democracia como un conjunto de derechos y de prácticas precisos y limitados, independientes de la perspectiva social deseada. Esta democracia cumple entonces una función estabilizadora en la sociedad, dejando la "evolución" al cuidado de las "fuerzas objetivas" controladas, en última instancia, por la ciencia y la tecnología, que actúan a espaldas de la voluntad de los seres humanos, empequeñeciendo el papel y las funciones de los procesos revolucionarios en la historia.

El pensamiento socialista se sitúa en las antípodas de este modo de razonamiento. El análisis de la enajenación economicista hecho por Marx, central para cualquier comprensión científica y realista del mecanismo de la reproducción capitalista, conduce a rehabilitar la función decisiva de las revoluciones: momentos de transformación cualitativa y de cristalización de potencialidades imposibles de concebir sin ellas. En cada una de las tres grandes revoluciones del mundo moderno (la francesa, la rusa y la china), en los momentos de su radicalización, el movimiento de las ideas y de las fuerzas sociales llegó a proyectarse mucho más allá de las exigencias de la transformación social "histórica y objetivamente necesaria". Es así como la democracia jacobina rebasó las exigencias del simple establecimiento de un "poder burgués". Aunque funcionaba en un marco definido por la propiedad privada, su preocupación por establecer un poder realmente al servicio del "pueblo" entró en conflicto con la exigencia burguesa lisa y llana. En este estadio de desarrollo de la sociedad, la burguesía casi no aspiraba más que a una democracia censual, tal como ha sido practicada, por lo demás, en el siglo XIX. Por otro lado, la burguesía estaba dispuesta al compromiso con la monarquía y la aristocracia. Las aspiraciones del "pueblo" —es decir, la multitud de los campesinos y de los artesanos— iban mucho más allá. A este pueblo no le preocupaba la "libertad de comercio y de empresa". Hasta tal punto que, durante la Convención, descubrirá esta consigna asombrosamente moderna: ¡"el liberalismo (económico, se entiende) es enemigo de la democracia"! Esta proyección hacia adelante esbozaba, por lo demás, una conciencia socialista todavía por nacer (el babeuvismo es prueba de ello). De la misma manera, la URSS de la década de los veinte y la China maoísta se proyectaron en una visión comunista mucho más allá de las exigencias de la reforma "nacional popular" que estaba en el orden del día. Ciertamente, estos momentos de radicalización resultan frágiles por eso mismo; y conceptualizaciones más limitadas, pero en consonancia con las exigencias "objetivas", acaban prevaleciendo. Pero se cometería un grave error

en subestimar su importancia, por la indicación que dan del sentido del movimiento necesario futuro.

La democracia burguesa es el producto de la revolución que ha destronado la dominación de la “metafísica tributaria” (1). Sobre esta base establece el “derecho igual” y las libertades personales, pero no “la igualdad” (salvo de derecho). Mucho más tarde, en la segunda mitad del siglo XIX solamente, el movimiento obrero impone la democracia política no censual y arranca derechos sociales, pero en los límites de un compromiso fundado en la aceptación de la gestión capitalista de la economía, compromiso a su vez hecho posible por la polarización mundial en beneficio de los centros industriales. Por esta razón, la democracia occidental está limitada al campo de lo político, mientras que la gestión económica sigue estando fundada en los principios no democráticos de la propiedad privada y de la competencia. En otras palabras, el modo de producción capitalista por sí mismo no exige la democracia, aun cuando la opresión que lo define se haya vuelto insensible por la enajenación economicista en la que está bañada toda la sociedad. En cambio, el proyecto socialista de sociedad sin clases, liberado de la enajenación economicista, implica estructuralmente la democracia. Una vez roto el resorte de la competencia de los capitalistas, las relaciones sociales basadas en la cooperación de los trabajadores, y ya no en su sometimiento, son impensables sin la expresión acabada de la democracia.

Si lo que se denomina los países del Tercer Mundo casi nunca han conocido un funcionamiento verdaderamente democrático de su vida política, eso no es herencia de su “cultura tradicional”. Lo que yo denomino “el capitalismo realmente existente”, es decir, el capitalismo como sistema mundial y no como modo de producción considerado en el grado más elevado de la abstracción, ha sido siempre hasta hoy generador de una polarización a escala mundial (el contraste “centros/periferias”). Esta dimensión ha sido siempre subestimada, desgraciadamente, por el pensamiento socialista, en todas sus corrientes, incluida la marxista. Ahora bien, la polarización internacional inherente a esta expansión genera, a su vez, una polarización social interna, cuyas manifestaciones son múltiples: desigualdad creciente en la distribución de la renta, desempleo masivo y marginación, etc. Al considerar el sistema mundial como la unidad dominante del análisis se capta la verdadera dimensión de este hecho social, cuyo alcance es decisivo para la comprensión de lo que se ventila en las luchas, a saber, que lo esencial del ejército de reserva del capital está situado en las periferias del sistema.

Por esta razón, la inestabilidad constituye la regla en la vida política de las periferias. Sobre un fondo de dictadura violenta (militar o no, según los casos), ampliamente sometida a las exigencias de la expansión mundial del capital, se destacan de vez en cuando explosiones que ponen en tela de juicio estas dictaduras. Sin embargo, muy pocas veces conducen estas explosiones a una democracia política, aun cuando fuera relativa. El modelo más corriente es, en efecto, el de la respuesta “populista”. Por eso se entiende la respuesta de los regímenes que combaten realmente ciertos aspectos al menos del problema social y preconizan una estrategia de desarrollo capaz de atenuar las trágicas consecuencias de la periferización.

En las regiones de la periferia más miserablemente tratadas por la expansión capitalista, la situación es todavía más desesperante. Pues la historia de la expansión capitalista no es sólo la del “desarrollo” que ha ocasionado. Es también la de las salvajes destrucciones sobre las que se ha construido. En el capitalismo hay un aspecto destructivo que la mayoría de las veces es borrado de la imagen elogiosa de este sistema. Aquí, el tipo de poder “normal” es el que han representado los Tontons Macoutes en Haití, Somoza en Nicaragua y un número impresionante de dictaduras de la misma calaña en el África contemporánea.

Tercer postulado liberal: la apertura total al sistema mundial constituiría una necesidad “ineludible”, la condición *sine qua non* de cualquier “desarrollo”. La hipótesis teórica subyacente es que el “desarrollo” depende, en lo esencial, de condicionamientos internos propios de cada sociedad, siendo su integración en la economía mundial un factor potencialmente favorable (si se sabe sacar partido de las posibilidades que ofrece). Esta tesis no sólo es desmentida por la historia de los cinco siglos de expansión capitalista, que es la de una polarización reproducida y ahondada sin cesar, hasta hoy y en todo el futuro visible, sino también no tiene un fundamento científico. Pues el “mercado mundial” de que se trata es un mercado truncado, limitado a las mercancías y al capital, mientras que —a pesar de las migraciones internacionales— nunca se ha hablado de un “mercado mundial del trabajo” (y no se hablará de ello en el futuro visible). Ahora bien, la propia economía liberal demuestra que la movilidad de un solo factor de la producción (el capital), mientras que los otros dos factores (el trabajo y la naturaleza) siguen siendo prisioneros de la geografía natural y política, no permite homogeneizar los niveles de productividad y las condiciones sociales.

La ley del valor mundializada, que actúa en estas condiciones, no puede sino producir y reproducir la polarización (el contraste centros/periferias). En este sentido, el “factor externo” (la integración en el sistema mundial) es por naturaleza desfavorable e incluso cada vez más desfavorable. He formulado esta tesis recurriendo a una evidencia intuitiva: a Alemania le han bastado con algunos decenios en el siglo XIX para “alcanzar” a Inglaterra; ¿cuánto tiempo le hará falta a Brasil para “alcanzar” a Estados Unidos?

Sin duda, las formas y el contenido de la polarización han evolucionado con el tiempo. Desde la revolución industrial hasta la segunda guerra mundial, este contraste se ha fundado en la oposición países industrializados/países no industrializados. La industrialización acelerada en ciertas regiones del Tercer Mundo no pone en tela de juicio, en mi opinión, la polarización, sino sólo sus formas. Los mecanismos de la nueva polarización se fundan en la dominación financiera (las nuevas formas del capital financiero mundializado), tecnológica (en relación con la nueva revolución científica y tecnológica), cultural (con la intensificación del poderío de los medios de comunicación) y militar. En esta perspectiva, los “nuevos países industrializados” no constituyen “semiperiferias” en vías de cristalizarse en nuevos centros, sino las verdaderas periferias de mañana.

En cambio, los países llamados del “Cuarto Mundo” ya no constituyen verdaderas

periferias, sino son de la clase de esas regiones destruidas por la expansión capitalista en sus formas anteriores. Pues el estado lamentable del "Cuarto Mundo" no es el producto de una negativa de insertarse en la división internacional del trabajo y de un "fracaso" de una tentativa de **desconexión** que se habría intentado. En realidad, este "Cuarto Mundo" del que se habla como de una novedad es un producto permanente de la expansión capitalista. Un buen y triste ejemplo de este antiguo Cuarto Mundo lo suministran las regiones de la explotación esclavista en la América del período mercantilista: el Nordeste brasileño, las Antillas (Haití, entre otros). Estas regiones fueron consideradas como "prósperas" en esa época y constituían el corazón de la periferia correspondiente al sistema de la época. Más tarde, las nuevas estructuras del desarrollo capitalista marginaron la importancia relativa de estas regiones, que hoy figuran entre las más trágicamente miserables del Tercer Mundo. Hoy en día ¿no están ya en vías de excluir a África de la división mundial del trabajo tanto el sistema que ha confinado a este continente en la especialización agrominera con la explotación extensiva de sus suelos hasta el agotamiento, como la revolución tecnológica que economiza ciertas materias primas? Al sufrir pasivamente una **desconexión** que las rechaza, las sociedades del Cuarto Mundo, por definición misma, no pueden hallar respuesta a sus problemas con las solas virtudes de la apertura. La recolonización, suavizada con la caridad, ¿no pretende aquí encubrir el seguro fracaso de la solución neoliberal?

Desde el punto de vista del interés de los diferentes pueblos del planeta, la unificación del sistema mundial teniendo como base unilateral el mercado no es, pues, deseable. Tampoco es el resultado más probable de las evoluciones actuales, por lo agudos que son los conflictos que acarreará fatalmente el sometimiento al criterio unilateral del "mercado", que actúa en un espacio mundial "darwiniano". El discurso ideológico de Occidente, que ha hecho esta opción estratégica, intenta ocultar la agudeza de estos conflictos.

2. Los valores del socialismo encuentran su fundamento científico (y no simplemente moral) en el rechazo de los tres errores del pensamiento burgués arriba analizados. Todas las corrientes del pensamiento socialista se han dedicado a superar la filosofía de la Ilustración, que se proponía descubrir la manera de establecer una sociedad "racional" de vocación eterna. El socialismo procede, pues, del análisis de los límites históricos de la "racionalidad" aludida, en realidad, del capitalismo. Al hacerlo, el socialismo define un proyecto de sociedad cualitativamente más avanzada, que va en el sentido de un mejor dominio de los seres humanos sobre su devenir social. También aquí, por lo tanto, la tesis marxista de la enajenación vuelve a encontrar su lugar central: el proyecto de sociedad de que se trata implica la liberación de la enajenación economicista propia de la ideología burguesa. Este proyecto no puede ser definido por anticipado de una manera más precisa. Pues si se puede precisar lo que es necesario "abolir" (como la propiedad privada de los medios de producción, evidentemente), no podemos describir por anticipado —desde fuera de cualquier praxis social— los lineamentos de los nuevos métodos de la gestión social. Intentar hacerlo sería, por lo demás, ir en sentido contrario del método mismo del

proyecto socialista de liberación, que implica que la responsabilidad de la construcción del futuro sólo incumbe a las sucesivas generaciones que harán esa historia.

Con todo, nunca se insistirá demasiado, en mi opinión, en el hecho de que la crítica socialista de los postulados burgueses ha menospreciado la importancia de la polarización producida por la expansión mundial del capitalismo realmente existente. Al compartir el optimismo burgués según el cual la mundialización capitalista homogeneiza las condiciones humanas a escala planetaria, preveía un paso rápido, no al "socialismo", sino a la sociedad universal sin clases (el comunismo) a través de una rápida "transición socialista". No reprocho al movimiento socialista occidental de haber cometido este error, producto natural de las condiciones ambientales; dirigo el reproche a nosotros mismos: socialistas de la periferia, a quienes incumbe siempre la tarea de salir de estos atolladeros eurocéntricos. Pero hay que saber que los comunistas rusos, y detrás de ellos los de China y del Tercer Mundo, comparten las insuficiencias de esta herencia. Lo esencial de las actuales confusiones viene de ahí, en mi opinión. No abriré aquí el debate sobre el carácter supuestamente "utópico" del objetivo final. Soy de los que piensan que la adhesión a los valores humanistas exige la acción en esta dirección. Sólo diré que no concibo la sociedad universal sin clases como un "paraíso encontrado" o un modelo "acabado" y todavía menos como un modelo ya "construido" aquí o allí. Como tampoco el capitalismo, esta sociedad no es el "fin de la historia". Por lo tanto, concibo que la lucha por los valores que ella representa seguirá siendo una lucha que no tiene fin. El progreso en esta dirección seguirá siendo siempre relativo, como en el conocimiento científico.

El colapso de los regímenes del Este europeo: ¿fin del socialismo?

Con todo es verdad que, evidentemente, estamos frente al hecho de que las sociedades llamadas socialistas de los países del Este habían abolido la propiedad privada y habían establecido sistemas de gestión económica y política autocalificadas de socialistas. Ahora bien, estos sistemas están en vías de descomposición. ¿Debe inferirse de ello que el proyecto socialista mismo es utópico?

Si se quiere abrir un debate fecundo sobre estas experiencias nos es necesario volver a la cuestión del carácter de las revoluciones llamadas "socialistas" y de las percepciones de los límites históricos del capitalismo de las que han provenido. Ahora bien, aquí son posibles dos actitudes. O se concentra la mirada en lo que define al capitalismo en su nivel de abstracción más elevado —es decir, la contradicción capital/trabajo— y se definen los límites históricos de la sociedad capitalista a partir de los que impone el economicismo que la caracteriza; esta óptica inspira fatalmente una percepción "etapista" de la evolución necesaria: las sociedades capitalistas atrasadas (periferias) tienen que "alcanzar" al modelo avanzado antes de estar a su vez enfrentadas con los desafíos de una posible (o incluso tal vez necesaria) superación de los límites de este último. O bien se da más importancia en el análisis a lo que nos

proponemos llamar "el capitalismo realmente existente", entendiendo por eso un sistema que, en su expansión mundial real, ha generado una polarización centros/periferias que no puede ser superada en el marco del capitalismo mismo. Como ya lo he dicho, el socialismo en todas sus corrientes ha subestimado esta dimensión del capitalismo.

Ahora bien, la puesta en tela de juicio del orden capitalista a partir de las rebeliones de su periferia obliga a repensar seriamente la cuestión de la "transición socialista" hacia la abolición de las clases. Cualesquiera que sean los matices que se hagan, la tradición marxista ha seguido estando limitada por la visión teórica inicial de revoluciones obreras que, a partir de fuerzas productivas avanzadas, inauguran una transición relativamente rápida, caracterizada por un poder democrático de las masas populares que es, teóricamente, más democrático que el más democrático de los Estados burgueses. En cambio, yo digo que el carácter profundamente desigual inmanente a la expansión capitalista ha puesto en el orden del día de la historia la revolución de los **pueblos** de la periferia. Esta revolución es **anticapitalista** en el sentido de que se subleva contra el desarrollo capitalista realmente existente, insoportable para estos pueblos. Dicho de otro modo, las contradicciones más violentas que la acumulación capitalista trae consigo en su propio movimiento real actúan en la periferia del sistema antes que en sus centros. Pero esta revolución anticapitalista no por ello es simplemente socialista. Tiene, por las circunstancias, un carácter complejo.

Las sociedades poscapitalistas se enfrentan con la exigencia de un desarrollo sustancial de las fuerzas productivas. En efecto, es ilusorio pensar fundar "otro desarrollo" en la indigencia, aun cuando se rechacen los modelos de vida y de consumo producidos por el capitalismo en sus centros avanzados y se evalúe su despilfarro real y su inhumanidad. Reconocer esta necesidad no es aceptar la tesis según la cual sería inevitable el paso previo por una fase de acumulación capitalista. Pues la revolución burguesa no es, en su naturaleza profunda, el producto de un movimiento de las masas populares organizadas y dirigidas por partidos políticos abiertamente anticapitalistas en su ideología y visión del futuro. Aceptada por la burguesía local, aquí la expansión capitalista —que implica un desarrollo abierto al sistema mundial— es impugnada por las masas populares a las que aplasta.

La expresión de esta contradicción específica y nueva, que no había sido imaginada en la perspectiva clásica de la transición socialista, tal como Marx la había concebido, da a los regímenes poscapitalistas su contenido real, el de una **construcción nacional y popular**, en la cual se combinan conflictivamente aspiraciones y logros de carácter socialista y aspiraciones de carácter capitalista que las exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas reclaman en algunos de sus aspectos.

Esta contradicción, inherente a la larga transición impuesta por el desarrollo desigual del capitalismo, ha sido manejada de una manera que, sin duda, se puede definir por sus tres componentes fundamentales: la planificación burocrática (que niega cualquier papel al mercado), el monopolio político antidemocrático de la clase-partido-Estado dirigente y una **desconexión** total con relación al sistema mundial que llega prácticamente hasta

la autarquía (habiendo sido ésta, por lo demás, impuesta por el bloqueo occidental antes que deseada por los regímenes del Este). Que esta construcción llamada socialista haya funcionado con un sistema político no democrático y una planificación burocrática constituye, desde luego, una realidad importante, cuya compleja explicación tiene que implicar, además de a las determinaciones históricas sociales y culturales, a los efectos de la ideología del movimiento socialista, la cual ha producido la **intelligentsia** revolucionaria de estos países (el leninismo, el maoísmo). Sin embargo, no sólo la hegemonía nacional popular podría —a mi modo de ver— funcionar de otra manera, dejando sitio a la democracia política y a los mecanismos del "mercado" (el cual, no más aquí que en las economías capitalistas, no existe fuera de la base social que determina sus contornos), sino también afirmo que la progresión de esta hegemonía nacional popular exige que se vaya en este sentido.

En estas condiciones, la amplitud de la crisis de las sociedades del Este casi no nos ha sorprendido, aunque sí, como a todos, su carácter repentino. Hoy, estas sociedades se enfrentan con una triple opción, que resumo brevemente en los tres apartados siguientes:

— ¿evolución en el sentido de una democracia burguesa o progreso más allá de ésta por medio del afianzamiento del poder social de los trabajadores en la gestión de la economía?

— ¿establecimiento de una "economía de mercado" pura y simple o progreso de fórmulas eficaces que permitan enmarcar una utilización limitada de los mecanismos del mercado por medio de una planificación democrática?

— ¿apertura exterior total y sin control o control de las relaciones con el mundo capitalista circundante, aunque fuese teniendo como base una intensificación de los intercambios?

La confusión tanto en el debate teórico como en los enfrentamientos políticos que agitan a los países del Este proviene en parte del hecho de que la verdadera naturaleza —"nacional popular"— de la etapa histórica abierta por las revoluciones que han inaugurado la historia de los regímenes de que se trata sigue siendo ocultada por la herencia ideológica que las califica de "socialistas". Pero sobre todo proviene del hecho de que las fuerzas conflictivas del capitalismo y del socialismo se enfrentan aquí en la realidad de las luchas aludidas. Las fuerzas que aspiran "restablecer el capitalismo" preconizan por eso mismo la adopción unilateral del "mercado" (trampolín a partir del cual se restablecería la propiedad privada) y de la "apertura exterior", con o sin democracia (entendida entonces en el sentido occidental del término), según las exigencias tácticas de la aplicación de este proyecto. Si las fuerzas socialistas vacilan en su resistencia a este proyecto, y si les es difícil articular un contraproyecto coherente (conforme a las líneas anteriormente bosquejadas), es ciertamente porque la falta de debate democrático y la ilusión ideológica antes señalada constituyen obstáculos mayores para su acción. Agrego que la ofensiva ideológica de Occidente, orquestada por potentes medios de comunicación, está por

completo al servicio de las fuerzas procapitalistas, aun cuando fuesen antidemocráticas.

La respuesta a las tres preguntas arriba planteadas provendrá de una intensa lucha de clases internas (ya en marcha, aun cuando en forma silenciosa). Ahora existe en los países del Este una fuerte minoría (¿20 por ciento?) que podría beneficiarse con una restauración capitalista. Pero ésta no podrá llegar hasta el nivel de vida occidental, que funda sus aspiraciones, más que aplastando a las clases populares, debido a la insuficiencia de los niveles de desarrollo y de competitividad internacional logrados por los países socialistas.

Los pueblos de los diferentes países del Este se lanzan a esta lucha desigualmente armados. Intuitivamente, uno puede captar las razones por las cuales los pueblos que han hecho una revolución nacional popular llamada socialista (URSS, China, Yugoslavia, etc.) disponen de un bagaje ideológico que tal vez les permita imponer desenlaces progresistas a sus luchas. En cambio, aquéllos de Europa Oriental que no tienen un bagaje histórico comparable corren peligro de dejarse embriagar por la atracción de su anexión a Europa Occidental.

En la actual crisis, tanto la reivindicación democrática como la referente a la utilización del "mercado" y la apertura exterior siguen siendo ambiguas, porque reagrupan tanto a quienes quieren utilizarlas como pedestal para avanzar hacia el capitalismo, como a quienes aspiran dar un contenido social progresista a la gestión política y económica de su sociedad, realizando así un auténtico progreso socialista. Es interesante observar con este fin que las encuestas sociológicas llevadas a cabo en la URSS muestran que las clases privilegiadas optan más por la fórmula "democracia pluralista (a la occidental) y mercado abierto al exterior", mientras que las clases populares siguen estando ligadas a los logros del "socialismo" (el empleo garantizado, los servicios sociales, la independencia nacional y la propiedad pública) y, por consiguiente, a fórmulas de "planificación", sin dejar de optar por la democratización del sistema político. El poder de Gorbachov hace malabarismos aparentemente con estas dos corrientes antinómicas, aliadas sólo frente a los "conservadores" (quienes no habrían deseado "ningún cambio"). Divergencias análogas se observan en Yugoslavia.

¿Están los países del Este europeo y la URSS irremediablemente condenados a ser "tercermundizados" por su sometimiento a las exigencias de una transnacionalización sin concesiones? ¿O bien, como pretende la ideología liberal, el capitalismo los sacará del callejón sin salida del "socialismo" y les permitirá un rápido desarrollo a semejanza de los países de Europa Occidental?

Estando las cosas como están, los países de Europa Oriental difícilmente evitarán la catástrofe que significará para sus clases trabajadoras la inserción en el sistema capitalista tal cual es. Las estructuras nacionales integradas, establecidas durante los últimos cuarenta años, ya están en vías de desmantelamiento en provecho de la expansión del capitalismo extranjero (alemán, en primer lugar, pero también europeo,

japonés y estadounidense). La nueva burguesía local tendrá su sitio en ello, pero pagará sus ventajas económicas con un sometimiento **comprador**. Podrá, aquí o allí, encontrar apoyos sociales en ciertas clases o capas intermedias nuevas —campesinos ricos o pequeños empresarios—, como ocurre en el Tercer Mundo. Las clases populares habrán de pagar estos “ajustes” con una dramática reducción de su nivel de vida, no por un “corto período transitorio”, como les hacen creer sus nuevos dirigentes, sino en forma permanente. Pues es completamente obvio que, para un experto del Banco Mundial, por ejemplo, el problema de Polonia o de Hungría es simple: hay que reducir los salarios (sin comparación posible con las productividades) en el 50 por ciento y tolerar un volumen de desempleo del orden del 20 por ciento de la fuerza de trabajo. ¿Cómo reaccionarán las clases populares a estas evoluciones inevitables? Es difícil decirlo. Pero se puede temer que estos pueblos sin pasado revolucionario (los “logros sociales” no habían sido conquistados, sino otorgados de manera paternalista por los PC instalados por Moscú), que han sido engañados fácilmente (¡se han movilizado por un aumento del nivel de vida!), se metan en reacciones involutivas: un régimen autoritario (tipo Pilsudski, asentado en la Iglesia católica) se perfila ya en Polonia para imponer la disciplina del capitalismo; ya funcionan nacionalismos de segunda clase (que no ponen en tela de juicio la dominación occidental), base de dictaduras “populistas” como las que estos países han conocido en las décadas de los veinte a los cuarenta.

Las cosas son más complejas en lo relativo a la URSS. La naturaleza de los actuales conflictos sociales y la percepción de lo que está en juego, el papel de este país como superpotencia militar, la agudeza de los problemas nacionales se articulan de un modo que resiste incluso a los análisis mejor informados. Con todo, se puede pensar, casi intuitivamente, que la URSS (si consigue renovarse) o, en su defecto, el conjunto ruso (si la Unión se fragmenta) podría hacer un sutil juego combinando una reforma política democrática, una mejor gestión económica, una mayor inserción en la economía mundial y, al mismo tiempo, el mantenimiento —y, por lo tanto, a corto plazo, el afianzamiento— de su estructuración autocentrada. El carácter social de este compromiso positivo entre las exigencias de la transnacionalización y las de la construcción interna estructurada y autónoma se asemejaría a lo que he denominado “alianza social nacional y popular” (que la revolución de 1917 produjo, pero se perdió en la confusión ulterior de la ideología llamada de la “construcción socialista”). Incluso en esta hipótesis optimista, la historia no se detendría ahí; semejante sistema necesariamente evolucionaría ulteriormente sea hacia una gran cristalización capitalista desarrollada (un nuevo polo), sea hacia la prosecución de una evolución progresista por su contenido social.

Sin embargo, claro está, esta hipótesis optimista está lejos de ser la única posible. Pues, en todo caso, la evolución del país no se perfilará claramente más que después que haya salido del caos actual. Este caos, que amenaza con durar, podría tener por resultado un retroceso histórico difícil de recuperar luego. Si las increíbles ilusiones en el “mercado” y “Occidente” hubieran de prevalecer sobre cualquier otra consideración, el riesgo de una “tercermundización” no es de descartar: se habría vuelto a la Rusia de antes de 1914, atrasada y subordinada. En esta caso, la Unión se fragmentaría necesariamente: si los

rusos insisten en su "europeidad", entonces los pueblos del Cáucaso y de Asia central sentirán que ya no tienen su sitio en la Unión.

De manera general uno queda asombrado por la increíble ingenuidad a la que conduce la despolitización impuesta por los regímenes no democráticos de Europa Oriental. Los ataques contra la "**nomenklatura**", lejos de ser la expresión de un rechazo socialista de los privilegios, parecen ignorar que la clase que aspira a constituirse en burguesía será fatalmente constituida por esta misma "**nomenklatura**", que los "privilegios" de que ha gozado son poca cosa en comparación con las desigualdades sociales en las sociedades capitalistas y que precisamente la "**nomenklatura**" aspira ahora a tener acceso a esa condición burguesa aún más confortable.

En efecto, la iniciativa del "cambio" en el Este ha sido tomada desde arriba por la propia clase dirigente. Constituida ella misma a partir del "estatismo" —que ha sido el modo de administrar la contradicción capitalismo/socialismo en la construcción nacional popular—, esta clase desea ahora desembarazarse de las coacciones de la dimensión popular del sistema y opta resueltamente por el capitalismo. La "suspensión voluntaria" del sistema que esta clase está llevando a cabo hasta el punto de sorprender a los comentaristas extranjeros no es extraña: constituye el término lógico de su evolución, que había sido prevista perfectamente por Mao. En su ataque contra su propio sistema, esta clase repite por su cuenta todos los prejuicios trasnochados de la crítica al socialismo de la ideología burguesa, pero se abstiene de decir que el sistema que abandona ha sido completamente eficaz ¡puesto que ha permitido precisamente su propia constitución en burguesía!

A su vez, los problemas de China se plantean en términos particulares. Pues las realizaciones económicas de este país, desde 1950, siguen siendo completamente positivas, como hemos visto más arriba.

Ahora bien, estos resultados no deben ser atribuidos a la política de apertura de Deng y su opción por una doble apertura capitalista, interna y exterior, sin democratización (el modelo al que lógicamente conduce esta opción podría parecerse ¡al de Corea del Sur o Taiwan!), una opción (hay que recordarlo) ¡apoyada con entusiasmo por Occidente!

Con todo, hay que prolongar el análisis haciendo hincapié en la naturaleza de los cambios efectuados después de la muerte de Mao y sobre los problemas futuros que plantean. A este respecto señalaré que, una vez más contrariamente a las afirmaciones de los detractores de moda del maoísmo, el crecimiento económico de los sucesivos períodos maoístas había sido fuerte y mejor equilibrado a largo plazo gracias a un esfuerzo continuo de inversiones colectivas en la irrigación, la repoblación forestal, etc. y mejor equilibrado entre las diferentes regiones de China. Se sabe que la aceleración del crecimiento agrícola posibilitada por la nueva política de Deng ha dado resultados aparentemente brillantes durante la primera mitad de la década de los ochenta, pero sin futuro, al haberse hecho precisamente en detrimento del largo plazo. Del mismo modo, la aceleración de la industrialización se ha concentrado en las regiones costeras. No obstante, por otro lado,

la estrategia maoísta no podía ser continuada indefinidamente y había llegado a su límite a fines de la década de los setenta. Pero las ulteriores opciones de Deng son portadoras de contradicciones de toda clase, cuya solución sigue siendo objeto de conflictos abiertos y latentes. Una de estas contradicciones es la aceleración de la urbanización (aun cuando las cifras del Banco Mundial estén aquí desvirtuadas por un cambio de definición), que sobreviene demasiado pronto.

La impugnación de la línea de Deng por el movimiento democrático resulta ambigua por el hecho de que este movimiento ha reunido, en la confusión, a fuerzas minoritarias, pero bien representadas en las clases acomodadas que aspiran abiertamente a una restauración del capitalismo, y a otras mayoritarias en la opinión popular (algunas de las cuales reivindican el maoísmo), que se sublevan contra los resultados sociales de los procesos capitalistas de la era de Deng Xiaoping, inaceptables para ellas. Los medios de comunicación occidentales, al denominar la represión del movimiento como retorno al "maoísmo", amalgamado con el "stalinismo", no han contribuido, desde luego, a poner las cosas en claro, aunque cumplieron perfectamente su papel en el apoyo a la opción reaccionaria de una "restauración del capitalismo", aun cuando ésta haya de hacerse en definitiva en detrimento de la democratización.

Digan lo que digan los detractores del maoísmo, éste no es una réplica del stalinismo. Al contrario, Mao procuró hacer una crítica de izquierda del pasado soviético, acusando al XX Congreso de preparar la restauración capitalista con su crítica de derecha de este pasado. ¿Le han quitado los hechos la razón a Mao?

El Tercer Mundo, siempre "zona de tempestades"

Hemos visto que transnacionalización en el sentido en que la entienden sus defensores de la corriente dominante (es decir, sin concesiones a la autonomía nacional) significa, de manera segura, pobreza duradera para la mayoría, agravada con frustraciones insoportables. La unificación del mundo por medio del mercado es entonces, fatalmente, portadora de violentas explosiones; el Tercer Mundo, y especialmente las regiones semiperiféricas, sigue siendo la zona de tempestades. En el futuro, por lo demás, la situación objetiva de los países del Este presentará, desde este punto de vista, grandes analogías con la del Tercer Mundo.

Para los países del Tercer y del Cuarto Mundo —verdaderas periferias y sociedades aniquiladas por la expansión capitalista—, si un desarrollo capaz de cubrir las necesidades materiales del conjunto de las capas sociales de la nación resulta ser imposible en el marco del capitalismo, se impone el examen de la opción alternativa de un otro desarrollo, pensado desde fuera del sometimiento a las coacciones globales. Ése es el sentido de la expresión "**desconexión**". La **desconexión** no es una receta, sino una opción de principio: la de **desconectar** los criterios de racionalidad de las opciones económicas internas de aquéllos

que rigen el sistema mundial, es decir, liberarse de la coacción del valor mundializado sustituyéndolo por una ley del valor de alcance nacional y popular. Así pues, si la burguesía es incapaz de **desconectar**, y si sólo una alianza popular puede y tiene que convencerse que ésa es una necesidad ineludible de cualquier proyecto de desarrollo digno de este nombre, la dinámica social ha de llevar a situar este proyecto popular en una perspectiva para la cual no hallamos otro calificativo que el de socialista. Sobreentendiendo que el socialismo de que se trata es todavía un proyecto de sociedad, delante de nosotros, y no una realidad ya construida aquí o allí, a la que no se trataría más que de imitar. La evolución actual de la economía y de la organización política y cultural mundiales no está destinada a atenuar el carácter polarizante que es inmanente al capitalismo realmente existente, sino sólo puede hacer resaltar todavía más los contrastes en los que se expresa. Las políticas de sometimiento a la unificación del mundo por medio del mercado —que para las periferias se llaman "el ajuste" (que califico de unilateral, ¡mientras que se habla de "reestructuraciones" cuando se trata de los centros!)— no pueden "neutralizar" la nueva polarización, y, por lo tanto, no constituyen una alternativa aceptable a la ruptura nacional popular, que se sigue imponiendo, e incluso más que nunca. Pues las burguesías nacionales del Tercer Mundo, que habían recuperado en provecho propio el movimiento de liberación nacional, ya están ampliamente **compradorizadas** por la evolución misma del sistema mundial y, por eso mismo, son incapaces de matizar la nueva mundialización en provecho de su país.

Por eso, el contraste entre la opción "transnacionalización sin concesiones" y la que trata de conservar la autonomía nacional (lo que yo llamo la **desconexión** en las condiciones de nuestra época) es agudo. Sobre esta cuestión no puede haber consenso, como lo hay en Occidente. Aquí, los intereses están en conflicto agudo, mientras que en Occidente este conflicto está embotado. Hay, por lo tanto, dos campos marcados. Las clases dirigentes dicen sí a la transnacionalización, que yo llamo aquí **compradorización**, porque implica un ajuste pasivo, y poca importancia tiene que éste sea un éxito o un fracaso en los términos de los criterios del Banco Mundial. Dicen sí nada menos que porque son las beneficiarias reales de la mundialización, en términos de ingresos y de poderes. Pero las clases populares son las víctimas de esta mundialización, y por eso mismo se rebelarán hasta que consigan imponer la alternativa nacional popular objetivamente necesaria.

Los problemas fundamentales del Tercer Mundo permanecen sin solución dentro de la lógica de la expansión capitalista, al igual que lo estaban los de Rusia en 1917. Por esta razón yo clasifico a las revoluciones del pasado y a las venideras, se califiquen de socialistas o de liberación nacional, en la misma gran familia de los rechazos nacionales populares al capitalismo realmente existente. En esta perspectiva, el Tercer Mundo sigue siendo la zona de tempestades. Sin duda, las clases populares, víctimas del capitalismo realmente existente, están todavía en el momento de confusión que sucede al agotamiento del antiguo movimiento de liberación nacional. Por eso es difícil prever la próxima etapa concreta de la revolución popular ininterrumpida que sigue amenazando a la mundialización con fragmentaciones en las periferias del sistema, que siguen siendo, a corto plazo, la "zona de tempestades".

En lo inmediato, las respuestas de los pueblos del Tercer Mundo parecen tan inadecuadas como en otras latitudes. El renacimiento de las expresiones culturalistas, del que son paladines los movimientos religiosos integristas aquí y allí, es, por sí mismo, un síntoma de la crisis y no la respuesta adecuada a su desafío. ¡La historia avanza más lentamente de lo que uno desearía!

¿Algo nuevo en perspectiva en el Oeste?

En Occidente, la opción en favor de la mundialización domina el escenario y no es impugnada por las clases trabajadoras y las izquierdas oficiales. La razón de ello es simplemente que sus consecuencias no tienen la dimensión dramática que revisten en las periferias. Aquí, cualquiera que sea el matiz adoptado, nada hay de dramático en lo social a escala masiva. Sin duda alguna, una opción particular —como el mercado europeo sin integración social y política— puede "marginar" regiones de la periferia pobre de Europa: desempleo masivo en las Asturias españolas, empeoramiento en Grecia, por ejemplo. Pero Europa puede absorber políticamente estas contrariedades, transformar las orillas mediterráneas en lugares de recreo para los nórdicos y recibir a los nuevos trabajadores inmigrados que abandonan estas regiones.

Con todo, no hay ninguna razón para excluir a Occidente del debate sobre las perspectivas del socialismo. No hay ninguna razón que autorice despreciar la historia del movimiento obrero que ha permitido las realizaciones de la socialdemocracia avanzada, y tampoco razón para ignorar las conquistas democráticas de Occidente. Pero quien no avanza retrocede. Un progreso socialista en Occidente impone que uno se libere de la enajenación economicista y de la idolatría de la democracia pluralista en las condiciones en que es practicada.

La conciencia de la interdependencia ecológica ha irrumpido irreversiblemente en nuestro mundo, sin duda alguna, y hay que felicitarse de ello. Sin embargo, los principios mismos del capitalismo son incapaces de administrar sus coacciones. Pues el "mercado" es un conjunto de mecanismos que funcionan teniendo como base el corto plazo (máximo 15 años), mientras que los efectos ecológicos del desarrollo de las fuerzas productivas (problemas del ozono, del efecto invernadero, etc.) se sitúan en el horizonte secular o incluso más largo. Por eso mismo es rigurosamente imposible evitar la catástrofe sin aceptar el principio de una planificación racional (¡término muy poco de moda!) que quebrante el "mercado". Es absurdo creer poder afrontar el problema con "la interiorización de los costos externos" (que no rebasa la "chapucería"). Uno puede hasta preguntarse si el principio democrático que uno conoce (el sistema electoral) es capaz de permitir la gestión ecológica del planeta. Al descuidar muy a menudo alegar esta contradicción inmanente del sistema, muchos ecologistas alimentan una doble hipocresía fatal. Pues, por una parte, las clases trabajadoras —incluso en el Occidente democrático— no tienen la última palabra en la decisión económica, y, por la otra, los

países del Tercer Mundo tampoco tienen ninguna responsabilidad importante en la degradación del planeta.

Por otro lado, la intensificación de la comunicación que funciona en el marco del capitalismo realmente existente como sistema mundial no constituye un factor de liberación y de democratización, muy al contrario. El observador que no vive permanentemente en la cotidianedad occidental se queda siempre impresionado por el increíble aporreamiento de las mentes por los medios de comunicación dominantes. En cada país, el consenso impone la adopción de actitudes idénticas, desde los liberales y conservadores hasta los socialistas, en todos los grandes problemas. El pluralismo tan alabado como sinónimo de democracia está vaciado de cualquier contenido y, por lo contrario, las divergencias están artificialmente marcadas por los rivales de la clase política en los temas menores y provinciales. En el momento en que se proclama "el fin de las ideologías", nunca Occidente ha estado tan terriblemente sometido a un discurso ideológico tan exclusivo.

Al hacer referencia a las rupturas relevantes de la conciencia social occidental (que representan, entre otros, los temas del feminismo, de la aspiración a espacios "no mercantiles", etc.), he creído, sin embargo, necesario expresar reservas sobre el alcance de estas rupturas, que podrían ser "absorbidas" por un sistema que seguiría siendo fundamentalmente capitalista, e imperialista en sus relaciones con la periferia.

De todos modos, la opción de principio favorable a la mundialización pesa negativamente en Occidente. En estas condiciones, la dimensión geopolítica de los problemas cobra aquí una particular importancia, no en el sentido de que las naciones constituirían los únicos sujetos activos de la historia, sino sólo de que la geopolítica define el marco de las luchas sociales y políticas y da oportunidades más o menos favorables a sus diferentes resultados posibles.

Hasta ahora, por lo demás, la Europa de la CEE ha constituido el marco geopolítico de un ahondamiento de la mundialización aceptado por el conjunto de las opiniones públicas. Se observará, con todo, que en este marco la izquierda europea ha fallado a lo que parece ser su papel: combatir la óptica de derecha prevaleciente (el "mercado común" para el capital) e imponer una Europa social. La adhesión de la socialdemocracia a las tesis del liberalismo consagra este fracaso. La falta de audacia, para repetir la gran expresión de Alain Lipietz, no augura nada bueno para el futuro a medio plazo (2). Este primer reto todavía no había sido aceptado (pero ¿iba a serlo?) cuando ya se perfila una serie de nuevos retos que simplemente ponen en duda la perspectiva de la construcción de la CEE, como he demostrado antes. En estas condiciones, el futuro del socialismo en el Occidente europeo dependerá mucho de la evolución de las nuevas relaciones intereuropeas. Sin duda, la bipolarización ideológica resultante de las revoluciones socialistas desde 1917 será borrada si el capitalismo llegara a ser restaurado en los países del Este. Una evolución de este tipo, que desgraciadamente buena parte de la izquierda occidental desea por anticomunismo, tendría como consecuencia un retroceso duradero de las aspiraciones

socialistas en Europa. Pues de ninguna manera se haría a favor de una expansión de la socialdemocracia, sino, por supuesto, de la derecha. En cambio, un ahondamiento de las evoluciones nacionales populares en los países del Este podría contribuir a un renacimiento de la conciencia socialista en Occidente. Es la hipótesis más favorable para la causa del socialismo, que me parece que es la de la perspectiva de la "casa común europea" propuesta por Gorbachov. Pero esta opción es rechazada por la propia izquierda europea occidental.

En definitiva, el eje central que decidirá el futuro del socialismo en Occidente es el que definen las relaciones Norte-Sur. En ello no hay nada muy nuevo para nosotros, cuya tesis central está construida sobre la conciencia de la dimensión determinante en la historia que constituye la polarización inmanente a la expansión capitalista mundial. La agudeza del conflicto Este-Oeste había ocultado, sin duda, durante cierto tiempo el conflicto, más fundamental, resultante de esta polarización, al igual que antes de 1914 el conflicto interimperialista ocupaba la delantera inmediata del escenario. La atenuación de los conflictos interoccidentales y del contraste Este-Oeste se acompaña, pues, de una renovación de la hostilidad para con los pueblos que son las primeras víctimas de la expansión capitalista: los de Asia, África y América Latina. Muchos signos indican hoy este evolución regresiva: el ascenso de los racismos y de la arrogancia colonial, e incluso, en terrenos más precisos, la "reconversión" de las bases de la OTAN, cuyos cañones están desde ahora dirigidos hacia la orilla sur del Mediterráneo, como nos demuestra ahora a todos la guerra del Golfo.

¿Cómo esperar en estas condiciones rupturas progresistas en Occidente? En el sentido fuerte del término, el progreso social impondría una evolución en la dirección del establecimiento de una hegemonía del mundo salarial, para repetir una vez más la tesis de A. Lipietz, a la que me adhiero plenamente. Desde luego, no estamos metidos en este camino, y la idea misma de que semejante perspectiva sería posible es tan ajena a la socialdemocracia ¡como la del laicismo entre los islamistas! Y aun cuando fuéramos en esta dirección, si la concepción actualmente dominante en las relaciones Norte-Sur no es simultáneamente impugnada, ¿no llegaríamos entonces al verdadero "socialimperialismo"? Esta crítica que el maoísmo había hecho en su época al modelo soviético podría cobrar entonces un vigor redoblado. Pues, en comparación con la tentativa imperialista soviética —moderada por las debilidades intrínsecas del sistema y por la tradición ideológica "internacionalista", mantenida por lo menos retóricamente—, la de un Occidente mucho más "eficaz" y que bebería de otra tradición, eurocéntrica, e incluso racista, sería infinitamente más grave para el futuro de la humanidad. Ahora bien, ¿no hay ya signos que van en este sentido? El elogio que hace Lipietz de la política de los sindicatos alemanes (que, según él, iría en el sentido de esa hegemonía salarial) exige aquí de mi parte reservas formales. Más bien veo en ello, precisamente, el principio de esa evolución "socialimperialista". La retirada alemana del proyecto europeo en beneficio de una expansión hacia el Este, cuyo alcance he analizado, ¿no va directamente en esa dirección?

Socialismo o barbarie

Los límites de una posible nueva mundialización capitalista siguen siendo, pues, completamente inciertos. Su configuración provendrá de conflictos que seguirán su curso necesariamente, a pesar del discurso ideológico del liberalismo. Por lo demás, en la hipótesis absurda de que las fuerzas nacionales y sociales en conflicto aceptaran sacrificar sus intereses vitales divergentes para someterse a la estricta lógica de la "mundialización por medio del mercado", el mundo así reconstruido sería espantoso. Por eso, el futuro sigue estando abierto a diferentes posibilidades y, por lo tanto, nada justifica la abdicación de la idea de luchar para promover un mejor proyecto global; no se trata de un subjetivismo voluntarista, pues las opciones políticas que subyacen a los proyectos de futuro son partes integrantes de la objetividad histórica.

La única estrategia que tendría sentido para las fuerzas progresistas a escala mundial, a partir de la cual podría encontrar un nuevo aliento un internacionalismo de los pueblos de las tres regiones (Oeste, Este y Sur), ha de situarse en la perspectiva de la construcción de un mundo "policéntrico" que articule las diferentes regiones que lo componen de manera flexible y que permita la aplicación de políticas específicas, requeridas por la variedad de niveles de desarrollo y de situaciones objetivas.

Hau que reconocer desde el comienzo que los problemas que tienen que zanjar los pueblos del mundo son diferentes de una región a otra; es, pues, necesario que el sistema mundial sea tal que un espacio de autonomía permita a los pueblos promover sus intereses; hay que conciliar "la interdependencia general" y ese afán legítimo de autonomía; hay que sustituir la lógica del ajuste unilateral de los más débiles a la búsqueda de una expansión en beneficio exclusivo de los más fuertes por la lógica de un ajuste mutuo y recíproco.

El policentrismo significa para los países del Este y del Sur la búsqueda de políticas de desarrollo **desconectadas**, en el sentido que he dado a este concepto (la subordinación de las relaciones externas a las exigencias del progreso interno y no lo inverso, que constituye la esencia del ajuste unilateral por medio del mercado). Esta estrategia se sitúa en la perspectiva de progresos posibles en dirección del socialismo (por la democratización y el fortalecimiento de su contenido nacional popular) y no de una "restauración del capitalismo", en los países del Este, y en la de un rechazo a la **compradorización**, en los países del Sur. También debe permitir progresos progresistas en los países de Occidente, con la apertura de espacios no mercantiles y otras reformas centradas en la socialización de la gestión económica. Para Europa, esta estrategia se sitúa en la perspectiva de un acercamiento Este-Oeste basado en el respeto de la diversidad de situaciones, en las antípodas de la visión agresiva del **"roll back"**.

Por lo que se refiere más particularmente al Tercer Mundo, esta estrategia privilegia el concepto de progreso (en la organización de las fuerzas productivas), aunque fuese en

detrimento de la "competitividad internacional" inmediata. Incluye preferentemente en su orden del día los objetivos de una revolución agrícola asumida en la máxima igualdad (con objeto de reducir los ritmos de una urbanización incontrolable y de tener en cuenta los estrechos límites de la emigración internacional) y de la transformación de las actividades informales explotadas y dependientes en una economía popular de transición. Exige una eficaz combinación plan-mercado, fundamento de una democratización preocupada por tener un contenido social popular. La visión del policentrismo que esta estrategia inspira da a los países y regiones del Tercer Mundo un margen de autonomía que les es negado tanto en el modelo de la unificación mundial exclusivamente por medio del mercado como en el de una regionalización gobernada por los principales polos desarrollados rivales.

Finalmente, para concluir diré que la construcción de un mundo policéntrico que abra perspectivas a nuevos progresos socialistas implica la conciencia de la dimensión cultural universalista del proyecto de futuro. En otra parte he propuesto, a este respecto, la doble crítica al eurocentrismo y a los nacionalismos culturalistas, que constituyen su imagen invertida (3).

El liberalismo, que va viento en popa, se hundirá bajo el peso de las contradicciones que acumula. Pero si los pueblos del Oeste, del Este y del Sur no están preparados para ello, lo peor es algo que hay que temer. La mejor manera de evitar ese peor es mantener viva la tradición socialista. Los términos de la alternativa siguen siendo, más que nunca: socialismo o barbarie.

NOTAS

---

(1) Ver S. Amin: **L'eurocentrisme**, Economica, 1988. [En español: **El eurocentrismo: crítica de una ideología.** México, Siglo XXI, 1989.- Nota del t.].

(2) Alain Lipietz: **Choisir l'audace,** ob. cit.

(3) S. Amin: **L'eurocentrisme,** ob. cit., cap. II.

CAPÍTULO IV

EL DESAFÍO DEMOCRÁTICO

1. Desde hace algunos años se está perfilando en todas las regiones del mundo un movimiento en favor de la democratización de los regímenes políticos, cuya amplitud indica probablemente su carácter irreversible a corto plazo, y del cual, desde luego, hay que felicitarse. En los países del Este, este movimiento ha comenzado a imponerse a los poderes como tal; y éstos tendrán que tenerlo en cuenta y adaptarse a sus exigencias, o desaparecer. En los países capitalistas del Tercer Mundo, la reivindicación democrática no ha adquirido, en general, la misma dimensión popular y, a menudo, sigue estando todavía limitada a las clases medias y a algunos segmentos de la sociedad urbana organizada: los sindicatos, por ejemplo. Pero incluso en esta dimensión restringida, el movimiento señala un salto cualitativo en la penetración de la conciencia democrática. Sin embargo, este movimiento democrático ha aparecido en concomitancia con la ofensiva generalizada en favor de la liberación de las "fuerzas del mercado", acompañada de la rehabilitación de los temas ideológicos de la superioridad absoluta de la propiedad privada, de legitimación de la desigualdad social, del antiestatismo en todas las direcciones, etc. La concomitancia de estos dos movimientos hace de nuestra época un momento de intensa confusión. La opinión dominante, que ahoga sistemáticamente todas las voces que le parecen discordantes, orquestada por una campaña publicitaria sin precedentes, parte de una afirmación simple, unilateral, sin matices, considerada como evidente: la democratización es considerada como el producto necesario y natural de la subordinación a la racionalidad del mercado mundializado.

En este caso, el concepto de democracia preconizado está empobrecido, como ya he dicho, por una visión evolucionista que niega el papel de los procesos revolucionarios en la historia. Las revoluciones, se complacen en decir en las corrientes dominadas por la actual moda, nunca han producido nada bueno: mucha violencia inútil para llegar finalmente a lo que de todas formas se habría llegado dejando actuar solas a las fuerzas (ocultas) de la evolución. La práctica de esta democracia estabilizadora del orden social (fundamentalmente injusto) representaría el "fin de la historia" (!). Se trata de una visión ahistórica, que niega la ruptura cualitativa que ha representado la negación de la dominación de la metafísica tributaria, así como niega el papel del movimiento obrero, que no sólo ha impuesto progresivamente la democracia política no censual, sino también ha arrancado importantes derechos sociales. En Occidente, la eventual construcción de una hegemonía del mundo salarial, que he comentado más antes, significa ciertamente que la lucha por la profundización de la democracia esta lejos de haber terminado. ¡Ni siquiera ha comenzado verdaderamente!

2. Desde nuestro punto de vista, el mundo contemporáneo y la prefiguración de su superación son los productos de las tres grandes (y únicas) revoluciones modernas: la francesa, la rusa y la china. Al igual que Wallerstein, yo atribuyo una importancia cualitativa a la ruptura que la revolución francesa inaugura (1). Pues esta ruptura sustituye la antigua legitimación religiosa propia de lo que he denominado las ideologías tributarias por un sistema de legitimación secular de la acción política y social, y, en este sentido, inaugura ciertamente las evoluciones posteriores, tanto la de la democracia burguesa como la del socialismo. La consigna de la Comuna de París de 1871 ("Ni Dios, ni César, ni burgués") no es una casualidad; se deriva —llevándola más lejos— de la de 1789 ("Libertad, igualdad, fraternidad").

El hincapié hecho en este aspecto ideológico de la Revolución Francesa pone en tela de juicio los conceptos mismos de revolución y de democracia burguesas. La definición de la lucha de clases llamada fundamental enfrenta a explotados y explotadores en un modo de producción dado: aquí, campesinos y feudales; allá, proletarios y capitalistas. La revolución burguesa sería entonces, forzosamente, una revolución campesina, y la revolución socialista sería una revolución obrera. Pero el capitalismo no ha abolido la explotación feudal para sustituirla por una sociedad igualitaria (que era el objetivo de las luchas campesinas); se ha construido a partir de una nueva forma de explotación, cuya posibilidad ni siquiera imaginaban los campesinos en lucha. La nueva sociedad capitalista y la clase burguesa se han constituido en parte al margen o fuera de la sociedad feudal (compuesta por feudales y campesinos), —en las ciudades libres—, y en parte en el seno mismo del campesinado, por nuevas diferenciaciones (campesinos ricos y campesinos sin tierras reducidos a la condición de obreros agrícolas) producidas por la extensión de las relaciones mercantiles, reforzadas a veces por las luchas campesinas. Se sabe que esta nueva sociedad capitalista maduró lentamente en el seno de los "antiguos regímenes", es decir, de sistemas políticos que, en lo esencial, siguieron siendo "feudales". La revolución burguesa está entonces constituida por el momento político que marca la abolición de este "antiguo régimen" y la instauración de un nuevo tipo de organización que garantiza el predominio político de la nueva clase económicamente dominante. La revolución burguesa es entonces no el punto de partida, sino el coronamiento del desarrollo capitalista.

Ahora bien, la coincidencia entre la revolución social campesina y la revolución política burguesa sólo ha existido en un solo caso histórico, el de la Revolución Francesa (por eso mismo, la única revolución verdadera de la etapa burguesa de la historia). Aquí, claro está, la burguesía se vio obligada a aliarse con las masas campesinas en rebelión. Las vicisitudes de esta alianza, sus progresos radicales y sus retrocesos han moldeado las etapas de la revolución misma, así como de las ulteriores evoluciones. En otras partes no ha habido una coincidencia análoga. Ni siquiera en Inglaterra, donde la revolución radical campesino-burguesa de mediados del siglo XVII aborta, quizás porque es más precoz (como lo demuestra su expresión a través de la reinterpretación religiosa; mientras que la Revolución Francesa laiciza la política; la primera viene antes de la Ilustración, la segunda es su heredera), para dar paso a la poco gloriosa "Revolución Gloriosa" (¡que

no lo es!) del final del mismo siglo. Ni siquiera en Norteamérica, donde la liberación del yugo colonial es un acto político, sin alcance social revolucionario, puesto que sólo confirma el poder de la sociedad mercantil constituida como tal en Nueva Inglaterra desde el comienzo (es significativo que la revolución norteamericana ni siquiera plantea la cuestión de la esclavitud). Y, con mayor razón, en Alemania, en Italia y en Japón. La regla general es, pues, que el capitalismo se ha desarrollado sin revolución campesina, incluso cuando hubo luchas campesinas que contribuyeron a este desarrollo o moldearon su curso específico. Pero no sin "revolución agrícola", en el sentido en que se constituye una burguesía agraria a menudo formada por grandes propietarios (ex-"feudales") que expulsaban el excedente de población rural para modernizar una producción en lo sucesivo ampliamente comercializada. En todos estos casos, la burguesía cerca el Estado, se apodera de él y transforma la sociedad por arriba.

Son, pues, las condiciones muy particulares de la Revolución Francesa lo que explica sus progresos más allá del simple ajuste de las relaciones de producción a las exigencias del desarrollo capitalista: su legitimidad secularizada, sus concepciones universalistas, su proclamación de la abolición de la esclavitud, progresos que entreabren la ventana hacia un futuro aún lejano. Sin la Revolución Francesa no se imagina ni el socialismo utópico ni Marx.

Las revoluciones rusa y china también han tenido el mismo alcance grandioso que algunos califican de "mesiánico". Sin razón, a mi juicio, pues el futuro que estas revoluciones conciben sigue siendo una posibilidad realista, una necesidad, si la humanidad quiere evitar la barbarie. Pero está claro que estos progresos, que llevan más lejos aún los progresos concebidos en París en 1793 y en 1871 (pues la expansión capitalista, por una parte, y Marx, por la otra, ocupan el espacio de tiempo que los separa), no son el simple producto de las exigencias objetivas de la transformación social inmediata de actualidad en Rusia en 1917 y en China en 1949.

Digo, pues, que las tres revoluciones de que se trata constituyen los grandes momentos en los cuales se perfila nuestra visión del mundo moderno y de su futuro posible y deseable. Para encontrar en el pasado momentos tan decisivos creo que hay que remontarse de 1.500 a 2.500 años antes, a las épocas de las grandes revoluciones ideológicas en las que se expresó la cristalización de la sociedad tributaria: en esta parte del mundo, en las formas sucesivas del helenismo, el cristianismo y el islam; en otras partes, en las formas del confucianismo y el budismo; las cuales han representado en el terreno de la ideología —instancia dominante en las sociedades precapitalistas— una transformación cualitativa tan gigantesca como la que han aportado en nuestra época las tres revoluciones modernas. No deja de ser interesante observar aquí también que esas revoluciones antiguas fueron llevadas más allá del simple ajuste a las exigencias de la evolución social: al proclamar, por ejemplo, un universalismo cuya necesidad no implicaban las sociedades tributarias, forzosamente regionales [(2)]. En el intervalo apenas hubo cambios de alcance local y menor, provocados simplemente por el constante ajuste de las diferentes esferas de la actividad social a las coacciones de "la evolución".

La visión de la cuestión democrática que se puede desarrollar en el marco de análisis que proponemos aquí es forzosamente muy diferente de la que se deriva de la filosofía evolucionista anglosajona. La democracia es entonces un desestabilizador, el medio por el cual el concepto "adelantado a su época" continúa progresando y haciendo progresar la acción social.

3. La teoría social convencional que nos es propuesta para explicar la ausencia de democracia en el Tercer Mundo es desesperadamente hueca y repetitiva. En sus sucesivas indumentarias, impuestas por las modas que gobiernan la producción intelectual de nuestra época, esas teorías formulan y reformulan el paradigma de la "modernización": las sociedades del Tercer Mundo son "semitradicionales/semimodernas" (en vías de desarrollo y de modernización) y, por eso mismo, conservan, de la tradición, el concepto autocrático del poder, y están destinadas, por las circunstancias, a democratizarse progresivamente a medida que "recuperen" su retraso económico. En este campo, como en los otros, la única vía que se concibe es la capitalista, la cual debe, además, producir la democratización.

Esta tesis, ocultada durante un tiempo por los éxitos del "tercermundismo" de la década de los sesenta entre los occidentales, ha reaparecido últimamente en una formulación weberiana (ver Richard Sandbrook) (3). Weber, como se sabe, distinguía el tipo de poder supuestamente tradicional, calificado de "patrimonial", personalizado y refractario al concepto de derecho, del de la época moderna, "burocrático" y despersonalizado, basado en el concepto de derecho.

Lo cierto es que la tesis de Weber es muy alemana en el sentido de que proyecta abusivamente algunas características destacadas de la historia de este país sobre la historia de toda la humanidad. Porque el poder en las sociedades precapitalistas no era, por regla general, ni personalizado ni desconocedor del derecho. Ese modelo mismo de la sociedad tributaria avanzada que era la China imperial había desarrollado en sumo grado una burocracia mandarina impersonal. En el Egipto faraónico, el faraón Tutmosis III de la XVIII dinastía había escrito a su visir Rejeret: "Lo que (el visir) debe hacer es atenerse a la ley" (4). En el feudalismo europeo de los primeros siglos (desde las invasiones bárbaras hasta los siglos XIII-XIV) uno se aproxima, sin duda, al modelo weberiano en uno de sus aspectos: el de la personalización del poder feudal. Pero, en realidad, la fragmentación del poder, condición de su personalización, refleja simplemente el hecho de que el feudalismo es una variedad periférica del sistema tributario y no la regla general de la "tradición" precapitalista (5). Por eso se verá que el sistema del poder pierde ese carácter personalizado en la Europa mercantilista de las monarquías absolutas. Y que las burocracias monárquicas se asemejan entonces a las de las otras sociedades tributarias avanzadas, como lo han observado, por lo demás, los contemporáneos, sin vacilar (6). Excepto, precisamente, en Alemania, que se queda retrasada en la fase señorial.

Por otro lado, el contenido principal de la ideología tributaria no es el “patrimonialismo”, sino la “dominación metafísica”. Así es en todos los casos, por lo demás, tanto en las formas tributarias avanzadas —como lo demuestran la función del confucianismo en China o la del islam en el Califato— como en las formas feudales periféricas. Salvo que la dominación metafísica funciona aquí a través del poder autónomo de la Iglesia, sustituto de la carencia de Estado. Una vez más, con la evolución que conduce de la Europa feudal a las monarquías absolutas, la fusión Iglesia-Estado se asemejará al modelo tributario general, como lo demuestran la institución de las Iglesias reformadas nacionales o incluso, en países católicos, las tendencias como la que el galicanismo ha representado en Francia.

Además, los sistemas “patrimoniales” de ninguna manera desconocen el derecho. En los sistemas tributarios avanzados existe un derecho estatal que rige toda la vida social, como lo demuestra, por ejemplo, la **charía** en los países islámicos. En los sistemas periféricos feudales, el poder señorial, incluso personalizado, está obligado a respetar los derechos campesinos consuetudinarios.

¿Es el concepto moderno de poder —que Weber y sus émulos definen en contraste con el supuesto concepto “patrimonial”— “burocrático” en su dimensión principal? No, por cierto, pues ese carácter burocrático sólo es la forma de su “modo de operar”. En su contenido esencial, este poder es burgués, producido por el funcionamiento de la democracia burguesa. Una vez más, salvo, precisamente, en Alemania, donde la debilidad de la burguesía conduce a la supervivencia de un poder de tipo “despótico ilustrado” hasta la época más reciente. Aquí también, Marx me parece superior a Weber en sus análisis de esta especificidad alemana. Aquí, de nuevo, Weber extiende abusivamente esta especificidad —que caracteriza a la Alemania guillermina, desde luego, pero no a la Inglaterra parlamentaria o a la Francia de la III República— al conjunto de Occidente.

Los émulos de Weber (R. Sandbrook) han intentado aplicar esta tesis histórica ya muy discutible para dar cuenta de las especificidades del poder en el África negra contemporánea, donde, efectivamente, la personalización y el menosprecio del derecho parecen caracterizar a un gran número de sistemas poscoloniales. Atribuyen, pues, simplemente estos caracteres a la “tradición” africana.

Pero ¿es válida la tesis del “poder patrimonial” para el África precolonial? Ésta presenta, sin duda, ciertas semejanzas con la Europa feudal. Pues el África negra precolonial es pretributaria y está todavía con mucho en la fase que he denominado comunitaria (7); la Europa feudal conserva formas comunitarias de origen bárbaro que, precisamente, dan a su sistema tributario su carácter primitivo y periférico. Esta analogía se expresa, pues, en la importancia de los derechos consuetudinarios en ambos casos y en la ausencia de un derecho burocrático estatal. Con la diferencia, sin embargo, de que el modelo de la Iglesia confirma aquí la dominación metafísica, que define esta fase. En cambio, en África, la ideología del parentesco —propia de la fase comunitaria— domina aún los sistemas de legitimación del poder. Ahora bien, esta ideología da efectivamente la apariencia de

un poder personalizado. Pero lo es mucho menos de lo que parece, al estar obligado a funcionar en el marco de un derecho consuetudinario, que constituye una sólida barrera contra los eventuales extravíos de los “jefes”.

Como se verá más adelante, los poderes contemporáneos en África tienen poco que ver con esta supuesta herencia, degradada desde hace mucho tiempo, sobre todo a través de la trata negrera. Como también se verá, la cuestión del eventual carisma de los líderes no tiene aquí más raíces “tradicionales” que en otras partes. Se trata de un fenómeno moderno, del que volveremos a hablar.

La tesis neoweberiana no es la única forma de expresión del paradigma más amplio de la modernización. Todos se acuerdan del “desarrollismo” latinoamericano de las décadas de los cincuenta y sesenta, que creyó que la industrialización y la modernización de estilo burgués y en el marco de una mayor integración en el sistema mundial traerían consigo por sí mismas una evolución democrática, al ser considerada la “dictadura” como un vestigio de un pasado supuestamente precapitalista. Los hechos han demostrado el error de este razonamiento ingenuo. La industrialización y la modernización en el marco de este proyecto burgués sólo han producido la “modernización de la dictadura” y la sustitución de los viejos sistemas oligárquicos y patriarcales por una violencia fascistizante “eficaz” y “moderna”. No podía ser de otro modo, pues este desarrollo periférico implica la agravación de las desigualdades sociales y no su reducción.

4. La ausencia de democracia en la periferia del sistema capitalista mundial es una constante que no tiene el carácter de un vestigio de las épocas anteriores, sino que es, como ya lo he dicho, el producto necesario de la expansión polarizante del capitalismo realmente existente. Lo esencial del ejército de reserva del capital está localizado geográficamente en las periferias del sistema. Este ejército de reserva está constituido, desde luego, por una masa de parados y semiparados urbanos que es impresionante (un múltiplo del número de parados en Occidente, incluso en épocas de crisis), pero también por amplios segmentos de la masa de los trabajadores no asalariados, destinados, a medida del progreso en estos sectores de actividad, a ser expulsados a su vez de sus tierras o de las actividades urbanas llamadas “informales” que los ocupan. La integración de fracciones de este ejército de reserva en el ejército activo —siempre muy parcial— se produce sea *in situ*, por la “semiindustrialización” que caracteriza a las verdaderas periferia de hoy y de mañana, sea por la migración internacional hacia los centros. Pero esta migración siempre es limitada, entre otras cosas, por las estrategias de empleo de los centros, y no interesa, en el mejor de los casos, más que a una fracción ínfima del ejército de reserva mundial. El “liberalismo”, que nunca ha tenido en perspectiva completar su programa de liberalización de los intercambios y de los flujos de capitales con la apertura ilimitada a las migraciones de trabajadores, sigue siendo, por eso mismo, una superchería truncada.

Como ya lo he dicho, por esto, la inestabilidad constituye la regla en la vida política

de las periferias. Sobre un fondo de dictadura violenta, subordinada a las exigencias de la expansión mundial del capital, se perfilan de vez en cuando explosiones, que impugnan estas dictaduras con lo que he denominado respuestas "populistas", que combaten realmente ciertos aspectos del problema social y preconizan una estrategia de desarrollo capaz de atenuar las trágicas consecuencias de la periferización. En el haber de estos regímenes se debe poner la industrialización (ampliamente estatista), la nacionalización de los sectores dominados por el capital extranjero, las reformas agrarias, esfuerzos —a veces relevantes— en el campo de la educación y de la salud, algunos derechos sociales que protegen más o menos el empleo. Pero estos regímenes también tienen sus límites históricos: por una parte, una vez entrados en conflicto con el imperialismo dominante (muy simplemente porque cualquier política de progreso social en la periferia es incompatible con las exigencias de la expansión mundializada del capital), son incapaces de ir hasta el final de la lógica de este conflicto: la **desconexión**; por otra parte, estos regímenes no son democráticos. Populares, apoyados por las "masas", como se dice, lo han sido a menudo. Pero esta "masa" es mantenida en un estado pasivo amorfo, es "movilizada" para "apoyar", pero no está autorizada a organizarse como una fuerza autónoma con relación al poder. Productos de una situación social bien conocida, expresada en la débil cristalización de las clases sociales, estos regímenes inician la transformación nacional popular sin ser capaces de proseguirla suficientemente. El líder carismático constituye entonces una figura frecuente de los regímenes populistas. Las debilidades intrínsecas del sistema populista, combinadas con la agresión exterior, ocasionan su caída, las más de las veces en provecho del regreso a la dictadura.

Sin embargo, existen intermedios entre las dictaduras y/o los momentos populares populistas, en los que a veces se desliza una "pequeña democracia". Entendamos por ello regímenes que reconocen el principio de la elección, el multipartidismo y cierto grado de libertad de expresión, pero que evitan afrontar los problemas sociales fundamentales y/o poner en tela de juicio las relaciones de dependencia y de sometimiento al sistema mundial. La gama de estas situaciones es bastante amplia como para contener "democracias" sólo de apariencia (cuando el poder se reserva los medios para quedarse, por medio de la falsificación electoral las más de las veces) y regímenes que aceptan mejor el eventual resultado de las urnas.

Estas "democracias" casi no son pues más que la expresión de la crisis del sistema despótico normal del capitalismo. América Latina, Corea, Filipinas y tal vez otros mañana proporcionan ejemplos de las contradicciones no resueltas por estos regímenes. Pues el proyecto de desarrollo de las dictaduras a las que suceden estos regímenes no ha dado los resultados que se proponía obtener: la crisis ha demostrado la vulnerabilidad de la construcción y la imposible "independencia", que para algunos legitimaba la dictadura. Pero los sistemas democráticos que se impusieron en estas condiciones ¿no se enfrentan con un temible dilema? Pues una de dos: o bien el sistema político democrático aceptará el sometimiento a las exigencias del "ajuste" mundial, y entonces no podrá programar ninguna reforma social importante y la democracia misma no tardará en entrar en crisis; o bien las fuerzas populares, aprovechando los medios de la democracia, impondrán esas

reformas, y el sistema entrará entonces en conflicto con el capitalismo mundial dominante y tendrá que resbalar del proyecto nacional burgués a un proyecto nacional popular. El dilema de Brasil y de Filipinas se sitúa enteramente en este conflicto. En Argentina ya se visto cómo los electores, cansados por la impotencia de la democracia del presidente Alfonsín, han regresado por sí mismos al populismo, ¡esta vez mezclado con resabios fascistas y francamente sometido al **diktat** exterior!

En las regiones de la periferia más miserablemente tratadas por la expansión capitalista, la situación es todavía más desesperante, y, como ya lo dije, el tipo "normal" de poder aquí es el modelo "Tontons Macoutes". La tesis del poder "patrimonial" que hemos criticado antes había sido formulada, por lo demás, pensando en estos regímenes africanos. Y efectivamente, desde el punto de vista de las apariencias, corresponden a la descripción hecha de este tipo de régimen: personalizado en sumo grado (desde el jefe de Estado hasta el administradorcillo-déspota de aldea), haciendo alarde de un total desprecio de cualquier noción de legalidad y de derecho (incluidos los sacrosantos derechos burgueses de propiedad), sin tener en cuenta los derechos elementales de la persona humana y la corrupción generalizada. Grande era la tentación de acusar, una vez más, a la tradición africana por esta supuesta "herencia". Un toque de racismo subyace tal vez a esta insinuación. En realidad no es esta herencia la responsable de la "cuartomundialización", sino, al contrario, es ésta la que implica ese tipo de poder. Pues el poder de que se trata no es más "auténtico" que la superchería del mismo nombre invocada como legitimación ideológica de sus prácticas.

¿Trátase de una cleptocracia, como la ha calificado Ntalaja Nzongola (8), más cercana al **rackett** y a la mafia que a cualquier jefatura tradicional, ésta sí respetuosa de los derechos consuetudinarios? En todo caso, se trata de un Estado moderno perfectamente funcional a su manera. ¿Cómo, si no, podría funcionar el poder en las condiciones de la "cuartomundialización"? Ésta priva al Estado de cualquier posibilidad de asentar su legitimidad en cualquier desarrollo confesable y de encontrar una base social conveniente para llevar a cabo la estrategia que le correspondería. No sólo el campesinado, la clase obrera y los marginales urbanos nada tienen que esperar y lo saben, sino la burguesía misma está privada de cualquier perspectiva de un desarrollo significativo. Entonces sólo queda la explotación directa del poder como fuente de enriquecimiento personal o su explotación indirecta por el conducto de actividades económicas seudoprivadas, cuya rentabilidad depende exclusivamente de las relaciones con la administración. El terror, la corrupción y la extrema personalización son entonces necesarias para el funcionamiento mismo del sistema. El carisma —tan frecuentemente invocado— no tiene un lugar aquí: no se trata del carisma de líderes que han ganado efectivamente una popularidad real en un momento histórico como en los regímenes populistas, sino de un seudocarisma fabricado por los medios de comunicación y por el que el público no se deja engañar. Por ciertas apariencias, podría parecer que la base social de estos sistemas está constituida por la pequeña burguesía, en la medida en que amplias capas de ésta participan en el poder y cobran de sus presupuestos. Cuando no se trata de una ilusión óptica, esta correspondencia revela una especie de fascistización de

esta capa social, cuyas esperanzas han sido defraudadas y que, impotente, en ausencia de una **intelligentsia** revolucionaria capaz de formular una alternativa, se refugia en la adoración del poder.

5. La principal tarea de las fuerzas del progreso en la periferia del sistema es hoy imponer la dimensión democrática ausente, no para sustituir por ella las dimensiones nacional y social de la liberación nacional popular, sino para reforzarlas.

Porque, en efecto, el antiguo paradigma de la liberación nacional desconocía ampliamente la dimensión democrática necesaria para la prosecución de los progresos nacionales populares. Por eso mismo, la conciencia democrática es probablemente un fenómeno nuevo, pues hasta entonces la reivindicación democrática había permanecido limitada a segmentos particulares de la burguesía urbana y no se había expresado en ellos con fuerza más que en momentos particulares de radicalización de las luchas antiimperialistas (el caso del **Wafd** egipcio constituye uno de los mejores ejemplos de ello); por otro lado, esta conciencia democrática se situaba en los estrictos límites del liberalismo burgués. Los movimientos populares y radicales de liberación nacional, en sus tendencias dominantes, se cualificaban más por un contenido social progresista que por la convicción democrática de sus militantes, a pesar del empleo —a veces ritual— del término de “democracia” y a pesar incluso de la conciencia más avanzada de ciertos segmentos de la vanguardia. No creo caricaturizar la realidad al decir que el campesino-soldado del Ejército de Liberación, al entrar en Pekín en 1949, pensaba en la reforma agraria, pero desconocía aún el sentido de la democracia. Hoy, su hijo, obrero o estudiante, abriga nuevas aspiraciones en este aspecto. Lo mismo ocurría con el campesino egipcio, incluso elector del **Wafd**, y con muchos otros, sin duda.

Pero ¿qué democracia se necesita? Sin duda, no hay por qué despreciar la herencia de la democracia burguesa occidental: el respeto de los derechos y de la legalidad, la expresión libre de la diversidad de opiniones, la institucionalización de los procedimientos electorales y de la separación de los poderes, la organización de contrapoderes, etc. Pero no hay por qué detenerse ahí. La democracia occidental no tiene dimensión social. La democracia popular de los momentos de transformación social revolucionaria (la URSS de la década de los veinte, la China maoísta, etc.) también nos enseña mucho sobre lo que debe ser la “participación popular” si se quiere dar a esta expresión a menudo trillada un contenido real. Detenerse en las formas democráticas occidentales sin tomar en consideración las transformaciones sociales exigidas por la rebelión anticapitalista de la periferia es encerrarse en una caricatura de la democracia burguesa, condenada, por eso mismo, a permanecer ajena al pueblo y, por consiguiente, a ser vulnerable en sumo grado. Para echar raíces, nuestra democracia debe situarse, de entrada, en una perspectiva que rebase el capitalismo. En este campo, como en los otros, aquí debe actuar la ley del desarrollo desigual.

Evidentemente, el imperialismo no puede admitir esta perspectiva. Por eso, la campaña sobre la “democracia” orquestada por los poderes en Occidente hace hincapié en ciertos aspectos del problema e ignora otros. Por ejemplo, coloca un signo de igualdad entre multipartidismo político y democracia. Como contrapunto del discurso de los medios de comunicación occidentales sobre la democracia, nuestra reflexión se refiere a la democracia al servicio de la liberación nacional y del progreso social (y no en oposición a éstos o en desconocimiento de éstos).

Desde este punto de vista afirmo que el tema de la “democracia jacobina” —para tomar prestado un término a la Revolución Francesa— sigue siendo de una asombrosa modernidad. En cada una de las tres grandes revoluciones del mundo moderno (la francesa, la rusa y la china), en los momentos de su radicalización, el movimiento de las ideas y de las fuerzas sociales llegó a proyectarse mucho más allá de las exigencias de la transformación social “histórica y objetivamente necesaria”. Así es como la democracia jacobina superaba las exigencias del simple establecimiento de un “poder burgués”, como lo dije antes.

La “democracia jacobina”, remozada por la aportación de los momentos de radicalización de las revoluciones socialistas de nuestra época, es, en realidad, la democracia a la que aspiran —aun confusamente— las clases populares del Tercer Mundo contemporáneo. Se distingue tanto de la democracia burguesa liberal, que desconoce la dimensión de las reformas sociales necesarias, como también de las “movilizaciones populistas” a las que nos hemos referido antes, cuyo menosprecio de la democracia ha agotado su potencial renovador.

¡Mis palabras no halagan ciertamente a la “moda”! Hoy está de moda la devaluación de los momentos de radicalización revolucionaria, en nombre del “realismo”. Como también lo están los temas provenientes de otra tradición: la de la democracia “local”, familiar en los países anglosajones. La “descentralización” y la autonomía de una sociedad civil fragmentada y segmentada son propuestas a menudo, en este sentido, como progresos realistas posibles, más ricos incluso, potencialmente, que la supuesta ilusión de la democracia popular “estatista”. Me parece que los movimientos (muchas veces teñidos de religiosidad) que avanzan en esta dirección insinúan una estrategia demasiado fuertemente sesgada por el “antiestatismo” como para estar realmente a la altura del desafío histórico real.

Hay cosas que aprender de unos y de otros; y un verdadero diálogo se impone aquí. Con todo es difícil decir hoy si los movimientos sociales de toda clase que se expresan en la periferia (como en el centro, por lo demás) son o no capaces de hacer avanzar en la respuesta a este desafío objetivo.

Algunos de estos movimientos nos parecen callejones sin salida. Es el caso de los renacimientos integristas religiosos o de los repliegues comunitarios “étnicos”. Al ser síntomas de la crisis y no soluciones de ésta, y productos exclusivos de la desilusión,

deberían desinflarse a medida que hayan demostrado su impotencia frente al desafío real. Ésta es, ciertamente, la expresión de un optimismo según el cual la razón tiene que prevalecer.

Otros, en cambio, pueden encontrar su puesto en la reconstrucción de un proyecto de sociedad que, “más allá del capitalismo”, resolvería las contradicciones que el capitalismo realmente existente no puede superar, utilizando la experiencia de los primeros pasos dados en esta dirección. Así ocurre, nos parece, cada vez que los “nuevos movimientos” (¡o los antiguos!) se sitúan no en el exclusivo terreno de la “conquista del Estado”, sino en el de otra concepción del poder social que hay que conquistar. Porque la opción no es “luchar por el poder o luchar por otra cosa” (¿qué?), sino qué concepción se tiene del poder por el que se lucha. Las formas de organización construidas sobre la concepción “tradicional” dominante del poder (poder = Estado) están fatalmente destinadas a perder una buena parte de su legitimidad a medida que los pueblos se den cuenta de la naturaleza de ese Estado conservador. En cambio, las formas de organización que hacen hincapié en el contenido social multiforme del poder, que hay que desarrollar, deberían experimentar crecientes éxitos. En esta categoría, el tema de la “política no partidista” **(non party politics)** podría revelarse fecundo (9). Lo mismo ocurre con el “antiautoritarismo” en América Latina, en el que Pablo Casanova (10) cree reconocer la cualidad principal de los “nuevos” movimientos: rechazo del autoritarismo del Estado, en el partido, en el liderazgo, rechazo de las expresiones doctrinarias en la ideología. Se trata de una reacción contra toda la pesada herencia de la formación histórica del continente, y, sin duda alguna, de una reacción portadora de progreso. Pero también, y por la misma razón fundamental, el feminismo en Occidente, por el objetivo que se propone de combatir por lo menos algunas de las raíces del autocratismo, proviene de la misma lógica de otra concepción del poder social. En cierto modo, Occidente está a la vanguardia de nuevos progresos en la liberación de la sociedad. Que estos progresos impliquen rupturas “más allá del capitalismo” o sigan siendo “absorbibles” (“recuperables”) por este sistema social constituye un nuevo campo de discusión. Parece que, por lo menos a medio plazo, el beneficio sacado de una posición capitalista central es tal que los movimientos de que se trata no socavarán los cimientos de la gestión capitalista de la sociedad.

El futuro de los “nuevos movimientos” sigue siendo, pues, incierto. Por esta razón no está excluido que se agoten en la actual crisis.

¿Pueden, sin embargo, definirse algunos criterios objetivos que permitan hacer avanzar el movimiento en ese sentido nacional y popular indispensable? Creo que sí, y con este fin haré las siguientes observaciones preliminares:

Primero: la primera tarea es la de la repolitización democrática de las masas. Porque éstas lo estuvieron en la óptica de la independencia que había que reconquistar. Una vez alcanzado el objetivo, el discurso en el que se había basado la liberación nacional está hoy agotado. ¿Puede la nueva repolitización hacerse “fuera del partido” e incluso “contra los partidos”, devaluados por su práctica en la posindependencia? La pregunta

sigue estando abierta, aunque personalmente tengo alguna desconfianza con respecto a lo que me parece que es un cierto “paternalismo” lo que anima la acción de un gran número de esas “organizaciones no gubernamentales”, que están de moda.

Segundo: la repolitización democrática del pueblo debe estar basada en el refuerzo de sus capacidades de autoorganización, autodesarrollo y autodefensa. Sin duda, el objetivo de autodesarrollo, a través de diversas formas de cooperación, cogestión y gestión popular implica un conflicto con el Estado, abierto si éste es neocolonial, latente si éste emprende la vía nacional popular, puesto que la sociedad nacional popular sigue siendo el lugar de contradicciones de clase objetivas. ¿Podríase, por ejemplo, a través de estas acciones, transformar las actividades impropiamente calificadas de “informales” en una “economía popular”? En las actuales condiciones, estas actividades están perfectamente integradas en el sistema capitalista global y cumplen allí funciones precisas: la de garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo al mínimo costo o la de proporcionar por medio de la subcontratación insumos a bajo precio. Constituyen, pues, un complemento necesario para garantizar la rentabilidad de la explotación capitalista. Transformar estas actividades en “economía popular” sería un engaño si no se hace frente abiertamente a este conflicto de intereses.

Tercero: el tipo de acción aquí considerado plantea de nuevo el tema de las relaciones entre el “movimiento” y los partidos de la izquierda histórica y del populismo, constituidos sea en la lucha por la independencia, sea en la lucha llevada a cabo contra el sistema neocolonial. No me parece ni justo ni eficaz confundir en la misma condenación a estos partidos —cualesquiera que hayan podido ser sus “errores” y límites históricos— y a los que han tenido la responsabilidad de la gestión neocolonial. Del mismo modo se plantea de nuevo el tema de las relaciones entre el “movimiento” y las nuevas fuerzas que se han constituido, en uno u otro momento, con una perspectiva nacional y progresista. Pienso, evidentemente, en las organizaciones de militares antiimperialistas y progresistas que son el origen de cambios congruentes con las aspiraciones populares, aunque estos cambios se hayan inaugurado con golpes de Estado (Egipto, Libia, el Ghana de Rawlings, el Burkina Faso de Sankara, etc.).

Cuarto: el análisis de la estrategia de repolitización democrática del pueblo implica la reapertura de por lo menos tres grandes debates de alcance teórico: (i) el debate sobre el papel de la **intelligentsia** revolucionaria como catalizador social capaz de elaborar un proyecto alternativo concreto y de organizar las luchas por su aplicación; (ii) el debate sobre el contenido cultural de este proyecto alternativo (su dimensión potencialmente universalista, necesaria en mi opinión; sus relaciones con la herencia cultural nacional, etc.); (iii) el debate sobre la perspectiva a largo plazo: ¿socialismo o capitalismo? Aunque hoy esté de moda negar cualquier validez a este tipo de debates, los considero indispensables. Aquí me limito a señalar su carácter, pues en otros escritos ya me he dedicado a examinar algunos de sus aspectos.

Quinto: en nuestra historia contemporánea real existen algunos inicios de experiencias que van en el sentido indicado. Pienso aquí en la experiencia del Burkina

Faso de Thomas Sankara, pero también en otras, todavía más criticadas por los medios de comunicación dominantes de Occidente (¡el gadafismo, por ejemplo!). Sin duda, esos inicios están lejos de haber zanjado los problemas fundamentales de la relación poder/partidos de la izquierda radical, el de su relación con el populismo, con los militares, etc. No obstante, hay que abrir el debate sobre sus propuestas.

Sexto: no sustituiré rápidamente por recetas, cuyo secreto yo tendría, el necesario diálogo democrático entre todos los componentes del movimiento. Sólo sugeriré que si la polarización impone "otro desarrollo", los términos de la alternativa son: o bien se acepta que la "riqueza" (**wealth**) constituya la columna vertebral de las aspiraciones que hay que promover, o bien se la sustituye por el "bienestar" (**welfare**). ¿Cómo? Primero, volviendo al viejo padre Marx, cuya crítica del mercado (la enajenación mercantil), lejos de estar "superada", está rejuvenecida por los redescubrimientos del movimiento contemporáneo.

6. La actual ofensiva de los poderes de Occidente y de los medios de comunicación a su disposición, aparentemente "en favor de la democracia", tiene la ventaja de ocultar esta potencialidad desestabilizadora de la democracia. De ello deduzco que, en realidad, se trata no de una ofensiva en favor de la democracia, sino de una ofensiva contra el socialismo. La causa de la democracia —en su forma emprobrecida de medio de estabilización de una sociedad enajenada— es movilizada, entonces, como un arma táctica. Y, como todas las armas tácticas, es utilizada con cierto cinismo. ¿Cómo, si no, se explicaría que los medios de comunicación occidentales, tan quisquillosos en la defensa de las libertades de expresión en los países del "socialismo real", incluyan en el campo de los defensores de la libertad a los islamistas afganos, que no ocultan que su programa se asigna el objetivo de cerrar las escuelas (comenzando por las de niñas, por supuesto) que los infames laicos a sueldo de Moscú osaron abrir?

¿Cómo, si no, se explicaría que estos medios de comunicación ignoren las intervenciones de paracaidistas occidentales llegados en auxilio de dictadores africanos en situación desesperada? ¿Cómo, si no, se explicaría que quienes han defendido con tanto encarnizamiento la libertad sindical en Polonia para olvidarla luego ignoren que las políticas de ajuste impuestas al Tercer Mundo preconizan el desmantelamiento de los sindicatos? ¿A quién se hará creer que un presidente estadounidense, no hace mucho responsable de la CIA que ha hecho asesinar a Allende para instalar la sangrienta dictadura de Pinochet, es hoy un sincero combatiente por la democracia?

Los poderes en Occidente no están, en principio, ni por (o contra) la democracia, ni por (o contra) la paz. Están animados por una preocupación dominante en función de la cual se determinan: la de perpetuar el orden imperialista que garantiza la explotación de todas las riquezas del planeta en su exclusivo provecho, en detrimento de los demás pueblos. Si este orden puede estar mejor servido por una "democracia", le son favorables,

si no, no vacilan en apoyar (o incluso en instalar) la dictadura que les conviene; mientras la paz no amenace el orden imperialista, también le son favorables, pero si este orden llega a ser amenazado, optan por la guerra más feroz si es preciso. En cuanto a los medios de comunicación, cumplen, en su conjunto, la importante función de legitimar ante las opiniones públicas estas opciones tácticas circunstanciales. Las alternancias políticas, tal como son, no cambian en nada esta línea general.

Los pueblos de la periferia, víctimas de este imperialismo quincuacentenario, no tienen otra opción sino luchar por todos los medios para ponerle punto final. Pero hay algo nuevo en este terreno: la prosecución victoriosa de estas luchas exige en lo sucesivo una conciencia y una práctica democráticas nuevas. Occidente pudo construirse sin ellas (o, más exactamente, antes de ellas), y los Estados naciones que lo constituyen han sido hechos por la violencia, sin que interferencias exteriores demasiado poderosas vinieran a limitar su eficacia. Las naciones del Tercer Mundo han creído poder rehacer a su vez este camino. Una vez más, la historia demuestra que no se repite. Las primeras victorias de la liberación nacional han creado una nueva situación, en la que la prosecución de estos objetivos exige en lo sucesivo una poderosa unidad popular, inconcebible sin democracia. De esta democracia, por supuesto, los poderes de Occidente no quieren oír hablar, y su aparato ideológico de propaganda publicitaria se aplicará a combatirla. Pero si la democracia de que se trata se ha convertido en un factor esencial de la liberación del Tercer Mundo, no por ello es un sustituto de los otros factores necesarios, a saber, el poderío económico y militar (a despecho del discurso "pacifista" sobre la "proliferación", discurso hipócrita destinado a hacer aceptar que Occidente mantenga a su disposición los medios de amenazar a los demás pueblos con genocidio, ¡sin peligro para él!); sólo es el factor sin el cual el poderío económico y militar ya no puede ser conquistado. Cuando todas estas condiciones se hayan cumplido, entonces y sólo entonces podrá pensarse en un nuevo orden planetario, que responda a valores humanistas universales. Hasta entonces, el orden mundial seguirá siendo el orden (desorden) imperialista, basado en la desigualdad de los pueblos.

NOTAS

(1) Immanuel Wallerstein, en Amin, Arrighi, Frank y Wallerstein: **Le grand tumulte**, ob. cit.

(2) S. Amin: **L'eurocentrisme**, ob. cit., capítulos I y II.

(3) Richard Sandbrook: **The politics of Africa's stagnation**, Toronto, 1987.

(4) A. El Man y H. Ranke: **La civilisation égyptienne**, pp. 201- 202.

(5) S. Amin: **Classe et nation dans l'histoire et la crise économique contemporaine**, Minuit, 1979, cap. III.

(6) Etiemble: **L'Europe chinoise**, Gallimard, 1985.

(7) S. Amin: **Classe et nation**, ob. cit., cap. II.

(8) Ntalaja Nzongola: **Revolution and Counter Revolution in Africa**, Zed, 1988.

(9) Aquí me refiero a los escritos del indio Rajni Kothari.

(10) Pablo Gónzalez Casanova: **El Estado y la política en América Latina**, UNU- TWF, 1988, mimeografiado.

CAPÍTULO V

LOS CONFLICTOS REGIONALES

¿Apaciguamiento o intensidad redoblada?

Durante los últimos años, los medios de comunicación dominantes no han dejado de repetir que, al difuminarse el enfrentamiento Este-Oeste, todos los conflictos locales y regionales hallarían a su vez su solución pacífica. Este discurso proviene muy simplemente del afán de legitimar la visión ideológica occidental según la cual no hay conflicto Norte-Sur. Admitirlo habría sido admitir que las potencias occidentales son imperialistas y que su permanente agresión contra los intereses de los pueblos de la periferia es, en realidad, la causa principal de los conflictos locales y regionales de que se trata, y que el apoyo que la URSS daba a los nacionalismos radicales del Tercer Mundo en ciertos casos no era la causa de la impugnación del orden imperialista por los pueblos (siempre, y, a veces, por los Estados) de Asia, de África y de América Latina.

En oposición con esta tesis, yo sostenía que el conflicto centros/periferias es primero, y que, por consiguiente, la adhesión de Moscú a las tesis occidentales habría de ocasionar, por lo contrario, un redoblamiento de la intensidad de los conflictos en el Tercer Mundo, porque las potencias occidentales tratarían de establecer su orden por la violencia, sin en lo sucesivo temer complicaciones en sus relaciones con el Este. Al hacerlo, las intervenciones de las potencias occidentales habrían de suscitar necesariamente la explosión de nuevas manifestaciones de la resistencia de los pueblos y de los países del Tercer Mundo. Salvo que, por supuesto, ya no será posible calificar a los promotores de disturbios de agentes de Moscú, como había sucedido indefectiblemente en el pasado: el naserismo, el FLN argelino, la resistencia vietnamita, el sandinismo, el nkrumahismo y el lumumbismo fueron, todos ellos, calificados de tales. Creo que la guerra del Golfo no desmiente mi análisis.

Con todo, antes de proponer una clave de lectura de conflictos en el Tercer Mundo contemporáneo, me ha parecido necesario abrir un debate sobre los instrumentos de análisis de la violencia como fenómeno social y político, por lo superficial que me parece que sigue estando la teorización de este fenómeno en el estado actual del pensamiento social, por lo cual sigue siendo víctima de sistemáticas distorsiones ideológicas.

Por una teoría materialista histórica de los conflictos (1)

Creo que es necesario reconocer, en primer lugar, que el pensamiento social domina malamente el tema del poder (y, por lo tanto, de los conflictos y de la violencia), así como, por otra parte, el de la especificidad cultural. No hay nada comparable en estos campos —escribí en mi libro **L'Eurocentrisme**, al que aquí remito (2)— con la eficacia de los instrumentos de análisis del funcionamiento de la economía capitalista y con el análisis de la enajenación mercantil producido por Marx. Al igual que la conceptualización de "la mercancía fetiche" es la clave que permite penetrar el secreto del funcionamiento de la economía capitalista, una conceptualización paralela del "poder fetiche" se impone. Pero ésta aún no ha sido producida y, por eso mismo, sigue siendo una tarea prioritaria para la agenda de trabajo del materialismo histórico.

En la tradición marxista, la política es la "expresión concentrada de la economía", como decía Lenin. He hecho notar que esta fórmula —válida sólo para la época capitalista (para las épocas anteriores se podría invertir la fórmula y decir que "la economía es la expresión concentrada de la política")— merecía la pena de ser precisada. Porque proviene de una visión según la cual lo esencial en el capitalismo es la contradicción de clase fundamental burguesía-proletariado, aspecto social de la contradicción capital-trabajo, que define el modo de producción capitalista. Desde el momento en que así sería, todos los fenómenos políticos (y, por lo tanto, también las guerras) de la época capitalista deberían ser explicados, en última instancia, por ese conflicto fundamental y los medios puestos en práctica para resolverlo, aunque fuese temporalmente (atenuando su agudeza). Pero si, como nosotros, uno hace hincapié en el capitalismo "realmente existente" (por oposición al modo de producción capitalista captado en su abstracción, y como complemento de éste), uno está inducido a considerar otra contradicción como motriz de la historia real: la que enfrenta a los pueblos de la periferia con el capital dominante mundializado. La política y las guerras se deducirían entonces ampliamente de la resolución de esta contradicción. En cuanto al capital dominante de que se trata, éste ha estado mucho tiempo fragmentado en capitales imperialistas nacionales en permanente conflicto (lo que explica que el conflicto de los imperialismos haya ocupado la delantera del escenario histórico desde el siglo XVII hasta 1945), antes de moverse en la dirección de una interpenetración que lo transforma, por primera vez, en un capital realmente mundializado. Cuando se haya llegado a ello, la correspondencia Estado-capital que ha caracterizado hasta ahora al capitalismo habrá desaparecido para dejar sitio a una nueva contradicción: multiplicidad de Estados/mundialización del capital. Pues avanzo la hipótesis de que la construcción de un Estado político unificado norteamericano-euro-japonés no está en el orden del día del futuro visible. La mundialización del capital hace, pues, poco probable la repetición del conflicto violento de los imperialismos. Como, al mismo tiempo, en las condiciones en que se constituye, también hace imposible el restablecimiento de la hegemonía de un Estado gendarme (en la ausencia de un nuevo Estado norteamericano-euro-japonés), esta imposibilidad da un nuevo respiro a la hegemonía de Estados Unidos, a falta de rival podría decirse. ¿No llega a punto la guerra del Golfo a confirmar este nuevo respiro? Pero entonces, la fatal discontinuidad entre los intereses del capital mundializado y la política estadounidense (forzosamente dictada por las exigencias de la alianza social dominante en Estados Unidos) no puede sino generar un desorden que ninguna racionalidad podrá superar.

La evolución del sistema mundial coloca, pues, directamente en la delantera del escenario el conflicto centros/periferias (Norte-Sur, conforme a la expresión corriente). Este conflicto, que siempre ha sido la expresión de la contradicción fundamental del capitalismo realmente existente, se convierte ahora en el mayor conflicto directo de nuestra nueva época. La adhesión de los países del Este al campo del capitalismo mundial no reduce, pues, la intensidad de este conflicto, al contrario, lo impulsa adelante en el escenario. Lejos de contribuir al "apaciguamiento", ha de acentuar, por lo contrario, la violencia de los conflictos Norte-Sur.

Las sociedades y los Estados socialistas habían sido percibidos por el Occidente capitalista como adversarios. Lo eran, efectivamente, en la medida en que la construcción nacional popular que se habían fijado [como objetivo] escapaba a la lógica de la subordinación a las exigencias de la expansión capitalista mundializada. Sin embargo, conscientes de sus debilidades, estos Estados deseaban la "coexistencia pacífica", para emplear la expresión que ellos mismos habían forjado. Pero Occidente no veía en esas debilidades más que un motivo suplementario para ejercer sobre ellos las presiones que juzgaba necesarias a fin de arruinar la perspectiva de éxito de la construcción nacional popular. Según los momentos y las circunstancias, esas presiones llegaron hasta la guerra fría, o incluso caliente, o hasta la carrera de armamentos, mientras que, coyunturalmente, un equilibrio de "distensión" podía atenuar su agudeza. Esta distensión tal vez esté en trance de volverse definitiva a partir del momento en que los países del Este han renunciado a su proyecto inicial y vuelven al sistema capitalista mundial. En este aspecto, pues, el discurso ideológico y la fraseología estereotipada cambian de campo: es en los medios de comunicación occidentales donde se vuelven a encontrar sus temas obsesivos (las "autocracias" satánicas del Este, su desprecio total de los principios, etc.), cuya función es, evidentemente, mantener la movilización del "consenso" occidental "antisocialista".

La hostilidad permanente contra las sociedades y los Estados del "socialismo real" era de la misma clase que la que Occidente sigue manteniendo con respecto a la liberación nacional, puesto que ésta se sitúa también en el mismo movimiento histórico de impugnación del capitalismo "realmente existente". El "antitercermundismo" es aquí la expresión ideológica de esta hostilidad.

En estas condiciones, las sociedades periferizadas por la expansión mundial del capitalismo están y estarán enfrentadas —en los momentos de radicalización de su lucha de liberación— con las exigencias de una resistencia activa a los proyectos de "rechazo" de Occidente. Las alianzas que pudieron concertar con los países del Este deben ser colocadas en este contexto. Ahora, esta página de la historia está pasada. Los pueblos y los Estados del Tercer Mundo están, pues, solos frente al imperialismo.

Tipología de los conflictos del Tercer Mundo

Todas las regiones del Tercer Mundo son escenario de numerosos y casi permanentes conflictos. ¿Puede uno contentarse con pensar con respecto a ellos que —"como en la Europa feudal"— estas sociedades, víctimas de su retraso, son el campo de enfrentamientos continuos entre "tribus", pueblos y comunidades, a los que se incorpora la carrera de poder de potentados autócratas, quienes eventualmente ponen a su servicio alianzas —sin grandes principios— con las potencias que, sea por la directa defensa de sus intereses económicos inmediatos, sea por motivos que dependen de su geoestrategia global, aceptan entrar en este juego destructor? La imagen es fácil; pero es falsa.

En cambio yo he propuesto (3) analizar el enmarañamiento de estos conflictos distinguiendo específicamente cuatro órdenes de causalidad: en primer lugar hay el conflicto no superado entre las exigencias de una liberación nacional popular y la lógica de la subordinación a la expansión capitalista que impone el imperialismo; en segundo lugar hay los conflictos internos resultantes de la fragilidad de la sociedad nacional, de sus fuerzas populares y de sus clases dirigentes; en tercer lugar había el conflicto Este-Oeste, cuyas proyecciones sobre el Tercer Mundo funcionaban conforma a las reglas de su propia lógica; en cuarto lugar hay la competencia comercial de las potencias capitalistas que tienen intereses en la región. También repito lo que ya he dicho en mi libro **La faillite du développement**, que este orden de presentación de las fuentes de conflictos corresponde a la jerarquía de su importancia. Esto último se refiere al grado de violencia potencial atribuida a la causa del conflicto, por una parte, y, en consecuencia, a la importancia relativa del alcance de los resultados de la solución del conflicto, por la otra.

Los conflictos más violentos del Tercer Mundo contemporáneo son pues —y lo serán cada vez más— aquéllos en los que el enfrentamiento directo entre los pueblos sometidos a las vicisitudes de la mundialización que los periferiza y el imperialismo ocupa la delantera del escenario. Entre éstos sitúo en primera fila el conflicto palestino, del cual volveré a hablar más adelante.

Pero éste no es el único. He analizado en los mismos términos la evolución del conflicto sudafricano. Pues después de la abolición del **apartheid** se perfilan dos evoluciones posibles. Una —y éste es el objetivo estratégico de Occidente— se detendría en la realización del "**majority rule**", que implica un gobierno negro en Sudáfrica dispuesto a "hacer el juego de la integración en el sistema capitalista mundial". La experiencia del acuerdo de Lancaster House, que dirigió la independencia de Zimbabue, podría repetirse aquí **mutatis mutandis**. La otra perspectiva es, evidentemente, la de un progreso más allá del neocolonialismo, cuyas potencialidades están desde luego reforzadas por la base material de que dispone Sudáfrica, sin medida común con la que caracteriza el resto del continente. Es evidente que semejante progreso amenazaría el neocolonialismo por lo menos en toda la región del África austral. Por esta razón, la estrategia de Occidente dirige sus esfuerzos a un objetivo doble, que, a pesar de las apariencias, de ningún modo es contradictorio: por una parte, acelerar la marcha hasta la abolición del **apartheid** por medio de la negociación y la presión antes de que la radicalización de las luchas la haya impuesto dentro de otra perspectiva social, y, por la otra, acelerar la recuperación neocolonial de los Estados frágiles de la región (Angola, Mozambique). La desestabilización de estos regímenes, que entraba en la lógica de la estrategia antinacional popular de Occidente y que pudo ser contenida hasta ahora por el apoyo militar soviético, está ahora quizá en trance de alcanzar sus objetivos, después de la retirada soviético-cubana. Por eso, Estados Unidos y detrás de él Europa pueden ahora hablar de un retorno a la paz en Angola y Mozambique. Sin embargo hago notar a este respecto que los occidentales no quieren elecciones libres aquí porque temen que sus amigos de la UNITA y de la RENAMO las pierdan. Por lo tanto se esfuerzan por tratar de imponer el compromiso de "gobiernos de coalición" (MPLA-UNITA y FRELIMO-

RENAMO) ¡sin elecciones! Buen ejemplo de la elasticidad de los principios democráticos invocados en otras partes con tanta firmeza.

Oriente Próximo y Sudáfrica no son, naturalmente, los únicos campos de conflicto entre las aspiraciones nacionales populares y el imperialismo occidental. Sin temor a exagerar se puede decir que todo el continente africano es teatro de este primordial y permanente conflicto. Durante los tres últimos decenios, cierto número de experiencias en la mitad de los Estados africanos han intentado ir más allá del neocolonialismo. Todos estos intentos han chocado, de uno u otro modo y en diversos grados, con la hostilidad de Occidente, que iba desde el uso de presiones económicas y financieras hasta la conspiración e incluso la intervención militar. Hay mucha hipocresía en el discurso occidental cuando éste se lamenta de la situación de África y de sus pueblos sin jamás mencionar el apoyo ilimitado que Occidente —al unísono— da a las fuerzas locales más retrógradas y corrompidas, aunque fuese contra fuerzas más honestas, cuyos errores o insuficiencias se destaca entonces con complacencia.

Centroamérica es también teatro de un conflicto Norte-Sur caliente. La tentativa de liberación de Nicaragua, sus progresos y retrocesos (4), la permanente guerra larvada o abierta en Guatemala y El Salvador, así como las repetidas tentativas populistas en las Antillas (Jamaica, Haití, Granada), son muestra palpable de ello. Es evidente que, a despecho de la retirada soviética, cuyas intervenciones, por lo demás, siempre habían sido tímidas en este patio trasero de Estados Unidos, las luchas de los pueblos de la región continúan y continuarán desarrollándose.

Añadiré a esta lista la guerra de Afganistán. Algunos se sorprenderán de ello, sin duda. ¿No era la intervención soviética aquí un modelo en su especie, un intento de "exportar" la revolución en la perspectiva de anexar el país a la zona de influencia de Moscú? Sin ninguna duda, en parte. Pero ciertamente hay que decir: sólo en parte. ¿Cómo, si no, explicar que, contrariamente a las expectativas de los occidentales, el régimen de Kabul no se haya derrumbado bajo el peso de los islamistas (aquí ¡amigos de Occidente!) inmediatamente después de la partida de las tropas soviéticas? Este hecho demuestra la existencia efectiva de fuerzas locales democráticas, como también muestra que, lejos de apoyar a estas fuerzas, las potencias occidentales —a pesar de su discurso hipócrita— prefieren, en el mundo musulmán, el oscurantismo integrista. ¡Éste les conviene, tanto aquí como en Arabia Saudí y en los Emiratos del Golfo!

No pretendo que el conflicto Norte-Sur sea la única fuente de violencia en el Tercer Mundo. En África, por ejemplo, la lista de los conflictos interétnicos es tan larga como la de los conflictos entre el nacionalismo africano y Occidente. La lista de los conflictos de Estados —a propósito de fronteras o de ambiciones territoriales abiertas o disfrazadas— tampoco es despreciable. Ahora bien, ni unos ni otros de estos conflictos son "fabricaciones" de servicios exteriores al África. El discurso de las cancillerías locales que se esfuerzan por intentar hacerlo creer a veces no tiene mucha credibilidad, aun cuando, como sucede a menudo, diversas fuerzas exteriores utilizan la ocasión que se les depara

para apoyar a unos o fastidiar a otros, en función de sus propios objetivos estratégicos o tácticos, a veces con cinismo.

¿Significa esto que estos conflictos serían "inevitables" porque responderían a esa hostilidad potencial propia de toda "comunidad" humana, como supone la politología superficial? Como contrapunto, yo proponía examinar más atentamente la hipótesis de que muchos conflictos "comunitarios" son producto de luchas dentro de la clase dirigente, entre segmentos de ésta. La fragilidad de estas clases dirigentes es, probablemente, su característica común más evidente; ya sea se trate de clases **compradoras**, obligadas a no actuar más que en los estrechos límites fijados por el control del capital mundial —las cuales muchas veces ni siquiera tienen la condición de burguesía **compradora** (es decir, que tiene intereses económicos propios, aunque subordinados por su inserción en el capitalismo mundial), sino más bien de burocracia **compradora** (o sea, el aparato de un Estado **comprador**)—, ya sea se trate de capas y grupos con aspiraciones nacionalistas, pero sin que hayan llegado a convertirse en la "**intelligentsia**" de una alianza de fuerzas populares reales. Tanto en uno como en otro caso es fuerte la tentación para los diferentes segmentos de una clase de este tipo de fundamentar su poder movilizando fracciones del pueblo detrás de "símbolos" que les permitan conservar el control del juego. Los símbolos étnicos o religiosos se acomodan entonces muchas veces bastante bien a este tipo de competencia por el poder.

No es, pues, una especie de atavismo etnocéntrico lo que constreñiría a los pueblos a no reconocer otras realidades que las de las comunidades en las cuales se dividen, ni otra especie de atavismo autocrático lo que constreñiría a los dirigentes a manipular los "demonios étnicos", los cuales serían la "causa" de estos conflictos. Es la debilidad de la sociedad periférica entera que debe ponerse en tela de juicio, sobre todo la de sus clases dirigentes.

La perspectiva nacional popular impone, pues, aquí una estrategia a la vez democrática y unitaria, es decir, que labore en el sentido del mantenimiento —o incluso de la creación— de grandes espacios (por lo tanto, de grandes Estados) que estén a la altura de los desafíos que impone la **desconexión** nacional popular y que, al mismo tiempo, sean respetuosos de la diversidad en el seno de estos grandes espacios. El derecho de los pueblos a disponer de sí mismos debe ser aplicado en esta perspectiva política.

No volveré a hablar aquí de las proyecciones del conflicto de las superpotencias en los terrenos del Tercer Mundo puesto que ahora esto pertenece al pasado. Tampoco me extenderé más sobre la proyeccción en el Tercer Mundo de la competencia entre los tres polos centrales del mundo capitalista, muy simplemente porque esta competencia no ha generado ningún conflicto político a propósito de África, de Oriente Próximo ni en otra parte del Tercer Mundo. Al contrario, los recursos de Estados Unidos y aquéllos de los que disponen Europa y Japón son movilizados aquí como complemento unos de otros. Europa y Japón están, hasta ahora, perfectamente alineados.

La guerra del Golfo

Lo esencial de las tesis defendidas en este libro ya estaba escrito antes de que estallara, en agosto de 1990, el conflicto que había de conducir, seis meses después, a la guerra del Golfo. Ésta confirma mi análisis y muestra la amplitud de la intensidad de los conflictos Norte-Sur venideros.

1. Porque, evidentemente, la intervención militar occidental contra Iraq no tiene nada que ver con la defensa de la democracia y del derecho. El carácter del régimen iraquí y la personalidad de Saddam Husein son, sin duda, elementos que no carecen de importancia, pero son secundarios. Saddam Husein ha sido apoyado por Occidente durante veinte años (de los cuales una decena de años de guerra criminal e inútil contra Irán), porque entonces servía a los intereses de Occidente. Nunca se vio entonces que él no era especialmente demócrata. ¿No es un poco ridículo el pretexto democrático cuando se piensa que la intervención tiene como objeto la defensa de Arabia Saudí y el restablecimiento en el poder del emir de Kuwait, quien, por instigación de Estados Unidos, había suspendido la constitución de 1962 porque temía una victoria electoral de los nacionalistas, los cuales tal vez habrían iniciado un acercamiento con Iraq? Súbitamente, también se invoca la masacre de los kurdos. Pero ¿qué hay de la masacre de estos mismos kurdos en Turquía? ¿Y de la de los tuaregs, actualmente? Es forzoso comprobar que cuando los regímenes masacradores forman parte de la alianza occidental, uno se abstiene de hablar de sus fechorías. El argumento del “derecho internacional” no es mejor. ¿Qué ha hecho Occidente para obligar a Israel a respetar la resolución 242 y forzarlo a evacuar los territorios que ocupa ilegalmente desde hace más de veinte años?

¿Qué ha hecho Occidente para rechazar la anexión ilegal de Golán y de Jerusalén-Este? ¿Pensará declarar la guerra a Israel para obligarlo a someterse a las resoluciones de Naciones Unidas? ¿No es grotesco ver hoy a Turquía (¡aliada de Grecia!)) indignarse por la anexión de Kuwait, cuando la misma Turquía, miembro de la OTAN, agredió a Chipre y Occidente permaneció mudo, de hecho si no en puras palabras, y oír que la dictadura turca declara la guerra para restablecer la democracia ... en Iraq?

2. Como dije más arriba, el objetivo estratégico de las potencias occidentales en Oriente Próximo es, desde hace medio siglo, el control del petróleo, y los medios puestos en práctica son el mantenimiento de la división árabe y el sobrearmamento de Israel.

Por eso es por lo que el verdadero objetivo de la guerra siempre ha sido destruir el potencial iraquí. Ahora se tiene casi la prueba de que esta decisión fue tomada por Washington y Tel Aviv hacia el mes de mayo de 1990. Si Israel hubiese sido capaz de destruir el potencial iraquí, le habrían dejado hacerlo, con cualquier pretexto, como sucedió con la guerra de 1967 contra Egipto, también decidida, como se sabe, en Washington y Tel Aviv en 1965. Pero la guerra Irán-Iraq había inducido a Occidente a suministrar a Saddam

Husein un armamento que ponía en duda la superioridad militar absoluta de Israel. Por lo tanto, el trabajo de destrucción de Iraq tenía que ser emprendido directamente por los ejércitos occidentales.

La invasión de Kuwait, que había sido precedida por múltiples provocaciones, sólo sirvió de pretexto. Ahora se sabe que esta invasión era una trampa tendida por Washington en la que Saddam Husein, instigado al menos tácitamente por el embajador de Estados Unidos en Bagdad, cayó. Ahora bien, al invadir Kuwait, Saddam Husein destruyó el equilibrio que garantizaba la supervivencia de los regímenes del Golfo. Éstos, que nunca han sido populares en la opinión pública árabe, eran tolerados gracias al dinero que distribuían y a la inmigración masiva. Además eran capaces de sostener, por lo menos retóricamente, un discurso nacionalista hueco, mientras que, con apoyo de los occidentales, financian a las corrientes islamistas integristas, contribuyendo así a debilitar la causa árabe y palestina.

El 2 de agosto de 1990, ninguna diplomacia digna de este nombre podía estar, pues, verdaderamente sorprendida, aun cuando algunas hayan fingido estarlo. En ningún momento, en la fase llamada de iniciativas diplomáticas, propusieron las potencias occidentales en términos creíbles una discusión de conjunto de los principios del orden mundial por construir, que, en la región, implica evidentemente el derecho de los palestinos a existir como Estado y el de los pueblos árabes a la utilización de su riqueza petrolera en provecho suyo. Hasta el 12 de agosto, Saddam Husein sugería esta negociación del conjunto de los problemas: Kuwait, Palestina, la utilización de la riqueza petrolera de la región. Las diplomacias occidentales le opusieron un frente común de rechazo sin matices, porque ya habían decidido la guerra.

La guerra del Golfo es pues, aunque parezca imposible, un conflicto "Norte-Sur". Desde el punto de vista del conflicto fundamental del capitalismo mundial realmente existente, la década de los ochenta ha constituido un período apagado de reflujo de las fuerzas populares a escala mundial. Éste ha estado señalado, en primer lugar, en el Tercer Mundo, por el desmoronamiento, y luego colapso, de las tentativas nacionalistas radicales de tipo naseriano, que habían experimentado su período de ascenso en las décadas de los cincuenta y sesenta. Paralelamente, al correr de la década de los ochenta, la izquierda en Occidente se adhirió —en diversos grados— a la política llamada neoliberal, aplicada por las derechas consecuentes a la Reagan, Thatcher, etc. Y, en tercer lugar, **last but not least**, hemos tenido el colapso de los regímenes comunistas en Europa Oriental y en la Unión Soviética. En estas condiciones hemos presenciado, durante la segunda mitad de la década de los ochenta, una enorme ofensiva del capital internacional encaminada a "**recompradorizar**" el Tercer Mundo, es decir, a subordinarlo, someter sus sistemas políticos y económicos a la simple lógica de la expansión del capital, sin concesiones. Los planes de reajuste del Fondo Monetario y del Banco Mundial forman parte de este programa. La actual intervención en el Golfo constituye también una expresión de ello, la más violenta, pero no la primera. Ha estado precedida por la guerra llevada a cabo por los "contras" en Nicaragua; ha habido la intervención en Granada para instalar un régimen a sueldo de

Estados Unidos; la intervención en Panamá, confusa, por cierto, debido a la naturaleza del presidente de este país, pero que, no obstante, tenía como objetivo, precisamente, el mantenimiento de la dominación estadounidense en la región, "estratégica" para ellos; ha habido las numerosas intervenciones, sobre todo francesas, en África, para mantener en el puesto a estadistas que no son especialmente demócratas. Estábamos, pues, en un período de reflujo en el sentido de que, a juzgar por los acontecimientos de los últimos años, parecía que la "**compradorización**" de los Estados del Tercer Mundo, aceptada, por lo demás, por las clases dirigentes, iba a funcionar eficazmente.

Después, de pronto, las cosas estallan, desde luego en condiciones que son discutibles en muchos aspectos, pero lo esencial es la impugnación del poder petrolero en el mundo árabe.

3. Desde ahora se puede vislumbrar cómo será el orden internacional impuesto a la región después de esta guerra; en todo caso, el orden que las potencias occidentales querrían establecer allí.

En primer lugar, evidentemente, las potencias occidentales querrán mantener su control del petróleo. Pero ¿qué precio deberán pagar para tener la garantía de ello? En mi opinión, su presencia militar continua en la región se revelará indispensable. Pues los países petroleros del Golfo saben ahora que no pueden subsistir como Estados "independientes" de otro modo que no sea bajo la protección directa y permanente de los ejércitos occidentales. Ahora bien, esto significa el colapso total a medio plazo de este sistema arcaico, porque, de una u otra manera, la ocupación militar no podrá durar eternamente. Pero, en su defecto, ¿les será posible a las potencias occidentales sustituir su ocupación militar directa por acuerdos de seguridad colectiva, que ocultarían su presencia detrás de tratados "regionales"? Estados Unidos ya se esfuerza por tratar de establecer un sistema de este tipo. Por eso se ve reaparecer el viejo proyecto estadounidense-europeo de un "pacto militar regional" (CENTO era su nombre en las décadas de los cincuenta y sesenta) concertado entre los regímenes **compradores** de la región, que invite a Occidente a garantizar el *statu quo*, prolongando de este modo la OTAN al dar una legitimidad aparente a sus intervenciones. Se sabe que el CENTO era presentado como "antisoviético", mientras que su dimensión "protección del *statu quo* imperialista" estaba oculta parcialmente por la retórica anticomunista. Sin embargo, hoy que la URSS ha dejado de ser el enemigo, ¡el proyecto del CENTO sale a flote! Del mismo modo, por lo demás, la Alianza para el Progreso (ella también en vías de renovación bajo el manto de la "democratización" ¡y hasta de la "lucha contra la droga"!) para América Latina, la asociación CEE-ACP (completada por los "pactos de defensa") para el África subsahariana y la ASEAN para el Asia sudoriental constituyen una red dominada por Occidente, complementaria de sus organizaciones propias (la OTAN, en primer lugar) y sin conflictos con éstas, por supuesto. ¿Nuevo orden mundial? ¿O intento de prolongar la supervivencia del viejo orden colonial de siempre, sacando partido del debilitamiento de la URSS?

El conflicto palestino complica evidentemente los problemas y vuelve la perspectiva de una solución pacífica, aceptable y definitiva, menos probable que nunca. No me extenderé aquí sobre el carácter profundo de este conflicto, remitiendo al lector a otros textos sobre este tema [5]. Pero es indispensable comprender que el conflicto palestino no es expresión del choque de dos nacionalismos —en este caso, árabe e israelí—, cuya legitimidad, para quienes reconocen la de todo nacionalismo, sería equivalente. Porque Israel es un instrumento al servicio de la expansión capitalista mundializada global, cuyo objetivo es impedir cualquier revolución nacional popular árabe. La agresión exterior contra las tentativas de renovación árabe —de la que Israel se ha convertido en el instrumento privilegiado permanente desde hace 40 años— ha conseguido efectivamente hasta ahora hacer abortar la superación de los límites internos del movimiento de los pueblos árabes, ocasionando incluso graves regresiones, como en la actualidad. Ahora bien, esta estrategia de agresión exterior no es reciente. Por razones particulares, que se deben sin duda a la geoestrategia (la posición geográfica de Egipto, ayer en la ruta de las Indias, hoy en la del petóleo) y a la historia (el temor sentido por los europeos de que, en su flanco sur, se reconstituya un Estado árabe unificado y moderno, iniciativa de la que, en el mundo árabe, sólo Egipto es capaz), Europa se ha ensañado especial y sistemáticamente contra cualquier tentativa de modernización de Egipto. He recordado que no fue por casualidad que, a partir de 1839 (cuando los ejércitos de Muhammad Alí vencieron al sultán otomano), la diplomacia británica inventa el proyecto israelí (crear un Estado "europeo" organizando la inmigración judía en Palestina, para vigilar a Egipto y aislarlo del Machreq árabe, escribe el periódico londinense **The Globe** en aquella época), cuarenta años antes de las primeras manifestaciones del sionismo. Con todo, también es verdad que esta función principal del proyecto sionista está ampliamente ocultada, desgraciadamente, por el chantaje del antisemitismo del que aquél se aprovecha con talento.

El conflicto palestino había revelado los límites de la alianza entre el movimiento árabe de liberación nacional y la Unión Soviética. Ésta estaba siempre preocupada por subordinar su apoyo a las luchas antiimperialistas a los límites de su estrategia global y permanente de coexistencia pacífica. De todos modos, la URSS ha cambiado de política y ya no desempeña un papel activo en la región, por lo menos por algún tiempo. ¿Puede deducirse de ello que las condiciones para una solución pacífica están desde ahora reunidas? No lo creo. En primer lugar, porque, frente al conflicto palestino, las contradicciones interoccidentales se esfuman. A pesar de la competencia económica Estados Unidos-Europa, Occidente se presenta aquí unido y alineado detrás de Estados Unidos. Sin duda, en cierto momento, el general De Gaulle trató de dar a Europa —a través de Francia— un margen de autonomía, uno de cuyos cimientos era, precisamente, su proyecto de una política árabe liberada del sometimiento a los **diktat** sionistas. Es forzoso comprobar que estas veleidades no han tenido consecuencias.

Por eso, en esta coyuntura, el sionismo pretende proseguir tranquilamente su proyecto expansionista máximo. A pesar del permanente discurso de los medios de comunicación sobre las amenazas que pesan sobre Israel, desde hace cincuenta años,

la principal víctima de la política de las potencias occidentales en la región es el pueblo palestino, no Israel. Apoyado por Estados Unidos y Europa, incondicional y masivamente, financiera y militarmente, Israel ha podido, por eso mismo, rehacer en pleno siglo XX la historia de una conquista colonial, expulsando a un pueblo entero de su país. Con la arrogancia que permite este apoyo, Israel ha llevado a cabo agresiones cotidianas contra los pueblos árabes, bombardeando impunemente Líbano, Túnez e Iraq; su ejército se dedica al ejercicio criminal de quebrar las manos de los niños palestinos que escriben en las paredes. Pero siempre se le encuentran excusas ... además, es un país "democrático", Shamir ha sido ciertamente elegido (pero Hitler también lo fue). En cambio, en cuanto las víctimas del fascismo sionista expresan su resistencia a la exterminación, una infinidad de "valientes políticos" se indignan ... por estos imperdonables extravíos de lenguaje ... y, de ese modo, justifican de antemano el pregonado expansionismo de Israel.

¿Es, pues, producto de la imaginación árabe comprobar que las opiniones públicas dominantes en Estados Unidos y en Europa se desembarazan de esta manera vergonzosa de "su problema"? Con eso quiero decir que la ignominia antisemita, que es ciertamente un producto "occidental" —el cual culminó, sin duda, en el genocidio hitleriano, pero no se reduce a éste (numerosos son los europeos que no tienen la conciencia limpia en este asunto)—, ha encontrado así su "solución normal" en la utilización por Occidente de los hijos de sus víctimas para perseguir sus propios objetivos imperialistas contra los pueblos del Tercer Mundo.

Imaginemos que, al término de la guerra del Golfo, Estados Unidos impone "su paz" en la región. En perfecta consonancia con el proyecto sionista, el Machreq sería fragmentado en una multitud de Estados conforme al modelo de una "libanización" generalizada. Supongamos incluso que el ejército estadounidense conserva directamente el control de las regiones petroleras y que todos los gobiernos de la región, totalmente desarmados, son impotentes, y que los pueblos, desmoralizados durante algún tiempo, aceptan una **compradorización** generalizada, que ofrece a Israel un papel de intermediario obligado entre el capital imperialista dominante y las burguesías locales. ¿Se imagina uno que los pueblos de la región, árabes e iraníes, aceptarán indefinidamente ese nuevo orden imperialista?

4. El conflicto del Golfo también ha evidenciado trágicamente los límites de las esperanzas puestas en "otra perspectiva europea" con respecto al orden mundial, que se separe del alineamiento atlantista. Pues la nulidad europea en el conflicto del Golfo era previsible, como dije más arriba. Por eso mismo, el proyecto europeo está debilitado y el golpe que le ha dado Estados Unidos con la iniciativa de la guerra del Golfo persigue ciertamente el objetivo de debilitarlo todavía más. Porque ahora está claro que Estados Unidos utilizará su control militar sobre el petróleo del Golfo para imponer su política, inclusive a Europa. Había, pues, que desarrollar como contrapunto una larga estrategia política que tenga en cuenta las nuevas circunstancias en Alemania y en Europa Oriental.

Había que poner la mira en la construcción de una Europa desde el Atlántico hasta los Urales, expresión grata a De Gaulle en su época, o de la "casa común", para decirlo con el término de Gorbachov. Había que optar en favor del fortalecimiento de esta perspectiva apoyando a las fuerzas progresistas y democráticas capaces de hacer avanzar la solución de los problemas del mundo árabe, en particular, y del Sur, en general.

¿Tiene la culpa de este fracaso europeo la adhesión prooccidental de Gorbachov? Eso no es seguro. Pues si los europeos, es decir los franceses, hubiesen adoptado una posición más fuerte, atreviéndose a entrar en conflicto con Estados Unidos, es probable que los soviéticos y los chinos los habrían seguido. Porque si Gorbachov no estaba en condiciones de hacer frente simultáneamente a Estados Unidos y a Europa, tal vez habría tenido una actitud diferente si hubiese sentido que Europa lo apoyaba. Si Francia no hubiese retirado su propuesta en el Consejo de Seguridad el 14 de enero, habría habido veto, pero Estados Unidos e Inglaterra se habrían visto aislados. En realidad, la diplomacia francesa ha hecho un tremendo favor a los estadounidenses.

Tal y como, desde ahora, están las cosas, ¿irá la guerra del Golfo a inaugurar, por algún tiempo, un retorno a la hegemonía de Estados Unidos, demasiado rápidamente enterrada? No lo creo. En realidad, esta guerra amenaza con tener como consecuencia una consolidación del triunvirato Estados Unidos-Japón-Alemania (digo claramente Alemania y no Europa). Japón y Alemania, que han contribuido con mucho a financiar la guerra, sabrán hacérselo pagar al "gendarme" estadounidense encargado de mantener el orden necesario para acompañar la unificación del mundo por medio del mercado. Al lado de este grupo veo países debilitados, como la URSS, marginados, como Francia, o **"compradorizados"**, como la mayoría de los Estados del Tercer Mundo. Yo llamo a este orden que se perfila para el medio plazo venidero "el imperio del caos". En efecto, no se trata de la construcción de un nuevo orden mundial, algo menos malo que aquél del cual salimos (la segunda posguerra mundial), sino de una especie de orden mundial militar que acompaña el orden del capitalismo neoliberal salvaje. Con este fin, los expertos estadounidenses ya han producido una teoría de la gestión de los conflictos de baja intensidad. No sé si la guerra del Golfo demuestra que los conflictos Norte-Sur inherentes a esta concepción del orden mundial ya han rebasado el "tope" de la intensidad considerada.

Temo mucho que el medio plazo venidero sólo demuestre que el capitalismo realmente existente es ciertamente la barbarie, y que, en su nueva indumentaria neoliberal, no es nada más que la barbarie ilimitada.

NOTAS

(1) S. Amin: **La faillite du développement**, Harmattan, 1989, pp. 202-213.

(2) S. Amin: **L'eurocentrisme**, ob. cit., pp. 14-16.

(3) S. Amin: **La faillite du développement**, ob. cit., cap. IV, sección II. Ver, especialmente, mis consideraciones relativas a los conflictos de Sudáfrica y Palestina y a las intervenciones soviéticas en África. También remito, en el mismo libro, a las páginas 147-155, dedicadas al tema de la etnicidad.

(4) Xavier Gorostiaga: **La transición difícil**, Managua, 1987.

(5) Ver **La faillite du développement**, ob. cit., pp. 228-239. También S. Amin: **Eurocentrisme et politique**, IFDA, "dossier" núm. 65, Ginebra, 1988; S. Amin y F. Yachir: **La Méditerranée dans le système mondial**, La Découverte, 1988. [En español: **El Mediterráneo en el mundo: la aventura de la transnacionalización**, Madrid, IEPALA Editorial, 1989.- Nota del t.].